JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO

México N$3.50 E.U. y Puerto Rico U.S. Dlls. 1.75
Argentina $1.50

Cuando Holly Fielding se quedó a cargo de la apertura al público de una gran propiedad rural en Oxfordshire, pronto comprendió que iba a tener que valerse de todo su ingenio para sobreponerse a un grave problema... no la propiedad, sino el enfadoso dueño, Simon Drayton.

Novelas con corazón



LA DONCELLA Y EL CABALLERO

Lynn Jacobs

La doncella y el caballero

Cuando acabe la noche

Lynn Jacobs

La doncella y el caballero (1992)
Harmex: Cuando acabe la noche (1993)
Título Original: Stars in their eyes (1991)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín Zodíaco 32
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Simon Drayton y Holly Fielding

Argumento:

Cuando Holly Fielding se quedó a cargo de la apertura al público de una gran propiedad rural en Oxfordshire, pronto comprendió que iba a tener que valerse de todo su ingenio para sobreponerse a un grave problema… no la propiedad, sino el enfadoso dueño, Simon Drayton.

Capítulo 1

Holly volvió a leer la carta de su hermana menor. Una leve sonrisa iluminó su rostro. Jenny confiaba en ella, de nuevo estaba enamorada y bullía de emoción y ansiedad por confiarle todo. Siempre buscaba su consejo aunque después no lo tomara en cuenta. Holly sonreía con indulgencia. Faltaba poco para que Jenny madurara, aunque deseaba que no fuera muy pronto.

Era un orgullo que la familia fuera tan diestra para escribir cartas, la misiva de su hermana venía acompañada de una de su madre, ya que Holly no podía visitar con frecuencia su hogar en Yorkshire, y los extrañaba a todos. Su trabajo en la empresa de administración de fincas tenía un buen futuro, aunque resultó ser muy diferente del tranquilo negocio familiar en York, donde Holly administraba las propiedades de otras personas.

Habían pasado ya siete años, y le parecían toda una vida. Cuando la transfirieron a Londres, dieciocho meses atrás, no imaginó que tendría que hacerse cargo de abrir al público una mansión ella sola y, a unos meses de cumplir los veinticinco años. Trató de controlar su entusiasmo; aún estaban por confirmar su nombramiento. Al día siguiente tenía cita con la propietaria de la mansión, la señora Drayton. Era una lástima que su decisión hubiera sido tan repentina; Holly estaba preocupada porque sabía poco acerca de la familia Drayton, sólo lo que los libros especializados decían sobre su propiedad, Danfield Court, que nunca antes había estado abierta al público. Aun así quizás era para bien. Si la empresa tuviera más tiempo, posiblemente le hubieran dado el nombramiento a alguien con mayor experiencia, y esta oportunidad podía ser el embrión de su carrera. Si lo conseguía.

Diciéndose que no había nada más que preparar para la cita del día siguiente, Holly dobló la carta de su familia y prestó atención al platillo que le acababa de servir el camarero. No disfrutaba comer sola en los restaurantes; esto la hacía sentirse diferente a los demás, y a veces resentía los comentarios indeseables de hombres solos, pero los aceptaba como parte de su trabajo. No se encontraban muchas personas en el salón del Antelope esa noche. La mesa de Holly estaba en un rincón, por lo que tenía la oportunidad de observar a quien la viera. La mayoría de los comensales parecían

ser hombres de negocios, huéspedes del hotel y parejas de la localidad. Era demasiado temprano para los turistas, incluso en una ciudad con tantos atractivos como esa. Holly confiaba en que la situación cambiaría más adelante, una vez que Danfield Court estuviera abierta al público.

Una pareja ocupó la mesa cercana a ella. «Son neoyorquinos», decidió Holly al notar que saludaban a otros comensales. La mujer era una rubia alta, uno o dos años mayor que Holly y con todos los rasgos que ella concebía del tipo aristocrático: piel blanca, collar de perlas, nariz recta, elegancia en los modales y un aire de seguridad en sí misma que la hacía notoria. El tipo de mujer que uno imagina en la madurez como la bondadosa y distraída propietaria de una mansión. Holly sonrió ante su imaginación, pero dudaba estar equivocada. Era obvio porque el *maître d'hôtel* se deshacía en atenciones. ¿O no eran para ella? De pronto Holly no estaba tan segura de que era la mujer la que inspiraba ese trato especial.

Su compañero era alto y bastante moreno. Del tipo «alto, moreno y guapo». Su cabello no era convencional sino más bien… demasiado largo. Cuando se quitó el abrigo para entregárselo al camarero, Holly admiró su espalda ancha. Probablemente se trataba de un tipo torpe, pensó. Sin embargo, algo en la forma en que le ofrecía asiento a su acompañante, y la manera en que se movía, la hizo dudar. Quizá estuviera equivocada.

Sin querer empezó a analizarlos. Podía identificar a la mujer, pero no a él. No cabía duda de que se mostraba amable con su compañera, pero sin exagerar. ¿Estarían casados? No. No lograba ver la mano izquierda de la mujer pero ella parecía esforzarse demasiado para ser su esposa, concluyó Holly con cierto cinismo. «¿Comprometidos?». Era posible, pero el hombre no mostraba ninguno de los síntomas que Jenny consideraba esenciales en un novio. También era probable que fueran amigos, aunque se notaba cierta intimidad, sobre todo porque la mujer se inclinaba constantemente hacia él cuando le hablaba y le acariciaba la mano, lo que sugería otra relación, al menos de su parte.

Holly estaba demasiado lejos para escuchar su conversación y poder así confirmar sus especulaciones. Aunque no le importaba, era un entretenimiento que debía ser popular entre la mayoría de los comensales solitarios. Una repentina carcajada hizo que Holly levantara la cabeza y sonriera. Era el desconocido. Observó cómo sus rasgos duros se tornaban cálidos por la risa, y su boca abierta

revelaba dientes blancos y perfectos. La risa lo transformaba, de un ser remoto, inclusive intimidante, en un hombre mucho más interesante. Quizá tantas atenciones de la rubia eran por algo más que su costoso y bien cortado traje sastre y la sensación de poder que parecía irradiar.

Basta, se dijo Holly, fastidiada de pronto con sus divagaciones. No tenía fundamento alguno para sus ideas, y la pareja se hubiera quedado anonadada si las conociera. Ella estaba convencida de que el romance era una simple ilusión que toda la gente parecía disfrutar, de acuerdo con su hermana, y no tenía derecho a tanto escepticismo respecto a los demás. Holly se concentró en terminar de cenar y trató de ignorar a la pareja.

Por desgracia, tenía que pasar cerca de su mesa para salir.

El comedor se había atestado en la última media hora, y ella sin querer pasó rozando a la rubia e hizo caer su servilleta. Apenada, no queriendo parecer indiferente, se detuvo a recogerla mientras murmuraba una disculpa, pero la mano del hombre la alcanzó primero, sin que ella se diera cuenta; entonces sus dedos se tocaron. Confundida por una repentina y desconocida sensación, ella retiró su mano y al incorporarse encontró la mirada. Él tenía ojos castaño oscuro, y su expresión no reveló más que indiferencia e irritación, antes que retirara la vista. Holly sintió una inusitada incomodidad, repitió su disculpa y se apresuró hacia la puerta. La mujer en la mesa la ignoró. Algo en la mirada de aquel hombre la turbo, causándole una sensación extraña y muy incómoda. A pesar de aquella atractiva forma de reír, decidió que él debía ser tan arrogante como lo calificó desde el primer momento. La había observado de arriba abajo en esa forma inusual, pero Holly dudaba que la hubiera visto; luego recordó la expresión en su rostro y ya no estuvo tan segura. Por lo menos no volverían a encontrarse, y si ese hombre cenaba otra vez en el hotel mientras ella estuviera allí, tendría cuidado de no pasar cerca de él.

Luego se preguntó por qué le daba tanta importancia. Un pequeño descuido de su parte que debió haber olvidado de inmediato, un hombre a quien jamás volvería a ver. No era afecta a la fantasía y la irritó que un incidente tan trivial la preocupara tanto. Debía ocuparse mejor en revisar las anotaciones para la junta del día siguiente, haciéndolo recuperaría su acostumbrado sentido de proporción.

Una vez que quedó satisfecha de haberse preparado lo mejor

posible para su cita, decidió que debía acostarse temprano. Escribiría a su casa al día siguiente, cuando ya pudiera informarles sobre Danfield Court, aunque no tenía duda de que Jenny quedaría desilusionada al enterarse de que la mansión estaba habitada por una mujer de edad avanzada y no por un hombre joven, guapo y desde luego soltero.

Al dirigirse a la cama contempló su figura en el espejo del tocador. El camisón de algodón ocultaba las curvas de su cuerpo, pero lo que quedaba visible con dificultad podría inspirar pasión en algún soltero, guapo o no, a pesar de las esperanzas de su cariñosa hermana. Tampoco su rostro era llamativo; el cabello ondulado, castaño claro y largo hasta los hombros, enmarcaba su blanco cutis. Holly frunció el ceño, y sus ojos grises se nublaron por un instante. Tenía determinado desde hacía muchos años que sería con inteligencia y no con apariencia que alcanzaría éxito en la vida, y hasta el momento lo había cumplido. Dio la espalda y se metió en la cama diciéndose que debía concentrarse en el trabajo que le esperaba.

Al día siguiente una simpática recepcionista la condujo hasta un elegante y viejo salón con cortinas de terciopelo color de rosa, y papel tapiz rayado de estilo Regencia. Las sillas estaban tapizadas con terciopelo mientras que las gruesas alfombras chinas en tonos rosados y cafés destacaban sobre el oscuro y brillante parquet. Un gran candelabro colgaba al centro de la habitación.

Una mujer de aspecto frágil y cabello oscuro canoso se levantó de una de las sillas para darle la bienvenida, dejando a un lado la carta que leía.

—¿Holly Fielding? —el suave tono de su voz y sus pálidos ojos azules le parecieron amigables, y Holly asintió y se relajó un poco. No debía mostrarse demasiado ansiosa por conseguir ese trabajo. La señora Drayton sonrió—. ¿Naciste en Navidad?

—Un día después —admitió la chica. Los años de festejos y de regalos dobles acudieron a su mente. Aunque nunca la pareció divertido tener fiesta cuando todos los demás también la tenían.

—Comprendo… aunque me imaginó que no siempre te agradó —la percepción que revelaba el comentario de la señora la sorprendió. La mujer parecía más astuta dé lo que pensó.

—Así es —confirmó la chica—. ¿Qué ventaja cree usted que

tengo? —preguntó con curiosidad.

—Los capricornios son buenos organizadores —afirmó la señora, para asombro de Holly—, y son muy responsables. Necesitarás ambas cualidades para cumplir con este trabajo como es debido —sus ojos denotaban comprensión y picardía.

—¿Qué puedo decir? —Holly hizo un ademán de derrota con las manos—. Aunque no porque tenga razón logrará hacerme creer en la astrología —declaró.

—No espero eso. Sin embargo —la señora Drayton golpeó la carta con un dedo—, significaría que eres adecuada para este trabajo. A pesar de que pareces tener poca experiencia. No esperaba a alguien tan joven.

Holly ya sabía que ese iba a ser el problema. Haría su primer trabajo sola, en un mundo que exigía experiencia, y que no permitía que uno la adquiriera con facilidad. Era realista y comprendió desde un principio que tendría que luchar con todos sus conocimientos y capacidad para lograr el puesto que tanto ambicionaba. Había escrito su *curriculum vitae* con mucho cuidado, señalando todos sus logros y contando con que tendría una buena recomendación del director general de la compañía. Jamás se le hubiera ocurrido pensar que su fecha de nacimiento sería lo único que necesitaba para convencer a la señora Drayton de que era la persona indicada para la tarea de organizar la apertura pública de Danfield Court.

—Tengo bastante experiencia —protestó Holly de inmediato—. He trabajado en administración de bienes desde que terminé mis estudios y he sido ayudante de proyectos en mis dos últimos cargos con la compañía.

—¿Incluyendo Canford Place? —añadió la señora Drayton, señalando unas líneas en la carta—. Pasé ahí un día el año pasado. Me gustó —incluyó—. Esa fue una de las razones por las que decidí acudir a tu empresa.

De modo que no la estaba juzgando sólo por su día de nacimiento. Holly sintió satisfacción, y, si la iban a dictaminar con base en los trabajos realizados, entonces la enorme mansión en Northamptonshire la ayudaría. Claro que el director del proyecto se adjudicó todo el crédito por ello, pero Holly sabía que de su aportación dependió su indudable éxito. De hecho, fue por eso que tuvo el valor de aceptar la oportunidad de conseguir ese trabajo. Si el dueño aprobaba.

—Me alegro que le gustara. La casa y el terreno son bellísimos, y

además tuvimos bastante tiempo para organizarlo todo.

—Sí, lo sé —replicó la señora—. Yo parezco estar haciendo todo con prisas. Algo me dice que debo hacerlo este año y no volverlo a posponer.

«¿Más astrología?» Se preguntó Holly.

—Además —prosiguió la señora Drayton en una inesperada expresión conspiratoria—, puede ser que Simón vuelva a cambiar de opinión para el año entrante.

—¿Simón? ¿Su marido? —inquirió Holly.

—No —el rostro de la mujer se ensombreció por un momento, luego negó con la cabeza—. Mi marido falleció hace varios años; Simón es mi nieto, trabaja en Londres casi todo el tiempo, creo que en contabilidad o algo parecido —explicó vagamente. Holly notó que la señora Drayton no mencionó al padre de Simón, y, discreta evitó la pregunta—. Esa es una de las razones por las que deseo abrir al público Danfield Court —y miró a su alrededor; a su izquierda unas ventanas tipo francés se abrían dejando ver una terraza amplísima y una escalera que desembocaba en un jardín, cuyos lindes se unían a un río que reflejaba al sol. Holly no pudo más que recordar la pequeñez de la casa de sus padres, con su falta de espacio y sus incomodidades—. Esta casa es demasiado grande para una persona —asintió la señora, como si hubiera adivinado el pensamiento de Holly—, y me siento egoísta conservándola toda para mí. Claro que lo ideal sería que la habitara una familia, pero falta mucho para que eso suceda; aunque ahora existe Pamela, claro… —se dijo a sí misma en tono más bajo.

«¿Quién será Pamela?», se preguntó Holly. Luego se percató de que la señora Drayton siendo una mujer con tantos privilegios, sentía mucha soledad; eso despertó su compasión. ¿Estaba desilusionada de su nieto? ¿Por qué vivía tan lejos de ella? Se mostró muy entusiasmada ante la posibilidad de que él tuviera una familia. «¿Estaría ya casado? Quizá no» Holly continuó preguntándose.

—Creo que disfrutará cuando Danfield Court se haya abierto al público —dijo la chica casi con ternura—. Es sorprendente cómo revive una mansión y, en contra de lo que la gente supone, no perderá usted su privacía. Por lo que he visto y leído, Danfield Court tiene mucho que ofrecer y tendrá éxito. Claro que ayuda el hecho de que éste ubicada en una ruta turística y cerca de Londres, le sorprenderá la cantidad de gente que desea visitar este tipo de

mansiones más pequeñas, tanta, como la que va a Chatswoth o a Blenheim, gente que parece disfrutar más de una mansión habitada.

—Y esta sí que lo ha estado, sin duda alguna —la señora Drayton sonrió al pensar en un pasado distante—. Un antepasado nuestro construyó primero aquí una casa en un terreno que le otorgó Enrique VIII en mil quinientos treinta y siete. Quizá era algo de poca reputación —añadió risueña. Contempló la bien proporcionada habitación, estilo siglo XVIII en la que estaban charlando—. Sufrió muchos cambios desde entonces, claro está.

—No lo dudo; aunque conserva al parecer lo mejor de los diferentes períodos —señaló Holly.

—¿Ya la visitaste? —preguntó sorprendida la señora. Después de todo, la mansión aún era privada.

—No —Holly negó con la cabeza—, pero lo poco que he visto es impresionante —recordó vívidamente la sensación de deleite que experimentó una hora antes, al traspasar el portón y manejar por el camino bordeado de árboles que conducía a la mansión—. Además que ya se han escrito varias cosas acerca de ella, aunque no bien documentadas —añadió de forma deliberada.

—Parece que tú has hecho tu tarea —la señora Drayton aceptó divertida el recordatorio del profesionalismo de Holly. Se reclinó en su silla y contempló la figura esbelta frente a ella—. Bueno, no hay duda de que necesitamos tanto los consejos como el entusiasmo, y se ve que tú eres capaz de suministrar ambos. Creo que nos vamos a llevar muy bien.

¿Y eso era todo? Holly no podía creerlo.

—¿Quiere usted decir que estoy contratada? ¿No iba a entrevistar otras compañías con candidatos de mayor experiencia? —preguntó la joven.

Aparentemente no. Se incorporó y estiró la mano a Holly.

—Creo que sí. Claro que tendrás que conocer a Simón, ya que en realidad él está a cargo de los bienes, aunque no quiere involucrarse en este negocio, pues confía en mi buen juicio. Estoy segura de que le simpatizarás de inmediato; tiene muy buen carácter. Además, este es mi proyecto.

Holly estrechó una mano muy firme. Cometería un error si considerara que la señora Drayton era una anciana débil. Su apariencia era frágil, pero su juicio excelente. ¿Había notado cierto reto al final? No lo creía. Dejó muy claro que su nieto casi nunca iba ahí. Su control de la propiedad seguro se limitaba al aspecto

financiero, y era obvio que entendía que abrir una de estas mansiones al público ayudaría con los gastos más no aportaría una ganancia. Sería otro formalismo, pero debía conseguir su aprobación lo más pronto posible. A Holly le sorprendió descubrir que la propiedad no estaba bajo el control total de la señora Drayton. Eso no apareció en las notas informativas.

—¿Cuándo podré entrevistarme con él? —preguntó—. Yo puedo ir a Londres a cualquier hora que sea conveniente para él —ofreció la chica.

—¿Qué te parecería esta tarde? —la señora la asombró. Caminó hacia la puerta para acompañarla; era una mujer menuda, más baja de estatura que Holly, más daba la impresión de tener una enorme vitalidad. Debió percibir la sorpresa de su visita—. Vino anoche para pasar uno o dos días —le explicó—. Salió esta mañana, pero regresará a la hora del almuerzo, y me dijo que quería conocerte. Me apena que mi petición sea tan apresurada pero si puedes venir a las tres de la tarde, te ofreceremos un poco de té.

Eso lo facilitaba tanto. Podía quedarse otra noche en el hotel si fuera necesario.

—No es ninguna molestia. Estoy alojada en el Antelope, y me encantará pasar una o dos horas paseando por el pueblo.

—Es tan agradable —asintió la señora Drayton, y añadió—: Mi marido y yo solíamos ir al Antelope. Recuerdo que sirven una cerveza exquisita —hubo un poco de picardía en su voz y Holly cambió su imagen, de pronto se dio cuenta de que la señora Drayton había sido muy hermosa; incluso ahora tenía un gran encanto.

Esa tarde, al diez para las tres, Holly se encontraba a sólo cincuenta metros dentro del portón de Danfield Court cuando sintió el jalón característico en el volante y el jaloneo del coche. No. No ahora. Le faltaba todavía casi un kilómetro para llegar a la mansión. Fastidiada, detuvo el auto y salió.

Sí. El neumático delantero del lado derecho se había desinflado. Arruinaría el cilindro si seguía conduciendo y además no contaba con alguien que llevara un mensaje o que llamara por teléfono a la casa; odiaba llegar tarde. Contempló el caminó, estaba solo; no tenía otra alternativa. Abrió el portaequipajes y buscó la bata de trabajo que llevaba para emergencias como esa, la herramienta y el

neumático de repuesto. No tenía guantes, pero por lo menos no llovía. Confiaba en que no llegaría muy sucia a la entrevista con el nieto de la señora Drayton. Si es que llegaba.

Algo brillante detrás del coche llamó su atención. Con cuidado levantó los fragmentos de un espejo y los colocó dentro del auto, sintió gran indignación. ¿Qué persona desconsiderada pudo haberlos dejado tirados ahí? Eran un peligro no sólo para los vehículos sino para cualquier animal que los pisara. Miró alrededor. Sabía que habitaban venados en el terreno. En esa región debían existir.

Estaba perdiendo el tiempo, y no lo tenía. Con destreza colocó la herramienta bajo el auto y empezó a bombear. No era la primera vez que tenía que cambiar un neumático; ya había perdido la ilusión de que algún heroico caballero apareciera y le ofreciera ayuda; los tornillos estaban apretados, pero no imposibles, inevitablemente, se atoró de modo que la llave de cruz resbaló en su mano, lastimando su pulgar y rompiéndole una uña. Maldición. No iba a impresionar de esa manera a su futuro patrón.

No le tomó mucho tiempo, pero el reloj en la torre sonó unos tres minutos antes que pudiera guardar las herramientas y limpiar sus manos lo mejor posible. Maldijo al descubrir que había roto su media. Esperaba que Simón Drayton resultara ser una persona tan simpática y accesible como su abuela, y no se fijara en esos detalles.

Después de patear el fastidioso neumático subió al auto pensando qué clase de persona sería su próximo jefe «¿No había dicho su abuela que tenía buen carácter?» Eso podría significar cualquier cosa, incluso indiferencia. Quizá heredó los bellos rasgos de su abuela, lo cual sólo acentuaría la soberbia de ser miembro de una familia tan antigua. Aunque no parecía tener mucho interés en la mansión si pasaba la mayor parte de su tiempo en Londres. Holly contempló el paisaje alrededor del camino por el que conducía, ¿cómo podía vivir en otro lugar alguien que poseía una mansión tan bella? Los últimos rayos del sol, de principios de la primavera, se filtraban entre las ramas formando largas sombras sobre los prados y calentando un lejano muro de ladrillo que encerraba algún jardín. Las piedras claras de la fachada de la casa también aparecían sombreadas.

Cuando casi llegaba a la entrada otro auto pasó a toda velocidad, levantando piedras al dar vuelta en un recodo y dirigirse a la mansión. Holly tuvo que girar el automóvil para evitar el

impacto. Cuando rechinaron los neumáticos de aquel coche, se percató del mal humor de quien conducía, pero no era excusa para tanta imprudencia. Ella notó el cabello rubio del conductor, pero no pudo ver nada más. Con extremo cuidado estacionó su coche y subió corriendo los escalones hacia la puerta de entrada, temblaba un poco.

Hacía frío, como siempre a principios de marzo.

La puerta estaba abierta, pero no la recibió la cordial ama de llaves. Holly encontró a un hombre alto, que vestía un traje obscuro. Desafortunadamente, lo reconoció al instante.

—¿Usted es la señorita Fielding? —preguntó él con voz cortante y seca, que no dejaba duda de que la había reconocido también—. Llegó retrasada —asintió Simón.

—Lo siento, yo… —empezó a decir.

—No sirven las excusas —la interrumpió el hombre; el mismo con el que había tenido un altercado en el restaurante del hotel—. Para encargarse de este trabajo necesito alguien responsable, no importa qué opine mi abuela. Pase a la biblioteca.

Le dio la espalda, la orden implícita era que lo siguiera. Toda la alegre confianza que Holly mantuvo durante el almuerzo mientras estuvo de compras, desapareció. Debió comprender que no sería tan sencillo como creyó. Enderezó los hombros, preparándose mental y físicamente, y lo siguió.

La biblioteca estaba poco iluminada; el fuego en la chimenea proyectaba la sombra de él sobre las pálidas filas de libros que cubrían las paredes, haciéndolo parecer más alto y más intimidante. Luego, el hombre encendió la luz y Holly pudo verlo con claridad. Todo lo que imaginó del nieto encantador de la señora Drayton se fue por el camino donde terminan las fantasías ridículas. No había ni rastro del muchacho rubio, en esa morena y arrogante figura. Parecía más robusto de lo que Holly pensó la noche anterior, espalda ancha y piernas largas y poderosas.

—Siéntese —él señaló un sillón de cuero de color café, y se paró de espaldas a la chimenea mirándola de arriba abajo antes de sentarse en un sillón frente a ella. Fruncía el ceño y tensaba la mandíbula con firmeza. No era, decidió Holly de nuevo, lo que se llamaba un rostro apuesto. De hecho, en ese momento, parecía amenazante. «¡Su abuela creía que tenía buen carácter!», pensó.

¿Qué veía mientras la observaba? ¿Una joven nada inusual en un traje gris convencional? Seria. Respetable. Común y corriente. Esa era la impresión que solía dar, y le gustaba—. Bien, parece que logró convencer a mi abuela de que podría llevar a cabo su loco proyecto. Ahora tendrá que convencerme a mí —su voz era tan accesible y comprensiva como el granito, pero era obvio que no tenía una impresión favorable de Holly.

—¿Proyecto loco? —objetó ella—. ¡Es una maravillosa idea! —una risa un poco impaciente, que delataba desprecio la interrumpió.

—Es una locura. No existe la necesidad económica de abrir esta mansión, yo tengo éxito en mi trabajo, y la tierra produce suficiente; no veo ninguna razón para permitir que miles de extraños pisoteen mi propia casa, dejando huellas pegajosas en todos lados, y basura en todos los rincones —generaciones de antepasados posesivos parecían formar filas detrás de él cuando hablaba.

—¡Pero no será así! —no era común, pero Holly no pudo controlar un estallido. Luego, trató de explicarle con más calma—. Para eso me están contratando, para permitir que la gente disfrute y a la vez valore lo que está viendo y lo trate con respeto. Y no se abrirá toda la mansión, sólo los jardines y los dormitorios principales. Las habitaciones privadas permanecerán como están: privadas —aclaró.

Las cejas oscuras de él interrumpieron su ceño furioso, pero ahora sus ojos tenían una expresión de escepticismo.

—Me parece un extracto de publicidad de su empresa. Leí su *curriculum vitae*, y no encontré tampoco mucho terreno sólido en él. Le falta mucha experiencia, y no comprendo por qué Danfield Court deberá sufrir la mala suerte de que experimente con ella sus primeros errores —le dijo con honestidad.

—¿Y qué le hace suponer que cometeré errores? —preguntó Holly levantando la barbilla con desafío y tratando de ocultar su resentimiento mientras mantenía las manos en su regazo y la voz baja.

Él sonrió contento, mostrando la blanquísima dentadura. Ella pensó que esa expresión podía confundirse con un gruñido.

—Todos cometemos errores —declaró él con aparente anticipación.

—Sí, como permitir a vándalos irresponsables que dispersen vidrios rotos en el sendero de la entrada —él volvió a hacer un

gesto al oírla, pero esta vez ella no permitió que la interrumpiera—. Si la mansión estuviera abierta al público, el personal hubiera podido prevenir que eso no sucediera y yo no hubiera tenido que cambiar el neumático de mi coche dentro de su casa. ¡Hubiera entonces podido llegar a tiempo a la cita!

Si lo sorprendió con la acusación, la pausa fue sólo momentánea. Entonces él, con suavidad, sin aparente molestia, admitió:

—Me temo que fue mi culpa. Unas piedritas rompieron el cristal de mi puerta. Tenía intenciones de recoger los vidrios después.

—Ya lo hice yo —le dijo ella con satisfacción—. Si quiere los pedazos, están en mi auto —él debía manejar con excesiva velocidad para levantar piedras con tal fuerza. Eso la sorprendió; no le había dado la impresión de ser una persona impulsiva. Al contrario.

—No, gracias —él rechazó su irónica oferta—. Claro que le pagaré el neumático. Si lo manda reparar al taller del pueblo dígales que lo pongan a mi cuenta. Yo les llamaré por teléfono.

Era lo más lejos que llegaría su disculpa, sin embargo, la irritó que aceptara con gusto su culpabilidad. Algo en su gesto de propietario, despojaba sus palabras de verdadero arrepentimiento.

—Gracias —dijo ella—, pero en este momento lo que más me interesa es saber qué le voy a decir a mi jefe acerca del trabajo.

—Todavía existe la objeción original —asevero moviendo las manos—. No me entusiasma abrir mi casa al público, pero si tengo que exhibirla, de todas formas usted carece de la experiencia necesaria para organizar la apertura. Quiero que el trabajo sea realizado como es debido por alguien que jamás, no importa cuáles sean sus intensiones, la convierta en un grotesco parque de diversiones o museo de novedades.

—¡Eso es justo lo que yo jamás haría! —protestó Holly, herida en su orgullo profesional—. Esta mansión se vende sola, lo único que falta es la organización. Y no hay tiempo que perder. Sólo faltan seis semanas para Pascuas, cuando debe ser la apertura, si es que desean que tenga éxito su proyecto, y le advierto que no va a encontrar muchas compañías que acepten el trabajo, aunque sea tan atractivo, con tan poco tiempo de anticipación. Lo ideal es empezar un año antes —lo miró de frente con sus decididos ojos de color gris —. ¿O es lo que usted espera: que nadie acepte hacer el trabajo y pueda posponerlo otro año más?

Una sonrisa irónica denotó que el comentario había sido astuto.

—Por desgracia, mi abuela tiene la costumbre de hacer las cosas como le placen. Y usted parece haberla complacido —la contempló sin ningún entusiasmo. Ella se sintió incómoda y molesta ante el desapasionado escrutinio, y cambió de posición. «No», pensó, «no te está viendo a ti, está calibrando el problema». Lo que él expresó a continuación confirmó sus sospechas—. ¿Cuántos años tiene usted? —preguntó de repente. No había nada personal en su tono frío, obviamente más acostumbrado a dar órdenes que a recibirlas.

—Veinticinco —ella sabía que se veía más joven. Por eso usaba ropa seria y trataba de comportarse sofisticada y madura, pero su figura delgada a menudo la hacía sentirse a disgusto con sus compañeras de su misma edad—. He trabajado en este negocio desde hace siete años —añadió, al notar que él estaba sumando su juventud a su inexperiencia, lo cual no le convenía.

—Una profesión inusual para una chica de dieciocho años —comentó él.

—No fue por elección mía —era raro en ella, pero quiso explicarle—. Deseaba estudiar Historia en la Universidad, pero me fue imposible. Como había tomado un curso de mecanógrafa, y una compañía de bienes raíces publicó en un anunció que buscaba secretaria, me pareció una buena idea —y jamás terminaría de agradecer a su jefe por haberla estimulado para alcanzar el puesto actual—. Resido en Londres desde hace dieciocho meses —expresó al final. Simón Drayton parecía más interesado en lo que ella no había dicho.

—¿Reprobaste en la universidad, verdad? —dijo en tono provocativo.

—¡No! —ella no tenía la menor intención de revelarle la crisis financiera de su familia que trastornó el curso de su vida—. Sólo deseaba señalar que sí sé lo que quiero hacer —declaró de forma llana.

—Según usted.

El tono de su voz era tan frío como el de ella, si no conseguía el puesto tendría que aceptar que su jefe había cometido un error al confiarle ese proyecto, pero de ninguna manera le daría a ese individuo la satisfacción de hacerla perder el control de sí misma.

Mientras trataba de mantenerse tranquila, él empezó a interrogarla acerca de sus trabajos previos. Al final de media hora de despiadada interrogación, Holly sintió como si hubiera disecado y juzgado cada una de sus acciones. Y no podía adivinar lo que

pensaba, en su rostro, no existía señal alguna de complacencia. Ella apretó los dientes y calló cuando los reclamos de él parecían haber terminado. Él repasó las hojas que había dejado sobre la mesa y luego la miró.

—Por lo visto su jefe comparte la opinión que tiene usted de sí misma —hizo una pausa, sopesando su opinión. Cuando habló fue con decisión, pero de forma fría.

—Sé que tiene buena reputación, de modo que usted podría —puso énfasis en la palabra—, no resultar un desastre total. Le daré una oportunidad ya que mi abuela se inclina a contratarla, aunque no logro entender porqué —añadió sin entusiasmo.

Casi sin dar crédito a lo que implicaban las palabras, ella esbozó una sonrisa involuntaria.

—Pienso que tiene algo que ver con el hecho de que nací bajo el signo de Capricornio —admitió ella con honestidad.

Él sumió la cabeza en las manos y emitió un lamento antes de volver a mirarla ya con una expresión de mayor gentileza.

—Lo increíble es que le creo —suspiró—. Odio preguntarle, pero, ¿usted también cree en esas supersticiones?

—Claro que no —respondió ella, segura.

—Gracias a Dios. Al menos no tendré que lidiar con dos personas que creen que todo puede arreglarse basándose en las juiciosas referencias a las hojas de té —declaró él con alivio. Luego volvió a hablar con dureza—: Bien, señorita Fielding, me arriesgaré. Pero sigo pensando que la idea de abrir Danfield Court al público es una locura, y que usted no tiene la experiencia para organizarla. Si veo cualquier detalle que no me parezca, no titubearé en romper nuestro contrato, y me percataré de que allí esté escrito mi derecho de hacerlo.

—Pensé que usted… —empezó a decir Holly, pero la volvió a interrumpir.

—¿Qué? —preguntó Simón con su habitual dureza.

—Su abuela me dijo que usted pasaba la mayor parte del tiempo en Londres —explicó la chica—, de modo que no entiendo cómo podrá usted supervisar… —enfurecido, la interrumpió. Su tono de voz era más amenazador que antes.

—¿De modo que usted ya se había hecho a la idea de que tendría que lidiar sólo con una amable y excéntrica anciana y con su nieto ausente? No cometa el error de subestimar a mi abuela; es mucho más sagaz de lo que la gente sospecha —una sonrisa suavizó

sus rasgos y luego fijó la vista en ella—. Y tampoco intente subestimar a un hombre como yo. Si puede hacer el trabajo, bien, si no… —dejó sin terminar la oración, pero no le dejó duda alguna de que quedaría a prueba y que su jefe preferiría que fracasara.

Holly tendría que mostrar a Simón Drayton que estaba equivocado, que ella tendría éxito en esta empresa. Deseaba ver que ese hombre altanero se comiera sus palabras. Lo miró de frente sin temor, a pesar de sentir incertidumbre. No sólo era más alto que ella, sino también muy testarudo. Era absurdo, pero se preguntó bajo qué estrella nacería él: ¿sería Tauro?

—Yo puedo realizar el trabajo —declaró, aunque en voz baja, con mayor confianza de la que sentía. Pudo percibir el escepticismo de Simón. «¿Por qué objetaba tanto?». Según su abuela, no permanecía mucho tiempo en la mansión como para que le molestaran los visitantes. Luego recordó la advertencia de que se quedaría lo suficiente para supervisar el trabajo.

—Ya veremos —fue todo lo que dijo, pero la miraba de cerca como si ella no hubiera reaccionado tal y como él esperaba. Si creía que se daría por vencida o perdería el control de sí misma, estaba equivocado. Hacía mucho tiempo que Holly aprendió a dominarse.

La entrevista no terminaba, él no parecía tener prisa por irse. Quizá esperaba que ella agregara algo. Antes de que Holly lo hiciera él volvió a hablar, en un tono que la chica no conocía. Era como si su presencia lo llevara a plantearse una pregunta que no sabía cómo contestar.

—¿Por qué demonios quiere ella hacerlo? —preguntó.

Holly no supo si le estaba hablando a ella. Parecía estar viendo más allá, detrás de la ventana, hacia los prados. Recordó la conversación anterior con la señora Drayton, y la impresión que le produjo.

—Quizá se siente sola —sugirió Holly en voz baja.

—¿Sola? —era como si la sugerencia fuera ridícula y risible—. Esta casa nunca está vacía. La tiene atestada de gente. Siempre que vengo tengo que interrumpir un comité o una reunión.

Por supuesto que él conocía mejor que ella a la señora Drayton y consideraba tonto su comentario, incluso presuntuoso, sin embargo algo en la forma en que la señora habló de la familia la había conmovido y no estaba muy convencida de estar equivocada. Una serie de comités y reuniones le parecían más un remedio para llenar el día que una manera de acabar con su soledad. Simón la

observaba meditabundo. Holly pensó que haría un comentario, pero se abrió la puerta y su abuela, el motivo de la conversación, apareció.

—¿Simón? ¿No has terminado con la pobre chica? Vengan ya, el té está servido en el pequeño salón —la señora mantenía la puerta abierta, y Holly sonrió al ver que Simón se había puesto de pie, ante la imperiosa orden, tan rápido como ella.

Sentados en la agradable habitación, esperaron que la señora Drayton les sirviera el té.

—Bueno, ¿ya quedó todo arreglado? —preguntó la señora cuando pasaba una bandeja con pequeños emparedados. «De pepino», claro, adivinó Holly. Algunas tradiciones no cambian. Dejó que Simón respondiera la pregunta de su abuela, ella no estaba segura de cuál sería la respuesta, y él buscaba las palabras adecuadas.

—Digamos que la señorita Fielding y yo hemos llegado a un acuerdo —dijo al fin. Holly notó fascinada, la cariñosa sonrisa con la que hablaba a su abuela. Estaba convencida de que esas mismas palabras dirigidas a ella hubieran estado cargadas de ironía.

—Me alegro —replicó la señora—. Ahora sí podemos empezar ya que me imagino que hay mucho trabajo —Holly afirmó con la cabeza pensando ya en mil detalles.

—Muchísimo —asintió—. Entre más pronto empecemos, será mejor. Hablaré mañana con mi jefe, pasaré unos días contratando a las personas que necesitamos y haciendo una lista de algunas ideas que ya tengo, espero tengan su aprobación. Regresaré el viernes —titubeó. Era más sencillo si la propuesta provenía del dueño de la casa. Nunca tuvo la costumbre de invitarse a residir en casa de los demás. Por fortuna la señora Drayton no la desilusionó.

—Se quedará aquí, claro está —le ofreció de inmediato.

—Gracias. Eso facilitará mi trabajo —Holly aceptó sin mirar a Simón; tenía la impresión de que él se había percatado de su titubeo y con certeza se estaba divirtiendo por su timidez. Después de su conducta, quizá pensaba que ella no era sincera.

—La señorita Fielding puede ocupar el antiguo salón de armas como oficina si quiere —sugirió él. Simón debió percibir algo en su mirada, porque sonrió—. No, no es tan lúgubre como se imagina. De hecho es una hermosa habitación que da al jardín. Alguien podrá decirle cuál fue la última generación que la utilizó para armas, yo no.

—Después de algunas semanas aquí, la señorita Fielding podrá proporcionarnos todas esas respuestas. No, no puedo —añadió la señora Drayton con impaciencia—, no seguiré llamándote así, como si fueras una institutriz solterona, menos ahora que residirás aquí. ¿Te importaría que te llamara por tu nombre? A mí me puedes llamar Emily.

—Con mucho gusto —¿cómo podía negarse? Aceptó gustosa.

—Y a mí me llamarás Simón —incluyó el nieto resignado—. Me imagino que los formalismos desaparecerán tan pronto empecemos a discutir acerca del trabajo —era como si las controversias fueran un hecho consumado. Se dirigió a su abuela—. Vendré todos los fines de semana, al menos mientras el proyecto empiece a funcionar… o fracase —añadió con un dejo de tristeza.

¿Había notado una mirada de satisfacción en la sonrisa amable de la señora Drayton? Holly no parecía segura.

—¿De verdad, querido? ¡Qué bueno! A Pamela también le dará gusto —asintió la anciana.

Simón miró a su abuela en forma extraña. Holly recordó su comentario en la biblioteca, y se preguntó si esa vaguedad era genuina. También se preguntó qué tan importante sería esa Pamela en la casa. Eso no era asunto suyo; tenía que cumplir con su trabajo, y con eso le bastaba.

—Tengo que irme —dijo la chica.

—¿En serio, querida? Bueno, entonces nos vemos el viernes. La chaqueta de Holly estaba en la siguiente habitación —le dijo a su nieto, y él salió de ahí sonriente, dejando a las dos mujeres solas—. Sólo se comporta tan severo cuando se trata de negocios —le dijo a Holly como si necesitara explicación—. Por dentro es tan tierno y suave como mantequilla —le confió.

—¿De veras —preguntó Holly—. ¡Lástima que la severidad es tan dura como el hielo!

—Sí —continuó la abuela, como si ella hubiera asentido—. Es un típico Cáncer —y con eso consideró que lo había explicado todo. Holly iba a afirmar con la cabeza cualquier fantasía que Emily sugiriera cuando recordó sus dudas acerca de la vaguedad de la señora.

—No tengo la más remota idea de cuándo es, menos de lo que signifique —admitió con honestidad.

La señora hizo un gesto de aprobación.

—A principios de julio —respondió—. Espérame aquí un

momento.

Holly se levantó a esperar junto a la puerta mientras la señora Drayton desaparecía por otra. La mansión parecía un laberinto. Apenas alguien salía por una puerta, entraba otra persona por otra. Tomó la chaqueta que Simón le ofreció.

—¿Y ahora qué sucede? —preguntó al notar la ausencia de la abuela.

—No lo sé. Estoy esperando para saberlo —empezaba a darse cuenta de qué quería decir Simón cuando afirmaba que la abuela siempre se salía con la suya.

La señora entró por otra puerta, tenía en la mano algo envuelto en papel manila. Se lo entregó a Holly.

—Llévate esto y lo estudias con calma. Te ayudará a comprender mejor.

Parecía ser un libro. ¿Una historia de la mansión? En ese caso era probable que ya lo hubiera leído, aunque podía ser un documento privado. Sin duda era un gesto muy valioso.

—Muchas gracias —le dijo mientras guardaba el libro en su portafolios.

Fue mucho tiempo después cuando terminó de recorrer el largo camino hasta los suburbios al sur de Londres y regresó a la privada de su apartamento. Bostezando y lista para acostarse, que decidió darle un vistazo al libro, lo peor que podía pasar era que la ayudara a dormir. Lo desenvolvió y soltó una carcajada. ¡Lo que tenía en las manos era un antiguo volumen sobre astrología!

Capítulo 2

Tres días de trabajo intenso; comunicándose con el equipo de especialistas que necesitaría como consultores, reparadores y ayudantes en general; y anotando lo que esperaba lograr, durante las siguientes seis semanas, dejaron a Holly agotada, pero satisfecha. Miró su archivo, bien ordenado, con carpetas que había llevado a su casa de la oficina. Pensó que nadie, ni siquiera Simón Drayton podría acusarla de no haber realizado su trabajo a la perfección.

Su pequeño apartamento estaba tan ordenado como las carpetas. Nadie admiraba a una persona organizada, eso ya lo sabía. La mayoría preferían a quienes viven en constante desorganización y se las arreglan a última hora para cumplir con sus responsabilidades. Ella no podía caminar por esa cuerda floja. Y no le sorprendería descubrir que muchos de los ostentosos de «última hora» planean mucho más de lo que están dispuestos a admitir, o tienen muy buenas secretarias, pensó, memorando los enredos que una vez solucionó sólo para que otros recibieran las congratulaciones. Quizá Jenny seguiría insistiendo en que debía asentar cabeza y casarse, pero su hermana jamás se había interesado por una carrera profesional como ella.

Y parecía que nunca se interesaría, pensó Holly al recordar su última carta. Sin embargo, ella había decidido hacía mucho tiempo el rumbo de su vida, y esa oportunidad en Danfield Court podría ser el peldaño para un ascenso. Si lo hacía bien, es decir a entera satisfacción de Simón Drayton.

Levantó el libro que le dio Emily Drayton y lo observó pensativa mientras hacía el equipaje para su viaje a la provincia el día siguiente. Nunca hubiera imaginado que podían escribir tanto, con tanta convicción, sobre un tema tan absurdo. Claro que lo hojeó por curiosidad pero había estado demasiado fatigada la primera noche para leer varios capítulos sobre su propio signo astrológico, y muy ocupada para perder el tiempo en eso. Guardó el libro pensando que Emily quizá querría discutirlo en alguna velada.

No tardó en hacer la maleta. No tenía un gran guardarropa, y le era fácil seleccionar prendas que combinaran y que fueran apropiadas en todas ocasiones. No quería llamar la atención. Ni era

posible. De todas formas no se quejaba de su suerte. El apartamento era pequeño pero bien decorado con muebles agradables; y el año próximo podría comprar un auto. No sería mucho para los demás, pensó en la mansión de Simón Drayton, pero era más de lo que ella había soñado. Cuando casi terminaba de hacer su equipaje sonó el teléfono.

—Bueno…

—¿Holly Fielding? Habla Simón Drayton —ella lo había reconocido al instante. ¿Qué querría?—. ¿Ira mañana a Danfield Court?

—Sí, claro es lo que prometí, ¿no?

—Que bueno. ¿Podría hacerme un favor? Ya sabe que quiero repasar con usted los planes este fin de semana, pero temo que mi auto no saldrá del taller a tiempo. ¿Podría irme con usted? —se lo pidió de manera cortante y poco amigable.

Era ridículo que se sintiera incómoda al pensar en el trayecto en compañía de ese hombre. Sólo porque no mostraba entusiasmo en lo que ella hacía, no quería decir que la iba a asaltar. «No entusiasmado» era poco decir. Además, si tenía suerte podía adaptarse a la situación, pensó ella con su acostumbrado optimismo.

—¿Holly? —preguntó él con impaciencia.

—Sí. Claro que puede irse conmigo. ¿Dónde y cuándo debo pasar por usted? —trató de parecer tan segura como él.

—En mi oficina. Como a las dos de la tarde, si no es inconveniente —la joven se quedó pensando en lo que diría si fuera inapropiado, mientras él le daba instrucciones de cómo llegar a su oficina en la ciudad.

A Holly no le gustaba manejar por el centro de Londres, pero saldrían antes que empezara la congestión del tráfico por el fin de semana.

Cuando se estacionó frente al moderno edificio de acero y vidrio, recordó que Emily había dicho que su nieto era «Contador», pero no era un corredor de bolsa, e incluso Holly, que conocía poco de ese mundo, había reconocido el nombre de la compañía cuando se lo dijo. Preguntó por él y la recepcionista de inmediato se puso alerta. Después de pasar el mensaje por teléfono, se levantó y le ofreció a Holly un asiento y una taza de café.

—El señor Drayton mencionó que la estaba esperando. Estoy segura de que no tardará en bajar —le aseguró la recepcionista.

—Gracias —Holly se percató de que respetaban mucho a Simón Drayton y al tomar una tarjeta de la empresa, se sorprendió al darse cuenta de que él era el Director. Miró alrededor; la alta tecnología y la sofisticada y lujosa decoración contrastaban con la comodidad de los muebles y el follaje de las plantas.

Se abrió una puerta y un hombre salió de prisa, antes de que la cerrara con cuidado, Holly escuchó una voz familiar, diciendo con severidad pero sin levantar el tono:

—Y esta vez tiene que hacerlo bien —su expresión hizo pensar a Holly que quizás era una última advertencia.

Un minuto después salió Simón de la oficina. Le hablaba a una mujer atractiva de aspecto serio que tomaba notas.

—Sí, señor Drayton. De inmediato —fue todo lo que dijo la mujer antes de irse.

Era obvio que Simón no esperaba otra respuesta.

—Gracias —expresó él, cortés, en señal de despedida mientras veía a Holly y se acercaba a ella.

—Perdóneme por haberla hecho esperar —expresó Simón sin mostrar aflicción.

—No hay problema. Mi auto está fuera —se dirigieron a la puerta. Él no quería perder tiempo.

—Qué bueno. Vámonos.

Casi no cruzaron palabra hasta que salieron de Londres y enfilaron hacia el oeste. Su silencio al principio no la molestó, estaba demasiado ocupada con el congestionamiento, pero llegó el momento en que la joven creyó que debía iniciar una conversación.

—¿No le causará dificultades pasar tanto tiempo fuera de la ciudad? —preguntó recordando que estaba decidido a supervisar su trabajo.

Holly sintió, sin ver, que Simón se encogía de hombros. Se preguntó qué auto conduciría él; se daba cuenta de que el suyo le parecería pequeño sentado ahí junto a ella.

—Es un inconveniente —admitió—, pero siempre puedo recurrir al teléfono, y no es difícil ir en caso de que me necesiten por alguna emergencia —miró a Holly de reojo—. Tengo suerte de poder delegar bastante responsabilidad en mi empresa.

—Sí, me imagino —la chica recordó la oficina.

—¿Y usted? —preguntó Simón—. Estoy seguro de que un trabajo como el suyo no le permite llevar una vida social activa.

«¿Otra prueba?» se preguntó Holly, y no pudo contestar.

—En realidad, no. Abrir una mansión al público toma mucho tiempo, pero no es el tipo de trabajo que más predomina en la administración de propiedades. La mayor parte de las actividades podemos manejarlas desde la oficina.

—No en este caso —aseveró él en tono bajo que revelaba su interés porque Holly se entregara totalmente a Danfield Court.

—No —asintió ella—. Abrir al público una mansión por primera vez es diferente —Holly quería recordarle que no era la única vez que colaboraba en la apertura al público de un lugar semejante.

—¿Todos los fines de semana hasta octubre? ¿Descansos ocasionales a media semana si tiene suerte? —indagó Simón.

—¡Eso es! —era lo que Holly esperaba. En otras ocasiones hubiera compartido el trabajo con alguien, pero esta vez no le cabía duda de que estaba sola en el control de todo; no importaba si tenía que trabajar veinticuatro horas diarias desde ese día hasta su próximo cumpleaños; no dejaría que el plan fracasara por su negligencia.

—¿No será inconveniente para su familia o para su novio? —preguntó Simón.

Holly apretó el volante; trató de calmarse y de no responder hasta estar segura de que su voz no revelaría nada.

—No hay problema —dijo con frialdad. Era cierto. Había tenido colegas que le simpatizaban, pero nunca novios. No era de las chicas que se enamoran.

—¿Cómo? ¿Ningún compromiso? —era claro su escepticismo.

—Soy una profesional, y sé hacer mi trabajo como es debido —replicó ella con irritación—. Lo que hago en mi tiempo libre es cosa mía —aseveró en un tono más alto de lo que deseaba.

—Qué lástima. Me gusta conocer la vida de las personas con las que trabajo —expresó Simón en tono amable; pero la joven no pensaba caer en la trampa.

¿No puede encontrar otro tema de conversación? ¿Por qué demonios tengo que estar atrapada en este diminuto automóvil con él? Pensó Holly decidida a hacer la misma pregunta.

—¿Y a usted no le causará problemas tener que supervisarme todos los fines de semana? —inquirió—. Su esposa…

—No soy casado —interrumpió Simón, en tono cortante y hostil, sin que estuviera justificado.

Holly no se sorprendió, él era su patrón, después de todo. No entendía la ira del señor Drayton, pero sabía que no tenía nada que

ver con ella. Y no iba a permitir que la intimidara.

—Entonces resulta que su vida social está tan trunca como la mía —señaló Holly contenta. De reojo observó que él frunció el ceño como si no esperara que el gato sacara las uñas.

—¿Quién le dijo que mi vida social está confinada a Londres? —inquirió.

El comentario era razonable y el tono represivo. Holly recordó a la rubia. ¿Sería ella la Pamela que había mencionado su abuela? ¿O habría toda una fila de mujeres esperándolo? Todo era posible, admitió con desagrado. Y no sólo por su dinero, o por Danfield Court. Simón Drayton parecía tener un aura de poder, lo había notado en el restaurante y de nuevo en la oficina. Y era un poder tan atrayente que hasta una ciega lo notaría. La contrariaba y comprendía su efecto en otras mujeres.

Estaban de acuerdo en que no querían hablar de su vida personal. Sólo importaban los negocios, y así debía ser, después de todo, era por lo que iban juntos en ese recorrido tan incómodo.

—La señora Drayton me dijo que no quería que la mansión estuviera abierta todos los días. ¿Le parece bien, que se abra de lunes a jueves? —sugirió Holly.

—Lo único que me parecería es que nunca se abriera —le recordó él—, pero me imagino que tendrá que ser como usted sugiere.

—Así los días que permanezca cerrada se podrán hacer las reparaciones necesarias —añadió Holly.

—¿O resolver los problemas? —se preguntó Simón en voz alta.

—También eso —afirmó la joven con intranquilidad—. He estado pensando en lo que puede ofrecer la mansión, y tendré más ideas una vez que la conozca más; ¿no tiene usted alguna idea que pudiera hacer más atractiva Danfield Court a los visitantes? —una pregunta necia. Él no quería ni que la visitaran. ¿Qué tanto se iba a oponer? No mucho. Todavía. Aunque no ofreció gran ayuda.

—Mientras sus planes no incluyan leones o ferias, lo soportaré —fue todo lo que Simón Drayton respondió.

—Ningún león —aseveró Holly. Ella jamás hubiera pensado en meter animales—. La mansión está en perfectas condiciones —quería halagarlo para menguar su resentimiento. Sin embargo él no era fácil de manipular y el halago no sirvió.

—Eso es —de nuevo Simón ponía la señal de «no traspasar». No era asunto suyo, se dijo Holly lo único que tenían en común era ese

negocio.

De nuevo reinó el silencio. Holly no quería que hablaran de su vida; y él no deseaba discutir acerca de la mansión. Sintió alivio cuando llegó a la salida que conducía al pequeño pueblo a unas millas de Danfield Court.

Emily Drayton no tenía ninguna de las dudas que surgieron en su nieto, y recibió a Holly como a una amiga de la familia y no como a una empleada. Holly se sintió un poco incómoda por la calurosa bienvenida de la señora, pero la conmovió. Trató de convencerse de que era sólo porque así sería más sencillo realizar el trabajo, pero no estaba segura. Le simpatizaba la excéntrica anciana, cuya mente era tan brillante como frágil su cuerpo.

La habitación de Holly estaba en el primer piso, desde donde se apreciaba el jardín. Más allá se veían algunos sólidos y oscuros setos y de uno de los lados un sendero. La noche era fría, pero aun así recorrió toda la mansión. Cuando regresó a su habitación, sentía ya que Danfield Court empezaba a ser su hogar.

Al principio no pudo conciliar el sueño. De chica le pasaba con cierta frecuencia y se contaba historias donde ella era una princesa que vivía en un castillo de cuento de hadas. Siempre que se encontraba en esa situación, reaparecían sus viejas fantasías aunque con alguna modificación. Podía quedarse en un lugar como Danfield Court, pero jamás le pertenecería. Como la institutriz en el viejo cuento, ni siquiera tenía un sitio permanente, y una vez terminado el trabajo tendría que irse. Sonrió, Emily con sus supersticiones y benevolente encanto, podría encajar en la imagen de la hada madrina, pero Simón, no era el príncipe de nadie.

Pensó en el señor Drayton perturbada al recordar su comentario acerca de su vida social. Aceptó que era bastante atractivo, al mismo tiempo que analizaba de nuevo sus rasgos, ya familiares, y apagaba la luz para quedarse dormida.

Cuando, en el desayuno, anuncio sus intenciones de recorrer el terreno, la señora de inmediato ofreció que Simón la acompañara.

—Tú le mostrarás los alrededores, ¿verdad, querido?

—Con mucho gusto —Simón no trató de negarse, al contrario parecía entusiasmado.

Holly, por primera vez, no estaba convencida de sus sentimientos. Era muy buena idea recorrer la propiedad con alguien

que la conocía bien, pero sospechaba que iba a sentirse incómoda si él era su guía.

Alguien más neutral, por ejemplo un jardinero, sería más fácil. Pero, como Simón, no tuvo otra alternativa, sería su acompañante.

Simón llevó a Holly a la biblioteca donde habían hablado por primera vez.

—Se dará una mejor idea de la disposición del terreno si primero analiza los planos —le dijo con brusquedad mientras tomaba un gran portafolios para luego extender los planos arquitectónicos que tenía sobre la mesa.

—¡Es asombroso! —exclamó Holly. No esperaba ver planos tan antiguos. Eran obras de arte. Además dibujos y esbozos de la mansión y del terreno desde el primer edificio Tudor, hasta su florecimiento en el siglo XVII, antes de que destruyeran dos terceras partes durante la Guerra Civil. Simón los iba pasando uno a uno lentamente para que ella se diera idea de la historia de Danfield Court.

—Durante la Restauración recuperamos la mansión y el terreno, pero no el dinero. Carlos II no tenía recursos para derrochar y no era conocido por su filantropía. Pasaron más de cincuenta años antes de que empezara en serio la reconstrucción.

—Fue entonces cuando construyeron la fachada —comentó Holly—. Creo que mereció la pena esperar —añadió.

—Tiene razón —Simón parecía sorprendido; ella no sabía si era por sus conocimientos arquitectónicos o porque sabía apreciar la belleza. Él levantó el dibujo más moderno, el último del expediente —. Esto es lo que necesita entender; así está hoy la propiedad —se inclinó cerca de ella para señalar los detalles.

Holly lo escuchó con atención: las hortalizas de la cocina, el establo, los setos y el jardín de rosas. La chica se sentía ridícula por ser demasiado consciente de la presencia de Simón; de su cuerpo estirándose sobre ella; de sus hombros al indicar áreas específicas; de su voz ronca cuando comentaba algún cambio realizado, alguna superficie descuidada. No había muchas de esas, y era claro que Simón tenía planes para mejorarlas.

—Ese sendero de abedules conduce al mirador —le mostró Simón—, lo apreciará en todo su esplendor en un día luminoso, le aseguro que es algo muy especial.

—Debe serlo —dijo la chica con honestidad, él quedó satisfecho y al dar unos pasos hacia atrás la respiración de Holly se

tranquilizó. Era evidente que Simón no había notado nada especial en el encuentro; colocó el portafolios en su lugar y dio vuelta para decirle:

—Bueno, podemos irnos. ¿Tiene usted botas? Las necesitará —Holly asintió con la cabeza y su pulso regresó a la velocidad normal.

—Están arriba. Voy por ellas.

—De acuerdo. La espero en la terraza. ¿Conoce el camino? —preguntó Simón.

—Sí —Holly ya tenía una idea de la distribución interna de la casa. La terraza quedaba al frente del ala este, y en ella estaba su habitación. Mientras sacaba de su guardarropa pantalones, botas y una gabardina se asomó a la ventana. Él ya se encontraba ahí, apoyado en una de las grandes urnas de piedra que enmarcaban los escalones hasta el prado. Miraba hacia la casa, ignorando el panorama, tenía una expresión de tristeza, indescifrable de tan lejos. Holly se retiró de la ventana, sintió que estaba fijándose en lo que no debía y le disgustó su curiosidad. Era la casa, aseveró, no el hombre lo que le interesaba.

El señor Drayton se puso de pie cuando ella llegó, y movió la cabeza con aprobación al ver la ropa que Holly había escogido.

—Vamos —fue todo lo que expresó.

Caminaron hasta el centro pisando el pasto.

—¿Ha jugado alguna vez tenis aquí? —preguntó Holly. El lugar era bastante amplio, cabrían ahí dos canchas.

—Croquet —respondió él con una sonrisa, la cual desapareció al añadir—, no creo que los turistas…

—No —respondió Holly al instante—. No pensaba en eso, destrozarían el pasto. Podría hacerse un evento especial —opinó—. Una velada Eduardiana, o algo así —imaginó diferentes posibilidades, y la sorprendió una carcajada de él. No pudo resistir reírse también—. ¿Qué fue lo que dije? —protestó.

—Nada, nada —admitió él todavía sonriendo—. Fue que automáticamente ligó mi juego de croquet con la época Eduardiana. No soy tan viejo, sabe aunque a veces mi abuela me hace sentir a punto de encanecer antes de tiempo.

Ella ni siquiera lo había pensado. La bruma había humedecido su cabello, pero no tenía canas. Igual que su risa, Simón parecía vibrar lleno de vida. Holly apretó los puños en sus bolsillos. ¿Qué le estaba pasando? Era sólo su patrón, y hasta entonces no había sido

muy amigable.

—Lo siento —musitó Holly, y fijó la vista en los setos que se encontraban frente a ella. De inmediato desaparecieron sus dudas, deleitada por lo que veía—. ¡Es maravilloso! No sabía que tenían aquí un laberinto.

La sonrisa en sus labios reveló que él apreciaba su entusiasmo, lo que la hacía parecer más joven que nunca, mientras que el aire frío le daba color a sus mejillas.

—No es muy grande ni muy complicado, pero cuando era niño me divertía mucho aquí —admitió él con tono amable. Por un momento ella creyó percibir una sombra en su severo rostro. ¿Cuánto tiempo hacía, que no se divertía así? se preguntó.

—Los visitantes van a quedar fascinados —comprendió ella mientras imaginaba la escena sin dificultad. Su momento de nostalgia desapareció.

—En ese caso tome todas las precauciones necesarias para que alguien los vigile —le advirtió él—. No quiero oír madres histéricas que perdieron a sus niños, ni ver a los niños destruir los setos.

—Todo estará supervisado como es debido, naturalmente —tuvo que aparentar calma. ¿Tenía que revelar su convicción de su incompetencia de forma tan obvia?

Sin más comentarios dejó que él la guiara rodeando la mansión hasta la parte trasera, cuya fachada de ladrillo del siglo XVII contrastaba con la elegante piedra tallada del frente, pasaron la muralla de la hortaliza de la cocina hasta el borde del ala oeste. Ahí el sendero estaba dividido.

—Podemos regresar rodeando la casa hasta la entrada, o subir al mirador. ¿Qué prefiere? —le ofreció él. A Simón no parecía importarle gran cosa.

—Prefiero el mirador —decidió Holly. Quizá Simón Drayton quería terminar con el recorrido, pero ella quería verlo todo, aunque significara aguantar su renuente compañía. Ya se había despejado la bruma, y el cielo de primavera era claro mientras subían por el camino del asfalto, entre las hileras de arbustos de hojas de color café, que pronto se pondrían verdes, hasta la terraza semicircular con sus bancas de piedra y esculturas italianas que ofrecía el hermosos panorama que le daba su nombre.

Y lo merecía. El terreno bajaba hasta el río, y volvía a elevarse a lo lejos entre páramos y prados con árboles.

—Es glorioso —declaró Holly apoyándose en la balaustrada.

Siguió el curso del río con la vista hasta donde desembocaba en el ancho lago que podía verse desde el frente de la mansión. A lo lejos divisó una pequeña construcción de piedra.

—¿Qué es eso? —señaló Holly.

De pronto Simón pareció sorprendido, como si su mirada hubiera estado en otra cosa que no fuera el paisaje. Luego miró hacia donde ella señalaba.

—¿Eso? Es el viejo cobertizo de lanchas. Está muy abandonado —dijo sin darle importancia.

—¡Qué lástima! ¿Tiene alguna lancha? —sería maravilloso añadir a los atractivos de la casa paseos en lancha, pero algo en la expresión de Simón le impidió decírselo. Ya no tenía el buen humor del principio.

—La tuve —dijo en tono cortante, y se alejó.

Ella se estremeció.

—Tiene usted frío —notó él—. Regresemos a la casa. No puede conocerlo todo en un paseo, por más eficiente que diga que es.

Ella ignoró sus palabras, y lo siguió de regreso. No tenía frío, pero notó que perdió la poca cordialidad que había mostrado. Podían discutir algún día los viajes en lancha; por lo pronto ella tenía otros asuntos que organizar.

Pero todavía no podía empezar; llegó una visita a tomar té. Cuando entró a la sala esa tarde, Emily se puso de pie para saludarla, y la presentó a una elegante, y «conocida», rubia que la observó por el borde de su taza cuando se acercaba a ella.

—Holly, quiero presentarte a Pamela Weston. Pamela, ella es Holly Fielding, la encargada de organizar la apertura.

—Sí, Simón me puso al tanto —dijo la mujer mirando a Holly con sus fríos ojos de color azul, sin reconocerla y hablándole a Emily, no a Holly—. Suena fascinante —lo que era fascinante era cuánta desaprobación podían contener tan pocas palabras. Parecía obvio que estaba de acuerdo con Simón. Se volvió hacia Holly para preguntarle—: ¿Conoces bien esta región? —preguntó con indiferencia.

—Me temo que no —admitió Holly.

De inmediato se dio cuenta de su error, pero ya era demasiado tarde. En cinco minutos de conversación aparentemente cordial, Pamela Weston había logrado hacer énfasis, sin siquiera

mencionarlo, en el hecho de que Holly era una extraña que tenía la audacia de pensar que estaba calificada para organizar Danfield Court. Y peor, lo que iba a hacer era contrario a la tradición familiar, y de eso Pamela sabía mucho. Cuando Holly respondió a sus preguntas sobre otras ocasiones donde había trabajado el único comentario fue:

«Qué interesante» y, «claro que nuestras familias siempre…», no era necesario tener gran agudeza para percatarse de que los comentarios servían para recordarle que sólo era una empleada.

—Nuestra familia y los Drayton han sido amigos desde hace muchos años—, señalo Pamela—. Simón y yo nos conocemos desde niños. ¿Verdad señora? —le preguntó a Emily para que lo confirmara.

—Sí, es cierto. Recuerdo cuando Simón te dijo que sólo podrías ir a pescar con él si traías tus propios gusanos —asintió la señora con amabilidad. El rostro como de porcelana de Pamela se sonrojó ligeramente. No debió ser para ella un buen recuerdo.

De modo que a Emily le simpatizaba mucho la chica, comprendió Holly, y se preguntó qué sentiría Simón por Pamela. Incluso cuando se reunió con ellas para tomar té no pudo captar bien la situación. Besó a Pamela en la mejilla cuando entró y se sentó en el sillón junto a ella, incluso pareció aceptar, sin animarla, sus posesivas reminencias. Pero el afecto que le mostró era muy tibio. Si eso era romance, debía ser demasiado frío. Holly incluso sospechó por un momento que le divertía a él la actitud de Pamela; lo que le interesó fue el hecho de que no la desanimara. Y conocía ya suficiente a Simón para saber que lo hubiera podido hacer con toda facilidad. Si aquella expedición de pesca era algún indicio, quería decir que ya lo había hecho en el pasado.

—Simón, querido —Holly la escuchó decirle—, me temo que he tenido un diminuto accidente con el auto.

¿Cómo podía tener uno un diminuto accidente? se preguntó Holly.

Simón parecía acostumbrado a eso y respondió con más resignación que enfado:

—¿De nuevo? ¿Y qué pasó esta vez?

A Holly se le ocurrió pensar que Pamela le trataba de demostrar deliberadamente que Simón la cuidaba más de lo que cualquiera hubiera esperado, ya que después de todo, eran vecinos. Se preguntó cuál sería la razón para hacer eso. Estaba segura de que

Simón le habría comentado su opinión sobre la persona que se atrevía a creer que podía abrir su mansión al público. ¿Sería el tipo de persona que no necesita que lo apoyen en sus batallas, pero que le agrada recibirlo? El resto de la conversación también fue interesante.

Según parecía el daño al coche era sólo un rayón causado por otro auto mal estacionado, pero Pamela desconfiaba del taller mecánico.

—¿Tú le hablarás a Bates, verdad? —le suplicó—. Al menos a ti sí te hace caso.

—Le tomó siglos reparar el espejo retrovisor el otro día.

Holly no olvidó el nombre del dueño del taller que reparó el neumático de su coche. Tampoco lo que había causado el accidente. Recordó el auto blanco con la rubia conductora que la había sobrepasado unos días atrás, y miró molesta a Simón. Él observó su mirada, pero su expresión permaneció inmutable.

Esa noche Holly se enfrentó a él.

—Dijo usted que era su espejo retrovisor el que se había roto —lo acusó.

—No, no es cierto —negó Simón interrumpiéndola—. Dije que era mi responsabilidad; Pamela era mi invitada, el incidente sucedió en mi casa.

—Sería conveniente que le consiguiera un chofer; le resultaría más económico a la larga —no pudo controlarse y se lo dijo.

—También sería conveniente que se guardara sus opiniones de lo que no es asunto suyo —respondió él con austeridad, pero sonreía con sarcasmo.

Era obvio que no quería discutir con ella más que asuntos de negocios, al menos no le recordó que también había pagado su cuenta en el taller mecánico.

Por fortuna, después de hacer muchas preguntas, Simón aprobó casi todos los planes referentes a la apertura de la mansión. Afectaban sobre todo a las habitaciones de residencia que no se usaban a diario y, a pesar de que era necesario reubicar algunos muebles, Simón decidió de mala gana que podría aceptarlo.

—Le advierto que debe avisarme antes de que siquiera tenga

pensado introducir «nuevas atracciones» —le advirtió. No iba a dejar que ella olvidara que él estaba a cargo de todo.

—Claro —musitó Holly con una sonrisa artificial. Esa sensación de mandíbula apretada y chirrear de dientes ya le era familiar cuando charlaba con él.

Era una lástima que casi todas sus discusiones terminaran en hostilidad cuando ella luchaba para que él aceptara cada una de las fases del proyecto. Las pocas ocasiones en las que él contribuyó con sus propias ideas fueron de hecho, excelentes, y al final de la semana ella tuvo que admitir que le hubiera sido muy difícil arreglárselas sin él. Conocía a todos, y sabía dónde estaba todo, su conocimiento de la mansión en particular y de las antigüedades en general era impresionante.

—Usted tendría mucho éxito en mi profesión —admitió una noche en la que él había logrado resolver un problema difícil.

—¡Ni Dios lo mande! —Simón parecía horrorizado por la idea.

Ese domingo en la noche fue una de las ocasiones en la que lograron establecer una especie de tregua silenciosa.

Estaban sentados juntos en la pequeña sala; la abuela de Simón se había retirado temprano a dormir como era su costumbre, y Holly lo convenció de que le contara lo más sobresaliente de la historia de Danfield Court.

—Claro que la familia era tercamente monárquica —le reveló cuando hablaban sobre cómo había arruinado la Guerra Civil a la mansión—. Esta fue una de las últimas casas no fortificadas que cayó. El Drayton de esa época logró poner bastante resistencia. Aunque no le sirvió de mucho —añadió encogiéndose de hombros.

—¿Su antepasado murió? —preguntó Holly, compadecida de pronto por el desconocido caballero de entonces.

—No lo sé —Simón negó con la cabeza—. Nadie lo sabe. Desapareció. Cuando Carlos II recuperó el trono fue la familia de su hermano la que recuperó la propiedad.

—¿Cómo que desapareció? —Holly estaba fascinada e intrigada.

La luz del fuego de la chimenea iluminaba su rostro. Él tenía el porte de un caballero y su tez oscura iría bien con una peluca, pensó ella, imaginándoselo defendiendo su propiedad contra los invasores. ¿Era eso lo que estaba haciendo ahora? pensó de pronto al recordar cuánto se resistía en abrir la mansión al público.

—Lo que le dije —explicó él—. Nadie lo volvió a ver jamás. Los «cabezas redondas» no alegaban haberlo capturado y estoy seguro

de que lo hubieran hecho público de ser posible. Sospecho que murió cuando escapaba y nunca identificaron el cadáver —esbozó una sonrisa—. Claro que existe la historia fantástica de que lo rescató una joven puritana con quién después contrajo matrimonio, pero aunque es tan romántico y quisiera que fuera verdad, soy lo bastante realista para saber que esas cosas jamás suceden.

—¿No existen documentos antiguos? —Holly también deseaba creerlo.

—Temo que no —su sonrisa no era burlona como ella esperaba —. Yo mismo investigué cuando era más joven que usted. Planeaba escribir una tesis sobre las importantes y nuevas revelaciones que descubrí en los archivos familiares, pero por desgracia, después de sofocarme buscando en manuscritos empolvados, tuve que admitir que no existían datos al respecto.

—¿Se graduó usted en Historia? —preguntó ella.

—Sí. Aquí cerca. Oxford —ella debió haberlo adivinado. Se ajustaban mucho mejor a su cultura, los conocimientos evidentes del pasado y su amor por la mansión que rara vez habitaba, que las resplandecientes oficinas en Londres.

—¿Qué lo forzó a entrar a la ciudad? —Holly no resistió preguntarle.

—La necesidad —respondió con expresión severa.

Ella debió prestar atención al tono cortante, pero no se estaba concentrando, pensaba sólo en las vidas de aquellos que habían sido propietarios de esas habitaciones en el pasado.

—Me sorprende que no se haya casado y establecido aquí para criar al siguiente heredero de la propiedad —expresó con descuidada ligereza. Y luego comprendió que, de alguna manera, dijo algo muy inadecuado.

Él no se molestó, pero el contorno de su boca palideció y ella escuchó el tronido de sus dedos y su voz al decir:

—Ha cometido un error —pero ella no sabía como corregirlo—. Mejor ajústese a los hechos históricos y olvide sus fantasías de adolescente.

Por primera vez en su vida se encontraba en una situación que no podía manejar. Lo único que pudo murmurar fue:

—Lo siento —y dudó que él hubiera escuchado.

—Voy a retirarme a dormir. Buenas noches —dijo el señor Drayton sin ningún otro comentario, y abandonó la habitación como si no soportara su compañía ni un instante más.

Atónita, Holly se sentó frente a los leños a punto de apagarse en la chimenea. ¿Qué había dicho? Durante esos días había momentos en los que parecían convivir más; una que otra vez incluso él había dicho algo que mostraba cierta admiración a su profesionalismo, aunque todavía le molestaba el proyecto. Él aceptó el grado de sus conocimientos históricos, y ya no tuvo esa actitud condescendiente. Ahora sin querer ella había encendido toda su hostilidad y no sabía la causa.

¿Por qué le importaba tanto? No había nada, no podía hacer nada, entre alguien como ella y Simón Drayton. Ella no pertenecía a su mundo, y él no era el tipo de hombre que le gustaba, de todas maneras. ¿Cómo lo sabía? Murmuró una voz en su interior. Un romance desafortunado cinco años atrás no la convertía en una experta, y casi todos los hombres que conocía eran colegas del trabajo. Si algo sabía acerca de su profesión como mujer, era que nunca debía mezclar el placer con los negocios. Quizá Simón Drayton la intrigaba, pero el sentimiento con seguridad no era mutuo, menos ahora, y eso la favorecía en las presentes circunstancias.

Mientras ella no pudo conciliar el sueño esa noche, pensando en alguna manera de corregir la situación entre ellos, Simón no pareció tener ningún problema. La saludó en el desayuno como si nada hubiese pasado la noche anterior. Incluso habló con aprobación acerca de algunos cambios que ella sugirió, y estuvo de acuerdo en que había mercado para un libro sobre la historia de la mansión, en el cual se mencionara a los miembros más destacados de la familia Drayton, cuyos retratos cubrían los muros del vestíbulo y de la impresionante escalera.

—¿Por qué no incluye al caballero desaparecido y a la joven puritana? —sugirió él.

—Gracias. Lo haré —asintió ella, sorprendida.

Él debía regresar esa mañana en tren a Londres y ella lo llevó a la estación.

—Regresaré el viernes —le recordó al salir del auto. Entonces revisarían los planes para el terreno que rodea la mansión.

Ella le había comunicado que esa sería su siguiente tarea, y sabía que iba a ser difícil, pero su aparente buen humor le inspiró confianza.

—Si algo no le parece puede despedirme —señaló la chica.

—No se preocupe —Simón la miró mientras recogía el

portafolios; su expresión era indescifrable—. Lo haré.

Capítulo 3

Todo salió a pedir de boca esa semana, excepto por las visitas ocasionales de Pamela. Emily no perdió el tiempo en comentar la callada eficiencia de Holly. Era gratificante que ella notara algo que para la mayoría de las personas pasaba desapercibido. Pero se desilusionó al descubrir que, de nuevo, el crédito le correspondía a un accidente de nacimiento.

—Los capricornio son muy prácticos —le dijo complacida y luego la señora añadió con mirada astuta—: Deberías tener más confianza en ti misma, querida. Estás progresando mucho en tu trabajo, es obvio, ¿pero lo estás disfrutando también?

—Estoy fascinada —respondió la joven sonriendo. ¿Cómo no disfrutarlo estando allí?—. Puedo sentir la historia de la mansión inundando mi cuerpo. A veces, incluso, digo buenas noches a los retratos mientras subo por la escalera en la noche. Ya los conozco a todos.

—Me alegro, querida —la respuesta de Emily dejó confusa a Holly. Cada vez estaba más convencida de que cuando hablaba con vaguedad era porque enmascaraba pensamientos sagaces. Tenía el deprimente presentimiento de que había aceptado algo más que confirmaba la fe en los astros de la señora.

Simón retornaría el fin de semana. Al menos él no compartía la superstición de su abuela. Se quedó pensando. ¿Desde cuándo estaba pendiente y esperaba con ansias volver a ver a Simón? ¿Había olvidado la advertencia implícita en su comentario de despedida?

Sin embargo, cuando llegó el viernes y Simón no apareció, pues llamó para decir que llegaría tarde, Holly quedó irritada y desilusionada. No era que estuviera aburrida, no tenía tiempo para eso, pero admitía que su presencia llenaba de vida todas las cosas. Tuvo la sospecha de que también Emily se decepcionó por su ausencia en la hora de la cena.

—Supongo que llegará hasta mañana en la mañana —replicó Holly al comentario temeroso de la mujer—. Debe de tener mucho trabajo.

—Sí —respondió la anciana—. Me imagino que debería estar contenta de que siquiera venga. Y estoy contenta —insistió con

actitud más positiva—. Al menos este negocio le ha hecho recordar cual es su hogar.

Holly la contempló. Emily estaba sentada en una silla muy elegante, vestida inmaculadamente a la moda de la generación pasada, su complexión era transparente, sus delicados rasgos impenetrables, y su mente tan aguda como un puñal. Emily no decía cosas así por accidente. Y a Holly no le faltaba curiosidad.

—¿Por qué habría de olvidarla? —preguntó la chica—. Es obvio que adora la mansión.

—Sí —la blanca cabeza asintió—, pero la ha evitado los últimos años —sus ojos de color claro parecían mirar su interior, recordando—. ¿Quizás te has preguntado qué sucedió con sus padres? —sugirió.

—A veces —admitió Holly. Había visto el retrato de un hombre atractivo de mirada picaresca y boca débil, pero no sabía nada acerca del padre de Simón.

—Sólo tuve un hijo —Emily suspiró—. Ralph, el padre de Simón. Creo que era un poco salvaje y muy inquieto. Mi esposo —un dejo de dolor cubrió su rostro—… murió mucho antes de lo que nadie esperaba, y nos dejó tremendas deudas a su muerte. Ralph no comprendió el peso que cargaba la propiedad, y quería continuar su espléndida forma de vida, creyendo que nunca faltaría el dinero.

—¿Y Simón?—preguntó Holly, fascinada.

—Simón siempre estuvo encantado aquí —Emily sonrió—, y a sus padres les gustaba que pasara las vacaciones conmigo. Luego fallecieron —sacudió la cabeza como para olvidar algo tan doloroso—. Fue uno de esos estúpidos accidentes automovilísticos en una carretera con hielo. No fue culpa de nadie, eso dijeron. Pero Ralph tenía deudas que dejaron a la propiedad en bancarrota. Simón acababa de graduarse en la Universidad, y pudo darse cuenta de que por más que lo administráramos no podríamos mantenernos solos. Si vendíamos lo necesario para pagar las deudas, nos hubiéramos quedado con un cascarón sin vida —Emily sonrió nerviosamente al mirar a Holly, y apretó la mano en el brazo de la silla—. De modo que Simón comprendió que tendría que ganar un gran capital para mantener la casa, y buscó la mejor manera de lograrlo.

—Y lo logró —murmuró Holly no queriendo interrumpir sus recuerdos.

—Hasta cierto punto —Emily tenía cansada la voz—. Ahora ya

no tiene que trabajar en Londres, pero insiste. A veces pienso que esos viajes le han quitado el gusto por la casa. No ha sido el sitio más alegre del mundo los últimos diez años —Holly pensó en Pamela. Alguien como ella, con raíces y la misma forma de vida, y que valoraba todo lo que la mansión representaba, sería una excelente cónyuge para él. Iba a preguntarlo, pero al recordar la reacción de Simón cuando habló sobre el tema, decidió que sería falta de tacto inmiscuirse.

Emily sacudió su melancolía después, pero Holly no dejó de pensar en lo que le había comentado. ¿De modo que la prosperidad de la mansión se debía a los esfuerzos de Simón? Esa debía ser la razón por la que no quería visitantes. Pero eso no explicaba el hecho de que evitara residir allí. Había algún otro misterio, pero no era asunto suyo.

Holly se levantó temprano al día siguiente. Le encantaba ver la casa al amanecer, tranquila antes que empezara el bullicio, y podía concentrar su atención en mil detalles. Cuando contempló el muro de ladrillo iluminado por los rayos del sol de primavera, sintió casi físicamente el atractivo de la casa, y recordó que Emily había dicho que los cancerianos siempre echaban raíces. Parecía que ella y Simón sí tenían algo en común después de todo. La joven sonrió con ironía, pues no podía comparar la mansión con su apartamento en Yorkshire.

Caminaba sobre el césped, humedeciendo sus zapatos con el rocío, cuando escuchó que un auto se deslizaba por la carretera. ¿Entraría por la puerta principal? Tendría que esperar.

Por lo visto a Simón también le gustaba pasear temprano. Ella estaba tranquila, sentada en uno de los escalones de piedra, cuando él cruzó el prado hacia ella. Parecía fatigado, pensó Holly, consciente de ser una intrusa, una invitada en su hogar. Pero él no aparentaba pensar eso. Sonrió y extendió su mano al saludar.

—No, no se vaya. Quiero estirar las piernas y respirar el aire puro y limpio después de tantos días —miró alrededor y una expresión de placer suavizó sus duros rasgos—. ¿Es una delicia, verdad?

—Lo es —asintió Holly, volviéndose a sentar en el escalón.

Él se acomodó junto a ella, indiferente al daño que podía causarle a su traje formal.

—Me gusta esta hora del día —comentó.

Ella, sin embargo, no estaba segura de cómo se sentía en esa situación. De pronto la mañana se había tornado tensa. Se sentía abrumada por la cercanía de Simón, consciente de su presencia e indecisa de quedarse o irse.

Junto a ella, Simón dejó de admirar el jardín y se volvió para verla. De pronto Holly recordó que se acababa de lavar la cara y no se había maquillado, miró su viejo pantalón de mezclilla y deseó que Simón mirara hacia el jardín.

—¿Tuvo algún problema durante la semana? —le preguntó Simón.

—Pude solucionarlos —respondió Holly sonriendo.

—Le creo —dijo él—, ese debe ser su lema —añadió estirando sus largos brazos y bostezando—. Ha sido una endemoniada semana en la ciudad. Me alegro de tener una excusa para salir el fin de semana, de otra manera estaría ahorita en mi escritorio.

—Su abuela estará encantada de verlo —señaló la chica. Con toda intención no mencionó a Pamela. Por algún motivo no quería introducir en ese inesperado momento de armonía a la otra mujer con mayores derechos.

—¿De veras? —sus ojos de color café la observaron de cerca. Se puso de pie y le ofreció la mano—. Venga, vamos adentro para buscar a mi abuela y un buen desayuno.

Ella le permitió ayudarla a levantarse; hubiera sido ridículo no aceptar su mano, Holly notó la fuerza de esa mano. Se percibía tan pequeña junto a él, y no acostumbraba sentirse así.

—Mi abuela está feliz de que esté usted aquí —dijo él a la ligera cuando subieron por los escalones. Ella lo miró sorprendida y emocionada—. Me dijo cuánto disfruta de su compañía cuando le llamé por teléfono ayer —explicó. Luego añadió—: No importa qué más resulte de esta loca idea de ella, le estaré agradecido por esto.

—¿De modo que todavía opina que es una locura? —preguntó Holly animada por su generosidad.

—Quizás ya no tanto como al principio —replicó él, mirándola —. Pero todavía no empieza la estación, y tengo apenas que aprobar sus ideas —le advirtió.

Si las aprobaba y la apoyaba después de todo, sus probabilidades de tener éxito aumentaban de forma considerable, y tendría una preocupación menos. De modo que cuando él le abrió la puerta, entró a la casa muy entusiasmada. De pronto, contra todo lo

esperado, parecía haber encontrado algo que incluso podía llegar a ser una amistad en vez de constante oposición.

Esa mañana, Simón se reunió con Holly en la oficina que fue antes salón de armas. Ella lo miró por encima de una pila de papeles. Él se había cambiado, llevaba un pantalón de pana y una camisa abierta del cuello. Parecía más relajado y más perturbador.

—¿Todo bien? —inquirió Holly.

—Sí —afirmó Simón y sonrió. ¿Cómo había podido considerarlo amenazante?—. Incluso debo admitir que nunca había estado mejor la casa, no sólo mi abuela sino todo el personal la alaban, y sin embargo podría apostar que la mayoría ha trabajado más esta última semana que en años. ¿Cómo lo logró? —se sentó sobre el escritorio y miró su trabajo.

—Las personas necesitan tener un propósito —respondió Holly —. Creo que anhelan también estar en exhibición —añadió.

—¿Y usted? —preguntó el hombre.

—¿Yo? —ella soltó una carcajada—. No. Sé que estoy haciendo bien mi trabajo, aunque nadie se percate.

—¿Y eso le gusta? —inquirió Simón.

—Sí —respondió ella al fin mientras el hombre esperaba una respuesta.

Ella empujó hacia atrás el sillón y se puso de pie.

—Aquí está —le dijo—. Son mis ideas para el exterior. Podemos utilizar, al principio una marquesina, ya que tenemos poco tiempo, otros cambios estructurales necesitarán su autorización. Espero que lo apruebe —por primera vez sentía confianza en que la apoyaría.

—Tengo el presentimiento de que así lo haré —dijo él tomando el expediente y empezando a hojearlo. Simón Drayton aprobó los planes para el laberinto, pero titubeó cuando llegó al jardín de niños—. No estoy seguro de esto —replicó.

—Los pequeños odian recorrer grandes distancias —ella estaba convencida de ello—, y se aburren muy pronto. Si contratamos a una niñera y ubicamos el jardín cerca del té y otras instalaciones, creo que muchos padres quedarán agradecidos.

—Comprendo —asintió él con una sonrisa tristona—. Debe ser un lugar seguro.

Ella le señaló todas las precauciones que se le habían ocurrido para prevenir cualquier accidente, y se cercioraría que el sitio no

fuese riesgoso. Se llevaba bien con los niños, y en sus días libres iba a menudo a ayudar en el pabellón infantil del hospital local. Ningún niño sufriría daños por su negligencia, y estaba decidida a que no sólo los padres disfrutaran Danfield Court. Junto a ella, Simón pasó otra hoja.

—¿Qué es esto? —él levantó la voz, y de pronto la temperatura en la habitación descendió varios grados.

—¿Qué? Permítame ver —él le entregó el expediente.

—Esto —él puso el dedo en la página frente a ella—. Los paseos en lancha —ella se quedó intrigada. Luego creyó comprender el problema.

—No estoy pensando en focas ni nada —le aseguró—. Sólo un paseo por el lago desde el cobertizo hasta donde empieza el ascenso al mirador y de regreso. Por eso quería que el té y el jardín de juegos estuvieran en esta área y no cerca de la casa. Es muy claro.

—Muy claro —dijo él con tono congelado—. Los paseos en el río quedan cancelados. No voy a correr ese riesgo.

—Conozco a un lanchero que tiene mucha experiencia, y ya analicé la seguridad del lago —insistió ella en voz baja—. Podemos rentar lanchas apropiadas, y las entradas cubrirán los gastos —como siempre que alguien presentaba un obstáculo mayor, Holly trataba de resolver el problema razonando. Pero la respuesta de Simón no fue lógica.

—Al diablo con las instalaciones. Nadie puede pasear en el lago. ¿Está claro? —lo dijo gritando, y ella quiso dar un paso atrás y retomar de alguna manera la cordialidad del principio. Trató de minimizar la situación; no tenía sentido gritar.

—Muy claro —asintió calmada—, aunque no entiendo cual es el problema —creyó que él iba a destrozar las páginas del expediente.

—Me importa poco que usted entienda o no. Se lo estoy ordenando; no es seguro, es peligroso —era como declarar una ley —. Si la gente no quiere visitar la mansión sin arriesgar su pellejo, que no vengan. Nunca me gustó este proyecto para empezar, y esto confirma mis dudas. Es usted más irresponsable de lo que yo pensé si considera que esa es una buena idea.

Eso lastimó a Holly. Él aventó el expediente que cayó del escritorio al suelo. Holly se inclinó para levantarlo.

—No creo que sea peligroso —dijo con timidez, exponiendo su ira porque le parecía que ya no tenía nada que perder, y no quería darse por vencida sólo porque le estaba gritando. Aunque hubiera

querido meterse en algún rincón y esconderse.

—¡Usted no sabe nada! —Simón se había puesto de pie, su presencia era tan amenazante como sus palabras aplastantes.

Ella nunca había permitido que la doblegaran, y no iba a dejarse ahora, aunque fuese una pelea en apariencia perdida desde antes de empezar. Nunca llegó a descubrir a dónde los hubiera conducido la discusión. Se abrió la puerta y entró Pamela Weston.

—¿Por qué tantos gritos? —preguntó en tono alegre.

—Por nada —Simón cerró el expediente y lo colocó sobre el escritorio—. Un pequeño desacuerdo.

—¿El primero? —la sonrisa de Pamela era demasiado empalagosa para el gusto de Holly, y al parecer tampoco le gustó a Simón.

—No —admitió Holly—. Pero estoy segura de que llegaremos a un acuerdo sin ti.

No era difícil deducir por el gesto de Pamela que deseaba que Holly aceptara todo lo que Simón pidiera. Sin embargo, Holly no tenía intenciones de abandonar la jugosa idea comercial sin que existiera una buena razón. Ni veía ninguna necesidad de razonar con Pamela. Creyó que Simón tenía intenciones de discutirlo con ella, pero eso no impidió que la rubia fuera al escritorio y levantara el expediente.

—Yo no creo… —empezó a decir Holly, pero no pudo terminar.

—No digas tonterías. Simón me lo dice todo —advirtió la rubia.

Simón no trató de quitarle el expediente, se apoyó sobre el escritorio, cruzó las manos y esperó.

Una gama de expresiones aparecieron en el rostro de Pamela a medida que leía las anotaciones de Holly. Por dentro, Holly se preguntaba cuánto podría la rubia comprender, pero le quedó muy claro que entendió y compartía las objeciones de Simón a lo planeado para el lago. Levantó la vista, abrió más los ojos con mirada preocupada.

—Simón, claro que no puedes correr ese riesgo —miró a Holly con desprecio—. Me sorprende que usted crea que Danfield Court se pueda prestar a cosas como esa —y pasó la hoja con un dedo.

—Es exactamente el sitio apropiado para ello —declaró Holly con firmeza—, sí el río queda restringido la gente querrá saber el motivo —miró a Simón, ignorando la reacción de su novia—. De hecho yo también quisiera saber cuál es el motivo —añadió. Quizás no hablaba con el respeto que su patrón merecía, pero estaba

decidida a que le dieran una respuesta.

—Bueno, claro que Laura… —empezó Pamela a decir, pero Simón la interrumpió.

—Hace algunos años una visita se ahogó allí —declaró él llanamente.

Esas palabras secas tenían más fuerza que cualquier explicación elaborada. Si Simón Drayton suponía que era responsable por el contacto trivial de una visita con un espejo roto, cuanto más por la muerte de una amiga. Era motivo y justificación suficiente para la reacción a sus planes. ¿Y quién era Laura? se preguntó a la vez Holly.

Pamela miró a Simón esperando mayores explicaciones. No tuvo necesidad. Holly recogió el expediente y lo cerró. De alguna manera no quería romper el silencio. Luego comprendió que tenía que decir algo.

—Lo siento —y lo sentía—. Por supuesto que quedará cancelada esa idea.

—Claro —Pamela sonrió, satisfecha por su victoria. Se volvió hacia Simón—. ¿Piensas llevarme a almorzar? Reservé una mesa en el nuevo lugar.

Holly comprendió que por lo que a Pamela concernía, el incidente había terminado. Si hubiera mirado a Simón, habría notado que aún estaban vividos los recuerdos del lago. Su rostro parecía de piedra.

—Te alcanzo en un momento —le dijo Simón, apoyado todavía en el escritorio, su postura contrastaba con la tensión que emanaba de él—. Todavía tengo algo que discutir con Holly.

—No seas demasiado severo —bromeó Pamela riéndose—. Después de todo la pobre chica sólo trata de ganarse la vida. Iré a saludar a tu abuela.

La «pobre chica» Holly sintió que su mandíbula temblaba de ira cuando la rubia abandonó la habitación. Quizás Pamela no habría podido desarrollar algún sentido común si hubiera tenido que ganarse la vida. Cuando cerraron la puerta, Holly miró a Simón que se había enderezado y tomó de nuevo el expediente.

Caminó hacia la ventana, y contempló el brillo distante del lago antes de volver a mirar sus anotaciones. Ella no sabía qué decir. Simón ya no estaba furioso, pero parecía más implacable que nunca. Holly deseó abrazar su espalda ancha, ofrecerle una disculpa, mostrarle simpatía, hacer algo para mitigar el dolor, pero

aparentemente él se refugiaba detrás de un muro de cristal.

Al final Simón suspiró y le hablo a Holly.

—¿Qué tan importante cree usted que sería ese negocio del río? —preguntó.

—Está bien así —le aseguró ella—. No es esencial.

—No le pregunté eso —al menos la intolerancia le era familiar y la prefería—. ¿Qué tan importante es?

—¿Sinceramente? —preguntó Holly, insegura.

—Claro que sí, no ha titubeado en dar sus opiniones en ningún momento, ¿no es así? —le recordó con sequedad.

Sí, pero ahora era diferente. En fin, él se lo había preguntado.

—Puedo tacharlo si es necesario —admitió Holly—, pero creo que será una atracción que tendrá un gran efecto en los visitantes. En verdad, encaja muy bien con todo lo que está alrededor, y pienso que muchas personas podrían gozarlo —explicó ella.

De hecho, le acababa de revelar cómo podía él hacerle sabotaje y forzarla al fracaso, comprendió Holly. Sin embargo, no creía que eso fuera lo que él planeaba. Titubeó, luego añadió:

—También sería menor el riesgo si se organiza bien y no se deja a los visitantes deambular sin control. Tenemos que implantar alguna forma de seguridad, no importa qué hagamos.

«¿Desde cuándo había dejado de ser tan egoísta y empezado a pensar en los demás?», se preguntó Holly. Pero desde que había conocido a Simón supo que ese proyecto no lo realizaría tan sola como supuso al principio, y estaba sorprendida que no le importara en lo absoluto. Cuando él se retiró de la ventana notó que fruncía el ceño. ¿Estaría enfadado? No lo parecía. Estaba controlado. Sacó el expediente, y ella esperaba que lo tirara al cesto de basura.

De nuevo la sorprendió.

—Me los llevaré. Y sólo si logro convencerme de que usted ha cubierto todos los aspectos, podrá proceder a organizar los paseos en el lago. Y yo personalmente los vigilaré. Quiero entrevistar a quien intente usted contratar y yo organizaré las lanchas. ¿Satisfecha? —preguntó en tono severo.

Sorprendida, atónita más bien, murmuró:

—¿Está seguro? —ella tenía sus propias dudas.

—¿No es lo que quería? —¿y desde cuándo la había tomado en consideración.

—Sí, pero… —no si el costo emocional era demasiado alto, no podía decírselo, no cuando la observaba con esa mirada familiar de

impaciencia. Tragó saliva—. Sí —logró responder con un poco más de firmeza—. Gracias.

—Muy bien, en eso quedamos —declaró él ignorando su agradecimiento y mirando el reloj—. Ya he perdido demasiado tiempo en esto.

La dejó sumida en un mar de pensamientos, el principal era el asombro de verlo cambiar de opinión y la preocupación de que algo imprevisto llegara a suceder en el lago.

A pesar de las dudas de Simón, de inmediato empezaron las obras en el viejo cobertizo, llevaron una nueva lancha de motor y otro bote más grande, rentado, para los paseos. Paseando una noche cuando Simón estaba en Londres, Holly se sorprendió al ver una lancha y un bote de remos que ella suponía se habían eliminado por viejos. Los arreglaron y pintaron y parecían como nuevos. Esa noche le preguntó a Emily.

—Sí, querida. A veces pensaba que Simón pasaba más tiempo en el agua que en tierra cuando era mucho más joven. Fue sólo después del accidente —no terminó la oración, pero Holly movió la cabeza en señal de comprensión, sintiendo que le asomaban las lágrimas.

La decisión de Simón de permitir los paseos en el lago resultó más asombrosa unos días después. Él no se encontraba y Pamela había llegado de visita como siempre. Cuando él estaba presente Holly pensaba que esa mujer vivía en la casa; sus intenciones de conquistarlo no podían ser más evidentes. Cada vez mostraba menos entusiasmo hacia Holly. Sin decirlo, era claro que no aprobaba ni su trabajo ni la forma en que Emily la trataba como si fuera miembro de la familia.

Por eso le sorprendió que Pamela se presentara en su oficina.

—Parece que necesitas un descanso —dijo señalando el altero de papeles sobre el escritorio—. ¿No quieres salir a almorzar al pueblo, conmigo?

Holly tenía sus sospechas. A Pamela no le simpatizaba y ella tampoco sentía gran cariño por la rubia, pero prefería estar en buenos términos con ella. Y sí empezaba a sentirse fatigada por tantos detalles pendientes. Se enderezó y sintió alivio en los tensos músculos de su nuca.

—Gracias —sonrió—. Me parece una excelente idea.

Media hora después estaba segura de no haber hecho lo correcto. Era obvio que Pamela quería decirle algo y buscaba el momento apropiado.

Holly no quiso esperar más.

—¿Tienes algún asunto en especial que tratar conmigo? —le preguntó.

—Sí —admitió la rubia—. Es sobre Simón.

—¿Simón? ¿Un recado para mí? —no entendía por qué no le habría llamado por teléfono, pero Pamela sacudió la cabeza con impaciencia.

—No, claro que no. Es sólo que… —se contempló las manos, pero su mirada no era confusa—. No. Sólo quería aclarar nuestra relación.

—¿Por qué? —la sorpresa sólo le permitió a Holly decir esa pregunta. Pamela también parecía perturbada.

—Bueno —empezó a decir con delicadeza—, es que como estás trabajando en Danfield Court todo el tiempo, y Simón viene tan seguido… —interrumpió la oración considerando que el mensaje ya estaba claro.

Era la primera vez que algo así le sucedía a Holly. No estaba segura si la divertía o la irritaba. Después de todo ella no era ninguna *femme fatale*. Ni tampoco creía que le gustara a Simón. Recapacitó. La mujer debe sentirse demasiado insegura.

—Yo sólo estoy ahí cumpliendo con mi trabajo —le señaló—. Simón me contrató para eso, Pamela —Holly sintió orgullo por su tono razonable; quizás la indignación saliera después a la superficie.

—Es que él es tan buen partido —insistió Pamela sin convencerse.

—¿De veras? —preguntó Holly fingiendo inocencia. Un rico terrateniente de familia de alcurnia con una excelente reputación en la Bolsa; ¿a quién estaba engañando? No a Pamela.

—Lo sabes muy bien —estalló la rubia—. No creas que está interesada en ti. Yo lo conozco desde hace años; de hecho espero que anuncie nuestro compromiso este verano.

Si Pamela confiaba que su acompañante pareciera sorprendida, se equivocó. Holly conocía muy bien las intenciones de la rubia desde hacía mucho tiempo. En cambio, le sorprendió sentir una cierta desilusión de que Simón se involucrara en una relación que parecía más por conveniencia que por pasión; pero más que nada, sintió curiosidad porque no lo habían ya anunciado. Simón no era

un tipo indeciso; y Pamela estaba más que dispuesta. No sería uno de los más notorios romances del mundo, pero todos daban por hecho que se casarían, incluso Emily.

La hostilidad de Pamela fue cada vez más abierta.

—Tu error sobre esos paseos en lancha no te ayudó tampoco —dijo en tono de triunfo.

—Los paseos en bote se van a llevar a cabo —Holly sintió que se justificaba en esas circunstancias y una sonrisa de satisfacción tuvo el efecto deseado en Pamela.

—¡Qué horror! —exclamó—. ¡Él no se ha acercado al río desde que Laura se ahogó!

—Quizá decidió que ya era tiempo —sugirió Holly. Y luego no pudo contenerse y preguntó—: ¿Quién era Laura?

Pamela tenía una expresión fría, de disgusto, y Holly sintió que ese sentimiento lo compartió por igual hacia la joven que había fallecido.

—Laura era la novia de Simón —admitió Pamela, reacia.

Todas las respuestas que hubiera tenido Holly quedaron sin decir. Por eso lo habían enfurecido sus planes. Se imaginaba la lucha interior que debió sufrir en esos minutos mientras cambió de opinión. No sabía por qué lo había hecho, pero debió requerir mucho valor. Contempló a Pamela que se encontraba a la defensiva. De pronto sintió compasión por ella. No debía ser fácil aceptar no ser la predilecta, y era obvio que Pamela deseaba con toda su alma que Simón le declarara su amor. Quizá no estaba tan enamorada, pero no había duda alguna de que planeaba casarse con Simón si podía. Y él no parecía hacer nada para desanimarla.

De alguna manera terminaron de almorzar. Pamela sintió tanto alivio como Holly cuando decidieron partir.

Ya en su oficina, Holly no pudo, trabajar. Contemplando los papeles en su escritorio pensaba cuánto habría cambiado la personalidad de Simón por la muerte de Laura. Se explicaba por qué evitaba residir ahí y también su reacción cuando le habló de formar una familia. Era claro que la herida no había sanado aún.

La presión del trabajo la retornó a la realidad. A medida que se acercaba el día de la apertura empezaba a sentir como si estuviera maniobrando demasiadas pelotas en el aire y temía fracasar. «Contrólate», se dijo, cuando empezó a compadecerse. «Ya sabes en

quién has podido confiar siempre: en ti». Había anunciado que cumpliría en todo; aunque a menudo lo dudaba. Cada día se volvía más nerviosa y la confianza de Emily no ayudaba.

El Viernes Santo, el día era claro y soleado. Eso quería decir que los turistas decidirían ir a la playa, pensó, deprimida. Sin embargo, cuando el ama de llaves también lo manifestó, Holly logró tranquilizarla y la dejó sonriendo. Ella tuvo que ir a la iglesia con un tremendo dolor de cabeza.

Esa noche Holly se encerró en su oficina para repasar todos sus proyectos, tratando de imaginar lo que podría fallar. El problema era que sus ideas parecían fuera de control, imaginaba escenas desastrosas y no podía controlarse.

El día siguiente fue bastante cálido como lo habían pronosticado. Holly bebió una taza con café, pero no pudo desayunar. Desafortunadamente ya no había mucho en que trabajar. Las puertas se abrirían a las dos de la tarde, todos sabían lo que tenían que hacer.

Hacia el mediodía la mansión estaba callada, pero en ebullición y Holly trató de calmar los nervios de los empleados. Encontró los boletos de entrada que se habían perdido, cambió de lugar las señales del estacionamiento para que los autos no se dirigieran al río, y se aseguró que en la cocina no sólo hubiera bastantes pasteles y galletas, sino que además el refrigerador estuviera lleno para cualquier emergencia. Cuando abrieron las puertas, todos estaban sonrientes y relajados; sólo Holly estaba tan tensa que podría gritar.

Simón estuvo presente todo el día. Había procurado no estorbar, pero los nervios de Holly continuaron alterados. Inconscientemente ella deseó que Simón Drayton se hubiera quedado en Londres.

Preocupada por posibles desastres, Holly tropezó con el señor Drayton al salir de una habitación.

—Lo siento —musitó la chica, retrocediendo para alejarse del bien formado cuerpo de Simón. De pronto dos manos la tomaron de los hombros y le impidieron seguir su camino.

—¿Qué te pasa? —preguntó Simón.

—No lo sé —murmuró ella irritada y nerviosa, todavía—. Todo parece ir bien —admitió. Y luego preguntó—: ¿Por qué? ¿Has visto algo mal?

—Nada —Simón la soltó, riendo. Su sonrisa la tranquilizó—. ¿Crees que puedo tenderte alguna trampa? ¿Qué yo quiero que fracases?

Ella negó, apenada, con la cabeza. No creía eso, pero recordó su oposición a que se abriera Danfield Court al público.

—No, pero… —se detuvo con cautela.

—Ya debías haberte dado cuenta de que soy el último que quisiera que la apertura saliera mal. Esta es mi casa. ¿Recuerdas? —Holly no podía olvidarlo—. Puede que no quiera que la invadan turistas curiosos, pero no puede ser que pienses seriamente que deseo que suceda algún desastre —la recriminó con severidad, casi como si lo hubiera desilusionado.

—No, claro que no —de pronto Holly recordó la muerte de su novia Laura—. Lo siento —repitió Holly—. Creo que tengo un ataque de nervios.

—¿Tú? —habló sorprendido, y luego sonrió—. ¿La competente e indomable Holly Fielding sufriendo de nervios? —movió la cabeza con un reproche burlón, y logró que ella se riera a carcajadas. De inmediato se sintió mejor.

—Ve a dar un paseo —le aconsejó Simón—. La mejor manera de descubrir lo que tus visitantes piensan de Danfield Court es escuchando lo que comentan entre sí —tenía razón y Holly lo sabía.

—Tomaré tu consejo —asintió ella.

—Bien, podemos comparar nuestras experiencias después, porque yo —enfatizó— haré lo mismo. Te daré mi veredicto esta noche.

Se fue, Holly recordó que aún estaba a prueba. Simón la apoyaba porque no quería que su casa sufriera algún percance, pero las primeras objeciones seguían existiendo.

Capítulo 4

Al anochecer Holly estaba segurísima de que la apertura había tenido mucho éxito. La mansión parecía espléndida y las flores de primavera habían dado más vida y color a los alrededores. Todas las conversaciones que escuchó fueron con entusiasmo y deleite. Ocasionalmente miró a Simón encuestando a los visitantes. Al observarlo cruzando los jardines y deteniéndose para charlar con algún visitante, Holly comprendió que Simón tenía todo el porte del dueño de la mansión. ¿Cuántos turistas lo habrían reconocido como al propietario? Sospechaba que bastantes.

Quizá Simón buscó defectos en su organización, pero o no los encontró o había decidido, después de todo, darle más tiempo antes de juzgar su trabajo. En todo caso, lo único que comentó esa noche fue:

—Me imagino que pudo haber resultado peor.

Holly supo el frío veredicto cuando Simón pasó cerca de ella para reunirse con Pamela, quizá para llevarla a cenar. Holly no pudo menos que pensar qué y cuánto hablarían criticando lo que ella hizo en Danfield Court. Aunque era más probable que pasaran la velada discutiendo sus planes de boda; de seguro ahora que Simón venía con tanta frecuencia lo anunciarían oficialmente.

Para mediados de mayo todavía no anunciaban la boda, pero al menos marchaba bien la mansión, y Holly ya no esperaba catástrofes ni tenía que aparentar tranquilidad. Ahora el señor Drayton ya no tenía que vigilarla todo el tiempo, incluso él debía haberse ya convencido de que el proyecto de su abuela funcionaba con éxito. De modo que su continua presencia debía deberse a Pamela. A menudo Holly se preguntaba cómo se arreglaría con su empresa en Londres. Ya no pasaba más de uno o dos días en la ciudad, y eso debería ser insuficiente para una empresa de ese tamaño.

Cuando Holly y Simón se encontraban, él siempre era amable, y en ocasiones, reinaba la armonía entre ellos. Así había sido cuando planearon la tarde Eduardiana, medio en broma, y así era a veces cuando se reunían en las noches a comentar la historia de Danfield Court; pero se interrumpía la comunicación cuando Holly decía algo personal o cuando él encontraba alguna falla en sus planes,

entonces él volvía a ser el mismo autócrata.

Vivir en la misma casa, por más que fuera enorme, con alguien como Simón, se hacía cada vez más difícil. Holly sabía que él era demasiado enérgico y con una personalidad muy imponente para que no la afectara. No tenía más que entrar en su oficina sin previo aviso, o aparecer inesperadamente cuando estaba concentrada en los negocios de la propiedad para que la descontrolara. Dejaba de concentrarse, se sentía más consciente de su persona, y tenía que hacer grandes esfuerzos para mantener su natural compostura.

Ella no era tonta. Sabía lo que le estaba pasando. No había pasado tantos años oyendo los problemas de su hermana menor sin aprender algo acerca de lo que son las emociones. Sólo era, que nunca imaginó que le pasaría a ella. Y que, en sus circunstancias, no le serviría de nada bueno. Lo esperaba, a decir verdad. Nadie poseía tanta inmunidad, y si hubiera permanecido indiferente a Simón habría sido un milagro. La hostilidad inicial de Simón, su ocasional amistad, la fuerza de su personalidad y el hecho de que compartían tantos intereses, combinados con los estimulantes de alrededor, y la benevolente hospitalidad de Emily le sirvieron para crear muchas fantasías. Pero sólo eran eso: fantasías. En muchos sentidos no conocía a Simón mejor que cuando se vieron la primera vez. Y además, estaba Pamela, con su creciente intolerancia hacia ella.

Finalmente decidió que lo mejor, y lo más sensato, sería irse de allí. Era imposible continuar así. La mansión no necesitaba su presencia para funcionar ahora; podía regresar a Londres y mantenerse en contacto telefónico además de visitarla de vez en cuando, en el momento que no estuviera él ahí. Podría además conocer otros proyectos; había casi perdido contacto con el frenético movimiento en su compañía. Creía estar en otro mundo.

Pero por muy vagos que fueran sus planes, no tuvo la oportunidad de llevarlos a cabo. Cuando intentó sugerírselo a Emily, esa tarde, recibió una acongojada respuesta.

—No, Holly querida. No podríamos arreglárnoslas sin ti. ¿Verdad que no te irás?

Parecía mortificada y sorprendida, de modo que Holly tuvo que ceder.

—Bueno, si cree usted que de verdad me necesitan —expresó a la anciana—. Es que como todo funciona y marcha de maravilla empiezo a sentir que ya no es muy útil mi presencia. No creo que me necesiten.

—Claro que te necesitamos —declaró Emily haciendo un ademán de impotencia y, por primera vez, Holly recordó su edad—. Simón no me puede asegurar que estará siempre aquí, y yo no tengo la energía de controlar a tantas personas y tanto trabajo.

De pronto la notó cansada y Holly comprendió que toda la excitación de las últimas semanas habían dejado rastro en la señora. Y si Holly la abandonaba ahora, Emily tendría que hacer mayores esfuerzos.

Aunque comprendió todo eso, Simón no le dejó ninguna duda. Cuando él entró a la habitación Emily se puso de pie y le dijo ansiosamente:

—Holly quiere regresar a Londres. ¿Podrías convencerla de que aún la necesitamos aquí?

Él la miró de inmediato, frunció el ceño y apretó la mandíbula, luego acompañó a su abuela a sentarse de nuevo.

—No te preocupes, abuela. Estoy seguro de que Holly sabe que queremos que se quede todavía. ¿Verdad, Holly? —la aparentemente amistosa pregunta iba cargada de animosidad, pero la reacción de Emily había hecho a Holly tomar ya su decisión.

—Claro que sí. Me quedaré todo el tiempo que sea necesario —le respondió de forma directa a la abuela, aceptando más por su mortificación que por la presión de su nieto.

Emily se tranquilizó, pero allí no acabó el asunto para Holly. Esa noche Simón se enfrentó a ella cuando estuvieron solos. Tan pronto entró Holly a la habitación él levantó la vista y le ordenó:

—Siéntate, quiero hablar contigo —Holly imaginó lo que le diría—. ¿Qué sucedió con todas tus promesas de que estarías entregada al proyecto? —dijo con rudeza—. Apenas has empezado, y ya quieres escapar y dejarle el trabajo a una anciana que preferirá agotarse hasta morir que dejar abandonado el sueño de tantos años.

—Jamás se lo hubiera sugerido de haber sabido lo que siente —respondió Holly.

—¿Entonces por qué lo hiciste? —preguntó Simón.

«Para escapar de ti. Escapar del peligroso sentimiento, porque sé que aquí te pertenezco». Pero no podía decirle eso.

—Porque en realidad no me necesitan tiempo completo ya que todo funciona de maravilla. Ahorrarías dinero si regreso a la oficina y vengo sólo una vez a la semana —señaló tratando de sonar razonable.

—¡Al diablo con el dinero! —replicó él—. Tú sabes mejor que

yo, que todo este proyecto no tiene nada que ver con el dinero. Fuiste tú la que señaló lo solitaria que se siente mi abuela. ¿Piensas ahora desertar? Ella te estima —añadió Simón, como si eso lo enfadara.

No hubiera podido dejar más claro su desacuerdo.

—Ya te lo dije. No pienso irme —repitió Holly tratando de que él no notara sus sentimientos en el tono de su voz—. Y no creo que añore mi compañía —añadió en voz baja.

Él pareció no escuchar su último comentario y ya no tenía más que decir. Ella no intentaría defenderse; no había cometido ningún crimen. Si no podía regresar a Londres buscaría trabajo que hacer en su oficina.

—Buenas noches —le dijo y salió de la habitación al ver que él la ignoraba.

Desde ese día, el ambiente entre los dos fue tan frío como cuando se conocieron. Discutían los asuntos de negocios cuando había necesidad, pero no tenían nada más de qué hablar, y Holly sentía que la observaba con sospechas. Holly se entregó a su trabajo, y trató de convencerse de que esa era la forma más sencilla y eficaz de enfrentar su situación.

Al menos el trabajo iba bien. A la gente le gustaba saber que se cuidaban las tradiciones familiares, y estaban fascinados con la historia de los Drayton. Además, tuvieron suerte con el clima, y los prados parecieron más hermosos. Incluso los paseos en bote fueron un éxito, y Simón no había vuelto a tocar el tema, aunque ella sabía que observaba con cuidado.

Todo funcionaba perfectamente, cuando sucedió, sin embargo, algo inesperado. Era un domingo, y por primera vez, el día era tranquilo, el clima un poco más tibio y húmedo. Habían llegado dos grupos en la tarde, pero ahora los visitantes eran en su mayoría familias con niños… El jardín de juegos no estaba atestado.

Holly solía pasar mucho tiempo ahí. Mientras los niños mayores se trepaban en una elaborada pirámide de fierro y se divertían en los columpios, Holly ayudaba a la niñera con los niños de menos edad en la resbaladilla, organizaba juegos o leía algún cuento. Los niños mayores, supervisados por un ayudante aburrido, no hicieron caso de la llovizna. Holly reunió dentro de la casa a los más pequeños para leerles un cuento; los tenía fascinados con una versión animada de un conocidísimo cuento de hadas, cuando escuchó que gritaban afuera.

—¡Pero si yo lo dejé aquí! Pensé que había supervisión en este lugar; ¿qué estaba usted haciendo, escondiéndose adentro junto a la chimenea?

El tono histérico de la voz acusadora revelaba que no era una discusión menor. De cualquier manera, si un visitante estaba disgustado era la obligación de Holly resolver el problema. Terminó el cuento de inmediato, dio a los niños pinturas y papel y salió fuera.

El joven ayudante estaba a la defensiva. Frente a él estaba una señora, agarrando de la mano a una niña, con una expresión de ira y de pavor.

—¿En qué puedo ayudarle? —de inmediato el ayudante pareció aliviado y la mujer se dirigió a Holly.

—En mucho. Dejé a Jamie aquí por una hora porque quería jugar, y llevé a Marie a visitar la casa, y ¡no lo encuentro! ¡Hacen publicidad diciendo que este lugar es seguro! —la niña junto a ella, de unos nueve años, estaba sollozando, y la señora estaba muy desesperada. Atónita, Holly trató de controlar su pánico.

—Vaya a buscar al señor Drayton —le ordenó Holly al ayudante. No comprendió por qué su instinto la hizo acudir a Simón antes que a nadie. Después de todo él conocía el terreno mejor que nadie, pero eso era sólo una respuesta instintiva. Era una crisis y lo necesitaban.

—¿Qué ropa llevaba Jamie? —le preguntó a la madre con toda la calma que pudo.

—¡Ah! —la señora parecía confusa—, pantalón de mezclilla y suéter, ya sabe, como cualquier niño de siete años —respondió con amargura, mirando a los curiosos chiquillos alrededor.

—Es el suéter nuevo —le dijo la niña a su madre—, ¿no te acuerdas? El de la película que vimos anoche.

—¡Muy buena memoria! —exclamó Holly y sonrió a la niña—. ¿Qué decía el suéter? ¿Recuerdas de qué color era? —mientras conseguía la descripción de la prenda llegó Simón. Le echó una mirada, furioso, a Holly, pero trató de tranquilizar a la madre angustiada.

—Estoy seguro de que no le ha pasado nada a su hijo. Todo el personal ya está buscándolo, ¿hay algún sitio en especial donde usted cree que podríamos localizarlo?

—No lo sé —la mujer se encogió de hombros, impotente—. Parecía tan contento. Todos estábamos tan contentos hasta ahora.

Era un cumplido del éxito de la mansión que Holly no necesitaba en ese momento. Le explicó a Simón lo que Marie dijo del suéter. Él le sonrió a la niña.

—Muy bien hecho. Te aseguro que no tardaremos en encontrar a tu hermanito. Quédese aquí señorita Fielding, yo iré a ver si todos están esforzándose en encontrarlo.

Se enderezó y se fue sin volver a mirar a Holly. La madre de Jamie reaccionó bien a su visita.

—¿Es el propietario? —preguntó y Holly asintió—. Pues parece que sabe lo que está haciendo. Es muy cautivador, ¿no cree?

«Que si lo es», pensó Holly, y se concentró en confirmarle a la señora su aparente convicción de que todo se resolvería muy pronto ahora que Simón se había encargado. Diez minutos después comprobó que tenía razón.

—¡Mira mamá! ¡Ahí está! —gritó Marie, saltando y señalando.

Un niño robusto entró al jardín sostenido de la mano por Simón. El alivio casi le hizo perder el control a Holly. Él inclinaba la cabeza hacia Jamie, y luego Marie y su madre alabaron a Simón, de modo que Holly no pudo adivinar de qué humor estaba.

—¿Dónde lo encontraron? —preguntó la madre.

Simón se inclinó y acarició la cabeza del niño.

—Es un policía, ¿verdad, Jamie? —sonrió Simón—. Creó que cambió de parecer y decidió que sí quería ir a pasear en las lanchas. Se las arregló para convencer a un inocente de que reemplazara el boleto que dijo haber perdido. El lanchero no tenía idea de que iba solo. Por eso no habían podido encontrarlo. Había estado disfrutando del paseo durante cuarenta y cinco minutos por el río y alrededor del lago mientras todos lo buscaban por el terreno.

La expresión en el rostro de su madre parecía prometer una buena lección que le haría arrepentirse de su impulsiva decisión, pero Holly presentía que el niño opinaba que la aventura merecía la pena cualquier castigo.

A pesar de que la madre de Jamie se había recuperado rápidamente una vez que vio a su hijo, Holly perdió la confianza en su propia organización.

—Siempre anda metiéndose en líos —había dicho la señora con afecto y exasperación, y pareció sorprendida cuando Holly insistió en devolverle el precio de los boletos. No habría publicidad desagradable por el incidente, Jamie nunca había estado en verdadero peligro, pero de todos modos Holly se sentía infeliz.

Después de despedir a la familia ya sonriendo, Holly regresó a la casa. Sentía una mezcla de alivio y miedo por el pánico sufrido. Todo había terminado bien, pero pudo haber sido fatal. Jamie pudo caerse en el lago; pudo haberse lastimado; el ayudante tenía la responsabilidad… Tantas suposiciones y sin embargo el niño estuvo a salvo todo el tiempo, pero no gracias a ella.

Se sentó y contempló su escritorio, feliz de tener unos minutos de soledad para recuperar el control de sí misma. No tuvo mucho tiempo. Simón llamó a la puerta y no esperó que respondiera para entrar.

—¿Aquí es donde te refugiaste con tu mal humor? —preguntó. Ella lo miró con tristeza. Sabía que tendría esa confrontación, pero creía que no estaba preparada para enfrentarla.

—Sí —murmuró.

—¿Has cavilado en lo que pudo haber pasado allá fuera el día de hoy? —él apoyó las manos sobre el escritorio y la miró de modo que Holly no pudo evitar la acusación en sus ojos. Comprendía que lo motivaban sus propias pesadillas, pero eso no la ayudó a enfrentar su ira.

—No he pensado en otra cosa —admitió ella poniéndose de pie y caminando hacia la ventana. Se quedó ahí parada unos minutos, con los brazos cruzados al frente, contemplando sin ver a los visitantes en los prados.

—Pudo haber muerto una criatura —le recordó él—. ¿Qué vas a hacer al respecto? ¿Todavía piensas que este es un lugar seguro?

Ella apretó los dientes. Le empezó a doler la cabeza, pero no podía pensar en eso ahora.

—Sí, en general, pienso que Danfield Court es tan segura como nosotros… —deliberadamente corrigió el término antes de que él negara su participación—, como yo lo planeé. Lo primero que voy a hacer es despedir al estudiante que no cumplió con su trabajo —no le gustaba despedir a los empleados, pero ésta era una falta grave que no podía pasar por alto.

—Demasiado tarde —declaró él—. Yo ya lo despedí.

—¿Qué? —se volvió a mirarlo enfrentándose con indignación—. ¡No tenías derecho a hacerlo!

—Tengo todo el derecho —le recordó Simón—. El muchacho arriesgó la vida de un niño en mi propiedad —lo dijo como si lo hubieran insultado.

—Pero yo lo contraté, ¿o ya se te olvidó? —por su expresión era

obvio que no lo había olvidado—. Él, igual que el accidente, son mi responsabilidad —dijo con énfasis—. Yo debí haberlo despedido —por más que odiaba hacer eso.

—¿Qué más da? —él se encogió de hombros—. Quedó despedido —su tono era de los que no permiten argumentaciones. Pero era un asunto importante y no iba a darse por vencida.

—Lo que importa es quién contrata a la gente. ¿Tú o yo? —lo retó.

—Quizás en estas circunstancias debería ser yo —respondió Simón con frialdad.

—Correcto —ya era demasiado—. En ese caso puedes encargarte de todo —le advirtió Holly—. Si puedes romper ese contrato entre nosotros, entonces yo también puedo hacerlo. Regresaré a mi oficina en Londres y les explicaré que no puedo manejarlo… tú puedes quedarte aquí y explicárselo a Emily. ¿De acuerdo? —su determinación y su ira eran una pátina delgada sobre la desesperación que anhelaba disimular.

—¿Es esta tu nueva excusa para evitar el trabajo? —la retó, mirándola con seriedad.

—¿Qué más da? —se sentía muy fatigada para discutir—. Si tengo el trabajo o no, depende de ti —no era fácil desafiarlo, pero tenía que mantener su dignidad.

—¿Dijiste que aceptabas la responsabilidad del incidente? —le preguntó en tono más bajo.

—Claro que sí —todavía tenía el sabor amargo en la boca; casi anhelaba que Simón decidiera deshacerse de ella. Sentía que de algún modo se lo merecía.

—En ese caso mandaré al descuidado estudiante a que venga para que le confirmes lo que yo le dije —la observó pensativo—. Puedes despedirlo y buscar a otra persona para que lo sustituya. ¿Está bien? —se dio la vuelta y salió de la habitación antes que ella tuviera la oportunidad de responder.

No lo entendía. Era obvio que la culpaba, pero había aceptado su autoridad. Por lo pronto todavía estaba a cargo del proyecto. Contempló sus manos; temblaban. Deseaba que la hubiera despedido. Ansiaba encontrar a alguien que la consolara, y la única persona que hubiera podido hacerlo acababa de salir de la oficina.

La cena fue una pesadilla. Emily oyó algo del incidente que

Simón trató de minimizar, mientras que Pamela construyó todo un drama. Estaba hambrienta de detalles y ansiosa por culpar a Holly.

—Hubiera podido ser una fatalidad —se estremeció—. Nunca me gustó el jardín de juegos.

—A los niños les gusta explorar —admitió Emily—. Me costó trabajo andar detrás de las travesuras de Simón cuando era niño, pero siempre aparecía sano y salvo, cuando tenía hambre —sonrió ante el recuerdo, y Holly creyó ver un esbozo de sonrisa en los labios de Simón—. De cualquier manera —declaró Emily—, todo fue una falsa alarma, ¿o no?

Holly miró como Simón asintió con un movimiento de cabeza.

—Así es —declaró él con decisión—. Mucho ruido para nada. Y no creo que vuelva a suceder.

Era una aseveración inesperada de confianza en Holly. Ella comprendió que no había hecho nada para merecerla, y, por primera vez, no supo qué decir. El sonrojo de las mejillas de Pamela sugerían que ella, también, estaba sorprendida por la declaración de Simón. Abrió la boca para protestar, pero algo la detuvo.

Fue Emily quien rompió el largo silencio que siguió.

—¿Se han dado cuenta de que sólo faltan tres semanas para el festival de verano? —inquirió entusiasmada.

—¿Qué festival es ese? —preguntó Holly, cuando nadie respondió.

—Es el festival del pueblo —le informó Pamela, en un tono que sugería que debería haberlo sabido—. Se realiza en el terreno de Danfield Court cada año.

—El segundo sábado de julio —añadió Simón—. Me temo que debimos habértelo mencionado antes. Tendremos que cerrar la casa a los visitantes ese día, o combinar ambas actividades —no parecían entusiasmarle ninguna de las opciones.

Emily parecía preocupada; pero Pamela interrumpió antes que Holly pudiera hablar.

—No pueden abrir ese fin de semana. Primero es el pueblo —asintió.

—No recuerdo que estuvieras tan entusiasmada el año pasado cuando mi abuela trató de involucrarte —la miró con duda a pesar de que sonreía. Ni que él estuviera muy entusiasmado tampoco. Quizá resignado, miró a Holly—. ¿Qué opinas?

Sorprendida de que la consultaran, trató de responder con sensatez. No creía que fuera gran problema y así lo dijo.

—Mientras al comité de los festejos no le incomode, creo que para los visitantes será una atracción más, y el pueblo podrá recabar más fondos que de costumbre —añadió mirando a Pamela—. ¿Qué día es? —preguntó a Emily.

—El diez de julio —aseveró y le sonrió a su nieto—. Será muy divertido, ¿verdad querido?

—Ya veremos —expresó Simón.

Holly quedó intrigada por su respuesta y como, a pesar de todo, no parecían molestos, se atrevió a preguntarle esa noche.

—¿Qué significa esa fecha?

—Es mi cumpleaños —respondió con una mezcla de tristeza y renuencia—. Cáncer, ¿recuerdas?

—Simón… —titubeando, Holly le tocó el brazo.

—¿Sí? —él no se retiró.

—Es que quería darte las gracias —su actitud reveló que lo había sorprendido—. Por darme otra oportunidad esta tarde —y por no decir nada frente a Pamela, pero no podía decirle eso.

—Ambos tuvimos la culpa —él retiró su brazo—. Ahora depende de ti que no vuelva a suceder jamás —añadió en tono helado. Antes que ella pudiera responder apareció Pamela.

—¿Estoy interrumpiendo una conferencia de negocios?

—Para nada. Nos dijimos buenas noches. ¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó Simón.

Y eso fue todo. Holly se retiró a dormir muy pensativa.

Capítulo 5

El verano llegó con más rapidez de lo que Holly pensaba. Londres parecía pertenecer a otra vida. Había ido varias veces a su apartamento para revisarlo; habló a la oficina para reportarles el progreso, y su jefe aceptó que continuara trabajando tiempo completo en la mansión, adonde los visitantes acudían todos los fines de semana. Las personas del pueblo empezaban a tratar a Holly más como residente que como turista. Incluso la invitaron a la representación teatral de fin de curso de la escuela primaria local, como agradecimiento por haber organizado una visita guiada a la mansión para los alumnos, en apoyo a un proyecto de historia local.

A medida que se acercaba el segundo sábado de julio, todo era más caótico.

—No te preocupes, querida —la consoló Emily cuando Holly hundió la cabeza en sus manos—. No tendrás que organizar nada para los festejos; de hecho dudo que el comité te lo permita.

Nada qué organizar excepto enfrentarse a los visitantes extra; averiguar si existía algún conflicto entre los que venían a conocer la mansión y quienes venían a los festejos, y resolver las discusiones que surgieran entre el personal fijo y los eventuales contratados para manejar mayor número de personas.

—¿Londres te parece ahora más atractivo, verdad? —preguntó Simón cuando la forzó a que le explicara sus problemas, pero había evitado el tema de los festejos. Ese día en la tarde Simón fue a hablar con su abuela, y Holly escuchó que alzaba la voz. Sin embargo no la sorprendió verlo salir de la reunión con una expresión de vencido.

—Por lo general trato de evitar este festival —admitió.

—¿Y tienes éxito? —preguntó Holly.

—Puedo ser muy terco cuando me lo propongo —ella le creyó. Luego se deshizo el encanto cuando Simón confesó—: Logré escaparme una de tres veces pero, este año me condenaron.

—¿Qué tiene de malo? —esta vez sería complicado por los turistas, pero imaginaba que en otras circunstancias, debía ser muy divertido. De todas maneras los hombres siempre ven esas cosas desde otro punto de vista.

—Ya verás —la miró con irritación y a la vez divertido.

Los preparativos para el festival iban por buen camino. El comité había organizado puestos de pasteles, que Pamela dirigiría, además venta de objetos casi nuevos y una variedad de diversiones incluyendo rifas, competencias y una máquina para probar la fuerza. Debía ser ya una rutina en la que todo, incluyendo el sitio de los puestos, tenía un precedente. También iría un adivinador de la suerte; eso no sorprendió a Holly, después de todo era una fiesta para Emily.

La mañana del día diez, se auguraba que el festival sería un éxito. Holly pensó en darle a Simón un regalo de cumpleaños, pero luego se preguntó si sería adecuado, después de todo, sólo era una empleada. Al final no pudo resistir, sabía que era tratada como alguien de la familia, al menos por Emily, y sin duda le daría pena ser la única en no halagar a Simón de esa manera. Al menos así justificó su deseo de darle un obsequio justo cuando encontró una reproducción de un barco del siglo XVIII, finamente trabajado en plata, estaba en una tienda de antigüedades y pensó en lo bien que estaría el barco en la biblioteca de Simón bajo una de sus pinturas náuticas, pinturas que le gustaban a él con pasión.

Cuando Simón abrió el regalo durante el desayuno, su amplia sonrisa le confirmó a Holly que había hecho la elección correcta. Por un momento acarició el pequeño barco.

—Es perfecto —le dijo Simón mirándola al otro lado de la mesa con genuino deleite—. Gracias —expresó con sinceridad.

—Muchas felicidades —murmuró Holly turbada. De forma inexplicable su pulso se aceleró. Bajó la vista y miró sus manos entrelazadas sobre la servilleta, en su regazo. Él se inclinó a Emily en agradecimiento por su regalo, y eso le permitió recuperarse un poco.

Así empezó el día, sintiéndose llena de felicidad. Su blusa nueva de seda de color rojo era como una bandera festejando su buen humor. Afuera, el sol brillaba con intensidad, el aroma del césped recién cortado llenaba el aire, las abejas asediaban las flores. Todos los colores parecían más brillantes que de costumbre y los aromas más intensos. El sol se reflejaba en el lago plateado, el follaje a su alrededor era color de esmeralda.

Holly esperó encontrar a Simón junto al río, se desilusionó cuando descubrió que no había ido ahí esa mañana.

—Debe de estar ocupado en la casa —le confirmaron.

Pero Holly no lo había visto allí desde el desayuno. Su

comportamiento ese día era evasivo. Luego Holly pensó: «¿Estoy rondando como una adolescente enamorada tratando de encontrar a Simón accidentalmente?». Confundida, comprendió que era justo lo que estaba haciendo. Su único consuelo era que su búsqueda no tuvo buenos resultados. Holly no imaginaba qué le habría dicho a Simón si lo hubiera encontrado en ese momento. Entonces le pareció que los colores disminuían su brillo, su buen sentido del humor le permitió sonreír, aunque con tristeza, prefirió ir a la casa, tal vez ahí alguien la necesitaba, pero no, nadie solicitó sus servicios. Todos tenían su trabajo bien delimitado, de modo que no tuvo otra cosa que hacer que seguir caminando en los jardines.

Emily, le cobró cincuenta dólares por la entrada al festival y le recomendó divertirse mucho.

—No dejes de participar en todo —le propuso, animosa.

Aunque Holly no participó en todo, para su propia sorpresa, logró divertirse. Miró alrededor. «El festival no hubiera podido estar más concurrido» pensó. Muchos de los turistas que habían llegado a visitar la mansión descubrieron que los puestos eran una inesperada y amena adición al entretenimiento. Una familia norteamericana parecía particularmente fascinada, y Holly se preguntó si creían que así eran todos los fines de semana en Danfield Court. Decidió hacer algunas compras también.

Mientras buscaba entre los libros de segunda mano alguna novela de misterio escuchó que una señora robusta hablaba de Simón. No pudo resistir la tentación de escuchar. Se acercó hojeando un libro de pasta suave y escuchó la plática. Que no tenía nada que ver con libros viejos.

—Así que el joven Simón decidió al fin casarse.

«¿El joven Simón?» pensó Holly. Tenía treinta y tres años, se enteró esa mañana. La otra mujer miró hacia el puesto de los pasteles y dijo:

—Sí. Y conozco alguien aparte de Emily que estará celebrándolo.

—Y con razón —observó su compañera siguiendo su mirada—. Ha esperado tanto tiempo —hizo una pausa y se encogió de hombros—. Me imagino que harán buena pareja. Su familia tiene siglos de vivir en la comarca, y ya es tiempo que Simón piense en tener familia —miró alrededor—. Debo confesar que ha sido una magnífica idea abrir la mansión al público, le ha dado vida, pero no creo que él quiera disponer de la propiedad vendiéndola a otra

familia.

No, pensó Holly, no tendría sentido. Regresó el libro que hojeó y tomó otro.

—Te diré, la chica ha estado enamorada tanto tiempo de él que merece tener suerte —la otra mujer parecía tener más simpatía por Pamela.

—Quizá —respondió la primera con cinismo—. Existe el rumor de que el Capitán Weston tuvo que vender más terreno —miró de modo significativo a Pamela—. Simón le haría un gran favor si decidiera casarse.

Holly sintió náusea. Sin mirar lo que estaba comprando, lo entregó a la vendedora, pagó y se fue. Escuchar las pláticas ajenas nunca era bueno; sólo confirmó lo que ya sabía. Si eran una buena pareja. Y si Pamela se interesaba en su dinero como en él, ¿qué importaba? Ciertamente Simón no daba la impresión de estar muy enamorado.

Se alejó de la bulliciosa concurrencia. Una mirada al libro que compró le reveló que se trataba de una copia muy maltratada de una novela que ya había leído y que no le gustó. Con una actitud de fastidio lo tiró en el primer basurero que encontró. El día, que empezó tan bien, había perdido su brillo. Cuando llegó al lago y estuvo sola se preguntó por qué le causaría náusea la conversación que escuchó.

Los sentimientos que Simón despertó en Holly eran incómodos, la trastornaban sin producirle el éxtasis del que tanto hablaba su hermana Jenny, lo que sentía por Simón había despertado algo que Holly no creía poseer. No comprendía cuando había sucedido, pero supo con certeza que pensar en Simón como esposo, en una relación a sangre fría era apabullante. Tenía su temperamento, era imposible que no tuviera otras pasiones, no pudo haberlas enterrado con Laura. Y si así era lo mejor para él sería no casarse, jamás. ¿Importaba tanto el apellido de la familia, por más antigua que fuera, frente a la hipocresía de una relación sin cariño? Caviló Holly.

Agitó la cabeza. Era hora de regresar y mezclarse con los invitados. Ese era su trabajo, después de todo.

Desafortunadamente, el puesto de pasteles había sido el primero en vender toda su mercancía, y eso quería decir que también Pamela andaba paseando entre la gente. Holly la vio y antes de poder escabullirse, Pamela la llamó:

—¡Holly! ¿Estás gozando del festival? —la sonrisa y la falsa amigabilidad resultaron un alivio.

—Mucho. También los visitantes —un gesto de disgusto marcó el rostro de Pamela.

—Sí. Me lo imagino —asintió—. Claro —añadió con más firmeza llevando a Holly lejos de la gente—, debían sentirse afortunados de poder estar aquí.

Holly levantó una ceja. Danfield Court era una mansión muy bella, pero no era el palacio de Buckingham. Pamela notó su expresión y sonrió.

—Sólo quise decir que la mansión no estará abierta de nuevo el año entrante —la llana declaración contrastaba con su sonrisa afectada y su mirada fría.

—¿Qué quieres decir? —Holly sintió los latidos de su corazón acelerar—, Simón no me ha dicho nada —protestó en voz alta.

—No tiene por qué avisarte, ¿o sí? —su tono era irónico, era obvia su satisfacción.

Claro que no. Ya ni estaré aquí para entonces, pensó Holly. Parte de su trabajo era entrenar al administrador de la localidad para que asumiera sus responsabilidades. De alguna manera, la ilusión de que ese verano duraría para siempre la había cegado, derrotando su sentido común justo cuando se felicitaba por su sensatez.

—No, no tiene que avisarme —admitió con renuencia—. Aunque no comprendo…

—Sería inapropiado una vez que estemos casados —le explicó Pamela.

Era la primera vez que alguien le sugería que era inadecuado abrir una mansión al público, pero Pamela parecía estar decidida.

—Emily quedará muy desilusionada —comentó Holly tratando de mostrarse neutral.

—Estoy segura de que comprenderá —respondió la rubia con irritación—. Una vez que estemos casados… —la repetición era deliberada, como si Pamela tratara de indagar algo que sospechaba, pero que no podía comprobar—, haré bastantes cambios. Claro que siempre podrá quedarse aquí Emily.

«Naturalmente», pensó Holly, sintió que se le congelaba la sangre ante lo que sugerían las palabras de Pamela. Si decía algo, no la perdonarían, pero no había necesidad de romper esa conversación. Era claro que Pamela todavía no terminaba.

—Me dijeron que le diste un regalo a Simón esta mañana —le

reclamó.

—Así es —confirmó Holly sin añadir más. Le dio gusto saber que Simón lo había comentado.

—No es lo que se acostumbra, ¿no crees? —la rubia levantó una ceja—. Después de todo no eres un miembro de la familia, ¿verdad?

—No, no lo soy —la cortesía tenía sus límites—. Pero tampoco tú, todavía no ¿verdad? —añadió con una sonrisa forzada—. Con tu permiso —le dio la espalda y se alejó antes de que Pamela pudiera encontrar qué responder.

Tenía que escapar, no quería estar cerca de esa mujer, o no respondería de su conducta. La casa no era un santuario. Ni siquiera en su oficina estaría segura.

En su premura, Holly casi tropieza con la raya de color rojo y blanco del adivinador de la suerte. Claro. Nadie la buscaría ahí y el ambiente le devolvería su buen estado de ánimo, después de escuchar, cinco minutos, tonterías. Hizo a un lado la cortina y entró. A media luz vio a un hombre disfrazado, inclinado sobre una pequeña mesa.

—¡Estaba seguro de que tú serías la única persona que no participaría en esta idiotez! —exclamó alguien de voz conocida, con extrema exasperación.

Ella se dejó caer en la silla y contempló al «beduino» frente a ella. Los ojos castaños y los fuertes rasgos eran inconfundibles aun bajo el ridículo turbante. No pudo controlarse y estalló en carcajadas. Simón la contempló ofendido sólo por un momento, después empezó también a reír.

—¿Cómo te pudo convencer Emily a que hicieras esto? —le preguntó Holly.

—Como convence a todo el mundo. La conoces tan bien como yo, ¿crees que hubiera podido negarme?

—¿Te disfrazas todos los años? —era razonable que Simón no hiciera comentarios, pero Holly sospechaba que él se divertía.

—Siempre que no he encontrado algún pretexto aceptable —admitió él.

—¿Y a qué entraste tú aquí? —preguntó Simón, curioso y risueño.

Holly no respondería a esa pregunta. Simón alzó los hombros, sonriente, dejándola casi sin aliento, como invitándola a unirse a una conspiración. Él tomó un paquete de barajas de los muchos que tenía sobre la mesa.

—Bueno, ya que estás aquí, creo que debo ganarme mi sueldo y descubrir qué tiene el destino guardado para ti. Toma una baraja.

Holly no esperaba eso. Era muy incómodo, pero la mirada de Simón no le permitía negarse. Tomó una baraja, reina de corazones.

Él extendió una serie de barajas formando un diseño. «Tonterías», pensó ella. Se notaba que Simón tenía práctica en el asunto. Analizó las cartas; su reina junto a un rey y una confusión de barajas alrededor.

—Bueno —dijo ella entusiasmada—. Dime lo peor.

—No hay nada «peor» —replicó él indignado—. Amor, fortuna, felicidad y una larga vida. Todo lo encontrarás en los brazos de un amante de cabello de color castaño —añadió él, riendo y levantó las cartas. Holly lo observaba con suspicacia. No requería de mucho esfuerzo para recordar el color del cabello de Simón bajo el ridículo turbante. Él la contempló sonriendo y preguntó—: ¿Cómo lo hago?

—Fatal —declaró ella—. Lo bueno es que tus clientes tienen que pagar por adelantado.

—¡Tienes razón! —Simón hizo una mueca, luego preguntó con sospecha—. ¿Tú pagaste?

—No, y no pienso hacerlo —replicó Holly riendo. Su intento de mostrarse ofendida no resultó.

—Me volviste a engañar —luego la miró con seriedad—. ¿Dime por favor por qué demonios entraste aquí? Entraste a la carpa como un conejo asustado.

—Gracias —ya no se encontraba tan indignada por lo que discutió con Pamela. Le pareció que el altercado no acababa de suceder. La carpa estaba aislada del resto del mundo, un sitio donde podía reírse de tonterías y hacer a un lado, por el momento, la confusión que la deprimía—. Estaba buscando un escondite —continuó ella.

Simón se enderezó, se quitó el turbante y pasó los dedos entre su espesa cabellera castaña.

—¿Cómo? ¿Quién te estaba persiguiendo? —le preguntó.

Ella subió los hombros. En esas circunstancias no quería responder.

—Nadie. Es que por un momento me cansé del trabajo —se puso de pie—. Mejor me salgo para que entren clientes que sí te paguen.

Simón se levantó con ella y se despojó de la pesada capa que cubría sus pantalones de pana y la camisa de algodón, tan familiares.

Debía estar loca. Tenía que estarlo. ¿Sino cómo es que se atrevía a salir de la tienda en pleno sol acompañada de Simón, sabiendo que Pamela, tal vez, estaría esperándola fuera? Era emocionante, y se sintió desilusionada cuando no vio a Pamela cruzar el prado. Simón suspiró con fuerza, como si celebrara su libertad después de estar encerrado en la pequeña carpa.

—¡Qué agradable! —miró a Holly casi sin volverse—. Necesito estirar las piernas. ¿Quieres acompañarme?

La chica miró alrededor. Toda la gente parecía estar ocupada y contenta, nadie la necesitaba.

—En realidad debería… —empezó a decir Holly, pero se alegró que la interrumpiera.

—Hasta tú puedes darte el lujo de un descanso. ¿O no confías en tu propia organización? —le preguntó Simón para provocarla, y Holly no pudo más que aceptar.

—Claro que sí —caminaron. ¿Qué importaba que los vieran juntos?

No hablaron hasta que llegaron al mirador. Estaban solos, y podían contemplar desde arriba el festival, y el pacífico bosque a la distancia. Simón se apoyó en la balaustrada con un suspiro de satisfacción.

—Esto es mucho mejor.

Ella también se sintió relajada. Era un día demasiado hermoso para dejar que la soberbia de Pamela, o los pensamientos del futuro, la alteraran.

—Sí —asintió la chica.

—¿Entonces explícame por qué necesitabas un escondite? —preguntó Simón con tranquilidad colocándose de espaldas al paisaje para verla.

—No tenía ningún motivo —respondió Holly asustada sin saber qué decir.

—¿Ningún motivo? —no le creía y Holly lo sabía. La miró fijamente exigiendo una respuesta.

—Digamos que se trata de un asunto personal —logró inventar. No sería muy cortés, pero quizás no le preguntara más.

«No fue así», pensó Simón. Estaba decidido a averiguarlo, y Holly deseó estar entre la concurrencia para encontrar una excusa y escapar. Ahí arriba, lejos de todos, no tenía a donde correr.

—Me enfurece que alguien moleste a mis invitados —le dijo a ella.

Holly soltó una carcajada. Se había pasado casi todo el día analizando la naturaleza de su relación. «Invitada», no entraba en el cuadro.

—Eso no me describe a mí —señaló ella—. Yo trabajo para ti.

—Mayor razón para averiguar lo que sucedió —insistió Simón imperturbable—. Anda Holly, yo sé que no se trata de otra crisis por tu trabajo; eso no me lo ocultarías —ella deseó que estuviera equivocado.

—Olvídalo por favor. Yo puedo manejarlo. ¿Qué no vinimos aquí a descansar?

—Te equivocas —declaró él, observándola de cerca. Luego pareció tomar una decisión—. Está bien, lo olvidaré por el momento. Vamos a disfrutar del panorama.

Una tregua era mejor que nada. Ella contempló, obediente, el río y el lago, mientras se deslizaban algunas lágrimas por sus mejillas.

—Voy a extrañar todo esto —murmuró.

—¿Qué quieres decir?—interrogó sorprendido.

—El año entrante cuando ya no esté aquí —le recordó Holly mirándolo—. Me iré en octubre. ¿Recuerdas?

—Claro. Casi lo había olvidado —admitió él—. Siempre serás bienvenida, ya lo sabes —Holly sabía que no—. De todas maneras no me imagino que mi abuela vaya a dejarte ir así nada más —señaló él.

—Puede ser que no —trataba de estar alegre, pero ella misma pudo escuchar la melancolía en su voz. Creyó que Simón haría preguntas que no intentaba contestar. Cuando volvió a hablar, trató de convencerlo de que estaba contenta—. Cualquiera pensaría que me voy a ir mañana. Faltan tres meses, hasta que termine la temporada, y tú, al menos querrás celebrarlo, ¿verdad?

—Tienes razón. Pensarías que estoy loco si no lo hiciera. Sin embargo debo admitir que la apertura de la mansión ha revivido a todos. Ya casi tenía olvidado cómo era antes —añadió para sí mismo.

—¿Estás diciendo que ya «no» crees que fue una idea loca? —exclamó ella sorprendida.

—Digamos que no fue tan desastroso como creía —admitió Simón. La joven sintió una profunda emoción.

—No lo hubiera logrado sin tu ayuda, aunque a veces renuente —confesó.

—Tendrás que venir de incógnito el próximo año, para constatar

que Danfield Court siga funcionando como tú lo deseas —bromeó Simón para disipar la seriedad del momento.

—Es que pensaba que… —Holly no estaba bromeando, parecía sorprendida.

—¿Qué? —preguntó él frunciendo las cejas.

—Creí que no la abrirían el año entrante —explicó con sencillez.

—¿Qué quieres decir? —ahora Simón era el sorprendido.

—Lo que te he dicho. Pamela me aseguró que…

—¿Pamela te dijo que no abriríamos la siguiente temporada? —preguntó—. ¿Por qué lo estabas discutiendo con ella? —ya no era amigable su actitud, pero Holly no se iba a dejar intimidar.

—Yo no lo discutía —declaró en tono seco.

—¿Cuándo sucedió? —expresó Simón, confundido.

—Hace como una hora —admitió ella con descuido. Simón se quedó callado por un instante.

—Comprendo. ¿Y qué más te contó? —Holly sintió que el suelo se movía.

—Nada. No lo recuerdo. Sólo charlábamos.

—Charlaban. Y luego corriste a mi carpa como si necesitaras un escondite desesperadamente —le recordó—. Cuéntame. ¿De qué más hablaron aparte de los planes para la mansión el año entrante? —el hilo de sospecha en su voz se estaba enredando, Holly parecía furiosa. Era suficiente con los insultos de Pamela, no sería también víctima de Simón.

—¿Qué crees? —gritó Holly, sin pensarlo más—. ¡Desde luego que hablamos de ti!

—¿De veras? —Simón se relajó y se apoyó en el muro.

—No —Holly ya no sentía ira. Movió la cabeza fatigada—. Ya me lo había advertido hace unas semanas —agregó y caminó de regreso a la casa. Ya encontraría en qué distraerse allá.

—¿Quién te lo advirtió? ¿Pamela? —Simón la tomó de los hombros y la giró hacia él.

Holly trató de huir, no pudo, se quedó quieta, con la esperanza de que Simón no notara lo acelerado de su pulso.

—¿Quién más? —preguntó la chica con frialdad—. ¿O tienes todo un harem reclamándote?

Debió de ser más sensata y no provocarlo, pero Holly perdió la calma. Cuando él presionó con los dedos los hombros de Holly pensó que la iba a sacudir. No fue así.

—Nadie —dijo iracundo—, puede reclamarme —por un

momento ella creyó que la iba a apartar, pero la llevó con fuerza contra su pecho, sólido como un muro—. Quizás esto te convenza —él inclinó la cabeza y sus labios se posesionaron ávidamente de la boca de Holly.

Era un beso agresivo e intenso, y cuando ella protestó, Simón la abrazó con más fuerza. Holly trató de escapar. Luchaba contra sí misma y contra Simón, pero fue sometida por los fuertes brazos.

No hubiera podido decir cuándo cambió, cuándo la exigencia se volvió persuasión y sus labios se separaron; él dejó de presionarla y Holly lo estrechó con sus brazos, acarició los hombros que siempre supo de manera inconsciente que la apoyarían. Simón acarició la espalda de Holly, bajó sus manos hacia la cadera, mientras su boca invadía los labios con devastadora dulzura.

Después, él la soltó y de pronto se alejó, ella tuvo que apoyarse en la balaustrada cuyo borde filoso se encajó en la palma de su mano. La realidad opacó el dulce ensueño. Holly lo miró con ojos grises, empañados aún por la creciente pasión.

—Esto responde tu pregunta —expresó él con severidad y se alejó antes que Holly pudiera llevar su mano a la boca.

«¿A cuál pregunta?» Si el acercamiento había sido una respuesta, Holly no había comprendido.

Con lentitud, como si no confiara en sus piernas, Holly se sentó en la barda. ¿Qué sucedió? ¿Qué hizo ella para motivar ese furioso beso impregnado de ofensa y pasión? No tenía sentido. ¿Acaso no se había preguntado si quedaba algo de pasión en él? Sonrió con burlona ironía. Esa pregunta ya tenía respuesta y no volvería a dudar de su propia capacidad para sentir pasión. No sabía cómo volver a enfrentarse a Simón.

Pasó el tiempo, no supo cuánto permaneció sentada, pensando, repasando lo sucedido, tan primitivo como glorioso.

Oscureció y ella retornó por el camino pavimentado. La mayoría de los visitantes se habían ido, algunas mujeres guardaban las mesas plegadizas. Una de ellas saludó a Holly con alegría.

—Es el mejor festival que hemos tenido —le informó señalando dos grandes bolsas de monedas—. Fue un día afortunado para Danfield Court cuando la contrataron. Ha sido como un soplo de aire fresco —el halago sincero, llenó a Holly de satisfacción. Al menos alguien realizaba bien su trabajo.

—Gracias, señora Morris. Me alegro que haya resultado un éxito el festival —expresó Holly con sinceridad.

Sobre el hombro de la señora la chica vio a Pamela acercarse, la rubia observó a Holly durante largo tiempo y luego, intencionalmente, le dio la espalda y se alejó de ahí.

Holly supo que le contestó cordialmente a la señora, pero no recordó qué fue. La expresión de Pamela le dijo más de lo que quería saber. Contempló desde ahí al mirador, se distinguían con precisión dos personas. Holly supo que Simón y ella, vestida de color rojo, habían sido vistos en el mirador por muchas personas, desde ahí abajo. Con seguridad también por Pamela.

Capítulo 6

Esa noche, Holly estuvo despierta, múltiples preocupaciones y nuevos sentimientos la lastimaban. Había desatendido sus obligaciones durante la tarde. Por fortuna Pamela no se volvió a presentar, pero el entusiasmo de Emily y su ansiedad por discutir el éxito del festival le fueron tan molestos, como el momento en que Simón abandonó la habitación cuando la vio entrar, disculpándose por tener que hacer una llamada urgente, pero era obvio que no quería estar en su compañía. Al menos su ausencia le evitó pasar vergüenza. Todavía no estaba segura de poder seguir trabajando para él, pero su repentina salida la lastimó.

Por fortuna no tuvo que cenar con él. Emily insistió en celebrar el cumpleaños de Simón en el pueblo, y él aceptó con desgano cuando Holly afirmó que era apropiado reunirse con su pequeño grupo de amigos y familiares.

Holly recostada en su dormitorio, intranquila, sin haber podido cenar, sabía que Pamela iría a la celebración. «¿Comentaría lo que había visto?» Quizá no. Culparía a Holly y trataría con mayor ahínco de comprometer a Simón. «¿Y Simón?» Tampoco estaría muy preocupado, concluyó Holly. No sospechaba que un suceso así, en un momento de ira pudiera afectarla tan profundamente.

No comprendía cómo había sucedido, ni porqué. Entendía el enfado de Simón al enterarse que ella y Pamela hablaron de él, pero eso no justificaba el beso. ¿Sabría que Pamela los vería, y trató así, con deliberación, de lastimarla? ¿O había sido una respuesta masculina que debería comprender mejor, pero le faltaba experiencia? Tal vez. Holly no tenía duda de que su propia experiencia era muy limitada. Nada en su vida, ni las descripciones de los romances de Jenny, la prepararon para aquel beso estremecedor; ni para la humillación de saber que, lo que para Simón sólo fue una descarga de irritación, significó para ella el desequilibrio de los fundamentos de su vida.

Desde muchos años atrás Holly creyó que no era «del tipo de mujer que se enamora». Sólo deseaba ser la tía de los hijos de Jenny y tener éxito en su profesión. En un momento embriagador descubrió lo poco que le importaba su carrera; que todas sus ambiciones fueron una máscara de su gran necesidad de tener un

hogar propio y una familia. La familia de Simón no era lo que podía llamarse moderna, y jamás pensó en llegar a comprenderlo, mucho menos a compartirlo. Se movió inquieta en el lecho, tratando de recuperar su sentido del humor. Necesitaba reírse de sí misma y de sus absurdos sueños, de otra manera jamás terminaría de llorar.

No logró conciliar el sueño de modo que se resignó y se dio un regaderazo al amanecer. Ya había bastante luz, pero todo estaba tranquilo. Se vistió, luego descendió por la escalera y entró a la terraza. Unos pájaros volaron, pero nada más alteró la calma. Al menos ahí, a diferencia de Londres, podía caminar sola a esa hora, sin temor de que la asaltaran o sin que la ahogara el humo de los automóviles. Sonrió. Jamás pasó en Londres una noche sin dormir; ni tuvo que salir en la madrugada a buscar consuelo.

Caminó casi una hora, regresó para que no notaran su ausencia o comentaran su caminata. Al menos regresaba más tranquila, aunque no había resuelto nada.

No puso atención al subir los escalones hacia la puerta de vidrio. No vio al hombre que salía en ese momento. Chocaron con fuerza y él automáticamente la sostuvo, luego la soltó de prisa como si, pensó ella, no pudiera prolongar el contacto.

—Lo siento —murmuró Holly dando un paso hacia atrás.

—Fue culpa mía —de alguna manera los buenos modales eran un salvavidas en ese mar de confusión. Holly observó que Simón vestía su traje obscuro y llevaba el portafolios en la mano.

—¿Te vas? —preguntó Holly sin querer, antes de recordar que no tenía derecho a hacerlo.

—Sí —respondió él en tono cortante—. Tengo un negocio pendiente.

¿En domingo? Era obvio que Holly estaba en su camino, deteniéndolo. Ella se hizo a un lado para impedir cualquier roce al pasar. Simón parpadeó al notar su movimiento, y apretó la mandíbula.

—¡Qué tengas buen viaje! —no lo dijo muy contenta, ni muy indiferente, como ella quería, pero tal vez Simón no se percataría de que le faltaba el aliento.

—Gracias —Simón no notó nada. Dio otro paso hacia adelante, luego titubeó y regresó. Sólo los separaban unos centímetros. ¿Cómo era posible sentir que esa brecha era insondable y recordar al mismo tiempo la sensación de acariciar esos hombros?

—Tengo que irme —le dijo frunciendo el ceño y con voz dura.

Tal vez trataba de convencerse también a sí mismo—. Hablaremos a mi regreso.

De forma instintiva Holly negó con la cabeza. No iba a cortejar el peligro.

—No tenemos nada de qué hablar —insistió.

Por un momento creyó que Simón iba a cerrar la brecha y a tocarla, pero en vez de eso miró el reloj y lanzó una maldición antes de volver a verla.

—Tenemos muchas cosas qué discutir y lo sabes muy bien —le advirtió y se fue antes que Holly pudiera repetir su negativa.

La joven apretó el cuello de su blusa ahogándose al verlo alejarse. Casi como si sintiera frío. Era un frío interior que ni el caluroso sol de julio podía aliviar. Holly no quería creer que su repentina partida tenía algo que ver con lo acontecido el día anterior. Era posible que no deseara verla, de la misma manera que ella no podía enfrentarse a él. ¿En la plática que prometió, discutirían su estancia en el trabajo? No lo creía capaz de dañar su reputación en la compañía, pero tal vez no le era conveniente tenerla cerca más tiempo. Quizá Pamela se lo sugirió el día anterior en la noche.

No le fue fácil aparentar ser la misma frente a Emily. De hecho no estaba segura de haberlo logrado. Una o dos veces sintió que la señora la observaba pensativa, y se preparó para escuchar preguntas que jamás le hicieron. Holly agradecía su silencio, cuando tenía que ocuparse de las demandas del público. Empezaban las vacaciones escolares, se encontraban más ocupados que nunca con gran número de familias que querían aprovechar un verano tan hermoso.

Simón no regresó ni esa semana ni la siguiente. Emily habló varias veces con él por teléfono, pero nunca le mandó algún recado a Holly. La chica deseaba estar contenta, pero no lograba disipar la depresión que se apoderaba de ella cuando tenía tiempo para pensar. De alguna manera su optimismo habitual desapareció, hasta su trabajo, fuente de tantas satisfacciones, le empezó a parecer casi mecánico.

Para entonces, claro, la rutina de Simón de administrar la mansión durante los fines de semana, estaba bien establecida. Aunque Holly constantemente tomaba pequeñas decisiones. Tenía confianza de que había implantado un sistema que podría manejar muy bien el nuevo gerente que empezó a entrenar. Si Simón deseaba volver a abrir la mansión el año entrante, no tendría

ningún problema.

Debido a la larga ausencia de Simón varios problemas permanecieron sin resolverse. Incluso Pamela se mostró cortés las pocas ocasiones que se vieron. Por fortuna debido a la ausencia de Simón eran raras sus visitas. Holly no cometió el error de confundir sus buenos modales con el perdón; la hostilidad seguía existiendo.

Empezó agosto con un mensaje de Simón, lo esperarían el siguiente domingo, al enterarse Pamela, volvió a aparecer por todas partes. Parecía haber desarrollado un notorio e insólito interés en la administración.

Holly contestaba molesta a las preguntas de Pamela. No quería hacerlo, pero su profesionalismo la obligaba a explicarle todo lo que podía, excepto aquellos aspectos que sólo incumbían a Simón. Cuando Pamela preguntaba sobre las finanzas de Simón, Holly encogía sus elegantes hombros.

—Claro que me lo dirá —aseguraba la rubia con impaciencia y desprecio, y Holly se preguntaba si Simón le criticaría tanta discreción.

En el transcurso del verano algunos miembros del personal habían renunciado y fueron reemplazados. El nuevo asistente en el jardín de juegos era un entusiasta joven que acababa de graduarse como maestro y ansiaba comenzar su nuevo trabajo; después de observarlo durante algún tiempo, Holly quedó convencida de que era muy responsable. También los paseos por el lago seguían siendo un éxito. De hecho eran tan populares que el hombre que se encargaba de ellos pidió un ayudante para reducir los riesgos a los clientes cuando desembarcaban.

Era por eso que Holly quería hablar con Simón. Los paseos en el lago era su proyecto, y Simón había elegido en persona a los encargados. Necesitaban con urgencia un trabajador más y Holly no podía localizar a Simón.

Llamó a su oficina y le respondieron que estaba «inaccesible».

Finalmente Holly tuvo que confiar en su buen juicio, a pesar de que con el incidente en el jardín de juegos perdió un poco de confianza. Contrató a un joven que parecía tener las cualidades necesarias y, aunque le faltaba experiencia, el resto del personal lo estaría supervisando. Después de todo ¿no era el problema del jardín producto de la juventud y la inexperiencia?

El día que Simón debía regresar Holly se encontraba más ocupada que nunca. Pamela estaba presente, haciendo las veces de

anfitriona, Holly observaba como se detenía a charlar con los visitantes mejor vestidos. Notó que Pamela se alejaba de las familias más bulliciosas. De todas maneras debía agradecerle por apoyar en la apertura. Incluso Pamela se ofreció a revisar que todo marchara bien en el lago. Holly aceptó su ofrecimiento porque estaba muy ocupada, aceptó agradecida. Podría ella ir a supervisar después.

Fue casi a las cuatro de la tarde cuando Holly, decidió ir al lago. Caminaba rápidamente mientras se preguntaba con honestidad si salía para no estar sola en su oficina cuando llegara Simón. Escuchó más ruido que lo normal en el cobertizo, y creyó oír algunos gritos de fervor. «¿De qué?» Tuvo que abrirse camino entre los jóvenes para averiguarlo. Había un anuncio en la lancha grande, en el cual se disculpaban por la suspensión temporal de los paseos por el lago: «debido a problemas mecánicos». Pero se ofrecían paseos en la lancha pequeña a los niños. Holly no vio por ahí al encargado principal. Los niños formados gritaban entusiasmados a las dos figuras en la pequeña lancha de color rojo. Holly no podía ver bien pero parecía que el niño trataba de remar, mientras el nuevo ayudante lo instruía. No podían avanzar. Y notó con horror, que no llevaban puestos sus chalecos salvavidas.

Se acercó y arrancó el letrero, explicando lo mejor que pudo que los paseos en la lancha quedaban cancelados. Su sonrisa forzada hizo que le doliera la mandíbula. Mientras trataba de calmar las protestas y regresar el dinero, Holly dio un vistazo al lago. La chalupa no se movía, y agradeció que no hubiera viento. Deseó con toda su alma saber algo de lanchas, podría entonces llevar la lancha de motor y traerlos de regreso.

—¿No deberían regresar? Ya pasó su media hora —gruñó un chico desilusionado como de catorce años.

—Volverán en unos minutos —respondió, esperando tener razón. Deseó también que los padres del niño que estaba en la lancha estuvieran lejos de ahí. Quería dejar todo en orden antes de que alguien se percatara del riesgo. Luego recordó al nuevo ayudante de el jardín de juegos. Quizás él sabía de lanchas.

Después de dar el último vistazo al lago y de cruzar los dedos pidiendo que la pequeña lancha de velas de color rojo regresara con bien, se alejó sin correr, aunque con prisa mirando tras de sí de vez en cuando para confirmar que todo estuviera bien, en ese momento se topó con un cuerpo fornido. Unas manos duras la detuvieron. El rostro de Simón estaba pálido y sus ojos centellaban como nunca.

—¿Dónde demonios crees que vas? —le preguntó.

—A buscar a alguien. El lago… —quiso explicar, pero parecía que Simón ya lo sabía.

Él soltó a Holly y miró hacia el agua. Simón murmuró con desesperación, su gesto se tornó amenazador. Corrió sin decir más. En unos cuantos segundos, algo terrible debió pasar en la lancha. Holly corrió antes de comprender lo que sucedía, Simón llegó al bote de motor quince minutos antes de que Holly llegara, sofocada, al muelle.

Ella no pudo hacer nada, se quedó ahí observando con el resto de la gente, Simón se acercaba a la lancha que se había volteado. «La mayoría disfruta del drama», pensó Holly. Puede parecerles incluso un espectáculo diseñado para su entretenimiento, siguió pensando con furia. Trató de no escuchar los comentarios, enfocando su atención en lo que sucedía en el agua, consciente apenas de que su angustiosa preocupación era por Simón.

El incidente tuvo solución rápidamente después de que Simón puso a funcionar el motor del bote, minutos que a Holly le parecieron horas. Simón sacó del agua primero al niño y luego al joven ayudante, los subió al bote y regresó al muelle. Cuando Holly se acercó a ellos, ofreciéndoles ayuda, Simón la hizo a un lado.

—Yo me encargó de todo. Dile a la enfermera de los juegos que venga acá. Te veré después, en la casa —regresó hacia el joven y el niño. Además de Holly otras personas ofrecían ayuda y felicitaban a Simón. Holly supo que no la necesitaba. Sólo podía hacer lo que le había ordenado, y esperar a que descargara su ira en ella, más tarde.

Fue una larga espera. Holly trató de trabajar como de costumbre como si nada hubiera sucedido, pero no pudo engañarse. La escena en el lago parecía fija en su mente como un pozo sin fin. No pudo siquiera comprender cómo sucedió. El encargado principal no estaba en su puesto, debió reportárselo a ella. Holly debía hacer que se cumplieran las reglas que ella había impuesto. Cuando alguien se ausentaba, de inmediato Holly mandaba un suplente. Era una regla diseñada para mantener siempre el buen funcionamiento y para cuidar el bienestar de los visitantes.

Si Simón no había despedido al nuevo ayudante por poner en peligro la vida de un niño ella tendría que hacerlo. Y no iba a sentir tanta angustia como cuando despidió al asistente del jardín de juegos.

De nuevo, sin querer volvió a pensar en Simón. No le importaba tanto lo que le iba a decir a ella como lo que él debió haber sufrido al comprender lo que sucedió. Tal vez creyó que el fantasma de Laura lo asediaba como si el lago estuviera destinado a provocar tragedias. Gracias a Dios que él se presentó a tiempo.

De imprevisto se abrió la puerta de su oficina. Simón no le dio tiempo de hablar al acercarse a su escritorio.

—¡Quiero que mañana mismo te vayas de esta casa! ¿Entendido? —su voz era dura e iracunda. Sus manos, apoyadas en el escritorio, tenían blancos los nudillos, como si le costara un gran esfuerzo contener la violencia física.

Atónita, tanto por el tono de voz como por lo que le dijo, Holly lo miró fijamente. Sentía que iba a estallar una oleada de desconsuelo, pero el asombro y el pánico la detuvieron.

—¿El muchacho? ¿El niño…? —tartamudeó—. Está… —parecía estar, bien cuando Simón lo cargó en el muelle, ¿había sufrido algún daño que ella desconocía?

—Están bien. Ambos —Simón ladeó la cabeza impaciente—. Eso no excusa lo que tú has hecho. ¿Cómo pudiste? —estalló con angustiada ira—. Estaba seguro de que podía confiar en ti, creí que no correrías riesgos en el lago.

—¡Y no lo hice! —protestó ella—. ¡No lo sabía! —ella debió saberlo.

Una expresión de desprecio reemplazó la acalorada ira y él se incorporó, mirándola. Ella notó las manchas de grasa en los puños de la camisa y su saco mojado.

—No mientas. Al menos debías tener el valor de enfrentarte a tus responsabilidades.

Como Simón tuvo que hacerlo.

—No estoy mintiendo —insistió ella. De nada le hubiera servido llorar, y luchar por contener las lágrimas, más sintió un absurdo impulso de abrazarlo, de acariciar a ese hombre apasionado y tierno, que conoció por un momento a ese tipo que existía dentro de el Simón frío y autócrata.

Él metió las manos en los bolsillos, bajó los hombros y continuó observándola como si fuera la primera vez que la veía, como si ella acabara de desilusionarlo por última vez.

—Hablé con Dave —declaró Simón todavía furioso al nombrar al ayudante—. Admitió que nunca debió atreverse a sacar la lancha; pero era tu responsabilidad prevenirlo.

Holly estaba fatigada de defenderse por algo que no lograba comprender. Había estado preparada para enfrentar la ira de Simón la esperaba, pero lo que él le estaba diciendo no tenía sentido.

—No sé de qué me estás hablando —insistió ella—. Claro que lo hubiera detenido si hubiera sabido lo que planeaba. Pero ni siquiera me enteré que el encargado principal estaba ausente hoy.

—Dave llamó a la casa —Simón tenía una expresión de incredulidad y disgusto—. Tiene testigos y puede demostrar que ellos escucharon a una mujer contestar con tu nombre y darle permiso.

—¡Eso es imposible! ¡Yo…! —contestó Holly insegura.

—O Dave y otras personas están mintiendo o tú. Esta vez creo que la mayoría ha ganado —Simón también estaba fatigado, ansioso por deshacerse de algo que le era sumamente desagradable. Luego, como si algo lo motivara, explotó—: Por amor de Dios, Holly, ¿por qué lo hiciste? ¿Y por qué mientes? Creí que tú, al menos, tenías integridad, aunque es obvio que no puedes enfrentarte a un trabajo como este.

La injusticia de sus palabras la hirieron. Empujó el sillón y se puso de pie.

—No estoy mintiendo —él la iba a interrumpir pero Holly no se lo permitió moviendo la cabeza—. No, no sé con quién hablaría Dave, desconozco todo lo que él te ha dicho. Lo único que sé es que no he hablado con él en todo el día, de hecho, ese era el crimen del que esperaba que me acusaras, no de todas estas —levantó las manos con impotencia—… estas tonterías.

Era inútil hablar con Simón. Su rostro delataba que había tomado una decisión, y que sólo sentía desprecio por lo que debió parecerle la más débil excusa.

—Te advertí que rompería tu contrato si debía hacerlo. Y lo haré. Puedes quedarte aquí esta noche, pero no quiero volver a verte mañana en la mañana —sentenció Simón. Tan sencillo como eso. Pero no podía mover a las personas como si fueran aparadores, pensó Holly aunque tuviera la autoridad, incluso el derecho de despedirla.

—¿Y tu abuela? —preguntó ella en voz baja.

—Si respetas la paz de su espíritu, le dirás que tu compañía te requiere para encargarte de otro nuevo trabajo. Incluso le puedes prometer que la llamarás por teléfono. Pero no quiero verte aquí.

—No te preocupes. No me verás —la furia de Simón aumentó en

Holly los sentimientos de culpa—. ¿Tú le dirás a mi jefe cuál es la razón de mi despido, o se lo digo yo? —la desafiante indiferencia de Simón era hueca, Holly se percató de que su carrera estaba arruinada, pero eso la ayudó a enfrentarlo.

—Ninguno. No estás despedida —Simón se encogió de hombros y la contempló. Por un momento la alegría y el alivio debieron revelarse en su rostro porque le dirigió las siguientes palabras—: No quiero tenerte aquí. Puedes quedarte en tu casa o ir a visitar a tu familia, me da lo mismo. Te seguiré pagando tus honorarios. Tómalo como pago por el magnífico trabajo que hiciste antes de arruinarlo todo. Incluso te puedo mandar todo el papeleo de la administración para que lo revises si tu «conciencia» —el énfasis en la palabra demostró su desprecio—, te obliga a ganarte tu sueldo.

La casual y condescendiente generosidad, el nuevo plazo que era casi un insulto, hizo que Holly quisiera darle de bofetadas y escupirle su oferta en la cara. Pero sabía que ya no le quedaba más que su carrera, ni siquiera las ruinas de una fantasía romántica; lo que hizo que rechinara los dientes y musitara:

—Gracias —luego recordó—, ¿pero quién administrará la propiedad? El nuevo gerente… No sabe hacerlo todavía.

—Ya lo sé —la interrumpió él sin piedad—. Eso ya no es asunto tuyo ¿verdad? —le señaló. La joven creyó que no diría nada más pero añadió—: Yo estaré aquí. Por eso estuve tanto tiempo fuera; he estado negociando con la empresa de Londres y vendiendo mi parte. No necesitaré un nuevo gerente.

Claro que no. Ya lo tenía todo planeado. La derrota y la necesidad de pensar a solas, consumieron el poco desafío que le quedaba a Holly.

—Con tu permiso. Tengo que hacer el equipaje —murmuró ella y salió.

—¿Holly? —lo escuchó decir en tono alterado.

—¿Qué? —con desgano la chica regresó y lo miró con los ojos llenos de lágrimas, permitiéndose el lujo de una última mirada del oscuro caballero de poderosa figura. Tenía los ojos empañados y no notó la momentánea suavidad de la expresión de Simón, pero la ira y la frustración volvieron a hacerle fruncir el ceño.

—Nada —exclamó él, y añadió alejándose—: Estoy seguro de que podré convencer a mi abuela, le haré comprender el que no quieras cenar con nosotros.

Ella cerró la puerta despacio, aunque lo que quería era dar un

portazo con toda la fuerza de la hipocresía que él había mostrado en sus últimas palabras. Después se alegró de no tener que ver a nadie.

Holly hizo su equipaje con mayor cuidado que de costumbre, dobló cada prenda como si importara cualquier arruga, pero había un límite, no podía distraer más sus pensamientos.

En cierta manera Holly no se sorprendía de su partida. Creía que lo merecía después de la catástrofe de ese día, aunque siempre creyó que nunca sucedería algo semejante. Lo que no tenía sentido eran las acusaciones que Simón le había hecho. Sabía que a pesar de lo ocupada que estuvo no pudo haber olvidado un telefonazo de Dave. En otras circunstancias pensaría que él estaba mintiendo en un esfuerzo desesperado por salvar su trabajo. Pero Simón dijo que tenía testigos; otras personas que escucharon la conversación. Y, además, Dave no era una persona deshonesta. Joven, pero no mentiroso. ¿Y ella cómo quedaba? Simón le había dicho con claridad lo que pensaba. ¿Pero cómo era posible que una confusión tan desastrosa hubiera sucedido?

Desesperada Holly, repasó lo acontecido durante el día, tratando de recordar quién había estado en la casa. Emily, claro, pero, además de ser una posibilidad ridícula, ella estuvo ocupada atendiendo a los visitantes. ¿El ama de llaves? Ella hubiera pasado la llamada a Holly, o a alguien de la familia.

La familia. Que eran sólo Simón y Emily, aunque existía otra persona que se sentía ahí como en su casa. ¿Cuándo Pamela entró a decirle que iría al lago, había estado más contenta que de costumbre? ¿Habría causado el accidente al contestar una llamada para ella? Imposible. Estaba siendo melodramática. ¿O no?

Holly recordó la mirada de enemistad que Pamela le dirigió el día del festival. Pamela era capaz de hacer cualquier barbaridad para meterla en problemas. Conocía el incidente anterior, después de todo. Holly recordó que Pamela estuvo presente cuando Simón le advirtió que no toleraría otro percance, sobre todo en lo referente al lago.

Holly no quería creerlo. ¿Podía ser tan vengativa y malvada? Tuvo que sentir indiferencia del sufrimiento de Simón y de las vidas que arriesgó con tanto descuido. Incluso en un momento de ira ciega Holly no lo hubiera creído, pero no podía pensar en alguna

otra explicación. Comprendió, que no tenía manera de comprobarlo. Pamela lo negaría, claro está. Después de todo, podía ser inocente y al quererlo comprobar, el enojo de Simón aumentaría. Holly no soportaría la expresión de Simón si le revelara lo que creía. ¿Y Emily? Una acusación como esa lastimaría a la señora. No. No podía hacer nada al respecto. Ni siquiera le era permitido quedarse en la mansión para buscar pruebas que, además, probablemente ni existían.

Al día siguiente sólo tuvo que enfrentarse a Emily en el desayuno, y fue muy doloroso. Se despidió de ella con cariño, prometiéndole escribir y no perder el contacto; admitiendo que su jefe era muy «desconsiderado», y aceptando la gratitud de Emily por todo lo que había hecho a pesar de su profundo sentimiento de culpa.

Simón apareció a tiempo para verla salir de Danfield Court. Le dolió descubrir que su presencia todavía hacía latir su corazón con fuerza, a pesar de lo sucedido. Cuando se separaron, Emily no se dio cuenta de que en medio del bullicio de subir sus maletas en el auto y de los abrazos, su nieto y Holly ni siquiera se dieron la mano. De hecho ni se miraron de frente.

Cuando arrancó su auto para salir por el camino empedrado, Holly no resistió mirar por el espejo la casa, por última vez. Su vida y sus emociones cayeron en una confusión jamás imaginada. Simón estaba de pie, solo en la entrada con las manos en los bolsillos, viéndola partir. «Como un ángel vengador en las puertas del Paraíso», pensó ella absurdamente, limpiándose una lágrima en la mejilla y esforzándose por concentrarse en manejar.

Capítulo 7

Holly nunca quiso ser una mujer ociosa. ¿Cómo demonios podían los desempleados llenar su tiempo? Claro, debían tener un círculo de amistades en la misma situación… Sin piedad prosiguió sus pensamientos. La mayoría seguro no pasaría tanto tiempo pensando con tristeza en la injusticia o en la locura de dejar que la cabeza domine el corazón. Aunque no tenía la más remota idea de cómo podían prevenirlo.

No debía culpar de su aislamiento a sus amistades, que tenían trabajos de tiempo completo. Podía regresar al calor, al cariño de su familia con un sólo telefonazo. Decidió no hacerlo. Por primera vez en su vida se complacía en compadecerse, en revolcarse por la miseria de su condición. Pasaba horas enteras pensando en Simón con añoranza o con resentimiento; pensaba en Emily con afecto y trataba de no pensar en Pamela. Le dolía demasiado comprender con qué facilidad y rapidez los planes de esa mujer habían llevado a Simón a pensar lo peor de ella.

Claro que no podía continuar con sus lamentos. Después de cuatro días de inactividad inició un programa de limpieza y decoración interior que había pospuesto cuando surgió el proyecto de Danfield Court.

Una mañana encontró un sobre de color café en el tapete de la entrada. Al voltearlo sintió un dolor en el estómago. Había visto con mucha frecuencia esa letra los últimos cuatro meses. Lo sostuvo contemplándolo, leyó el remitente y se preguntó si traería algún mensaje para ella. Fue por un cuchillo y lo abrió.

No había ningún mensaje. Ningún comentario personal. Sólo los papeles conocidos de la administración de la mansión, recordó que Simón le había dicho que se los enviaría. Ahora podía «ganarse su sueldo». Aventó los papeles en la mesa. Haría el trabajo; lo haría tan perfecto que ni Simón Drayton encontraría nada que criticar, pero no esa mañana. Otro día, pensó; sin embargo ese día comenzó la revisión de los papeles y, sin las constantes interrupciones que tenía en la mansión, terminó rápido. Lo revisó con todo detalle, tres veces. Puso el sobre en el correo sin ninguna anotación.

Después de eso, desarrolló una rutina. Recibía un sobre cada cuatro o cinco días, terminaba la revisión, y lo enviaba de regreso.

Si no fuera por la letra de la dirección conocida, toda la transacción sería totalmente anónima.

Emily tenía de nuevo a su nieto en la residencia, haciéndose cargo de todo como propietario. Era, según Holly, lo que había detrás de aquel impulso de abrir la mansión al público. Su abuela lo conocía demasiado bien para pensar que Simón iba a permitir que un proyecto como ese se realizara sin su directa supervisión. Una vez que se acostumbrara a vivir ahí de nuevo, Emily sabía que redescubriría lazos que no podría romper, y que no quería romper.

También Pamela debía estar satisfecha del curso que tomaron las cosas. Logró deshacerse de Holly y ahora tenía más oportunidades que nunca para concentrar su atención en Simón, que hasta entonces no había mostrado objeción alguna a tan cómodo, aunque frío, arreglo.

Holly no quería pensar en lo que Simón sentiría. ¿Contento de haber tenido razón respecto a ella? No era agradable ese pensamiento. Cada mañana, revisaba el periódico, y no podía concentrarse en nada hasta confirmar que Pamela y él no hubieran anunciado su compromiso matrimonial.

Emily llamó por teléfono a Holly un par de veces, pero la conversación había resultado forzada. Holly no pregunto cómo estaba Simón, y era demasiado consciente de la verdadera razón por la que tuvo que abandonar la casa. Para sentirse a gusto Holly dijo a Emily que tenía un nuevo trabajo. Para Holly era difícil responder amablemente a sus preguntas inquisitorias y terminó por no contestar las llamadas. Creía que su silencio le dolería a Emily menos que descubrir algún día que la había engañado.

Al menos esa mañana llegó junto con un pesado sobre de color café una alegre carta de su familia. Jenny no tenía roto el corazón por el momento y planeaba pasar una semana de vacaciones paseando en bicicleta, recorriendo Francia con algunos amigos estudiantes, incluyendo uno que «parecía prometedor». Con un suspiro de envidia por el espíritu alegre de su hermana, dobló la carta para volverla a leer más tarde. Quizá sería mejor si aprendiera a enfocar el romance con la ligereza con la que lo hacía Jenny.

A principios de septiembre todavía hacía calor, pero el clima era húmedo. Había terminado la decoración de su apartamento y el trabajo de la mansión no era suficiente para llenar su tiempo. Estaba feliz de pensar que en unas cuantas semanas terminaría esa farsa y podría retornar a su trabajo como era debido y olvidar a

toda la familia Drayton. ¿A quién estaba engañando?, pensó irritada, y fue a abrir al idiota que se encontraba llamando el timbre con demasiada insistencia.

—¿Quién? —preguntó al abrir la puerta, y luego se quedó petrificada.

—¿Puedo pasar? —preguntó Simón, Holly se hizo a un lado. De inmediato al entrar él a la sala el apartamento pareció amontonado y pequeño. Holly cerró con cuidado la puerta antes de enfrentarlo. Él miraba alrededor como si le interesara averiguar dónde vivía; luego volvió a mirarla y apretó los labios.

—¿Estuviste enferma? —le preguntó.

—No, claro que no —Holly sabía que perdió peso y que tenía las ojeras muy marcadas en la delicada piel debajo de sus ojos. «¿Por qué tenía que verse tan fornido y sano como siempre?»—… ¿Por qué? ¿No he hecho bien mi trabajo? —ella sabía que no podía haber ninguna crítica al respecto. Si él iba… Aparentemente no. Pasó la mano entre su cabellera oscura con un gesto de tristeza poco característico.

—No, claro que no. Mira… ¿puedo sentarme?

A Holly le pareció que Simón hubiera preferido pasear por la habitación, pero no había lugar más que para dos pasos en cualquier dirección.

—Claro —insegura, se sentó en su sillón favorito. Su delicado sofá de dos piezas le quedaba pequeño a Simón y Holly no pudo controlar las sensaciones confusas y conflictivas que provocaban su presencia en la sala—. ¿Entonces cuál es el problema? —preguntó ella notando que pese a su buena apariencia él también mostraba signos de tensión.

Simón titubeó, miró sus manos entre sus rodillas antes de levantar la vista para verla. Ella se preguntaba nerviosa qué sería lo que tenía que decirle. Cuando empezó a hablar, Holly quedó asombrada.

—¿Aceptarías regresar a Danfield Court? —le preguntó de forma sencilla.

Ella no pudo averiguar nada por su tono de voz. No le estaba rogando ni pidiendo, más bien parecía como un observador impersonal buscando información y a quien le importaba poco la respuesta. Holly pensó en las últimas semanas, en las acusaciones que le hizo, y sintió una buena dosis de ira después de la primera alegría instintiva.

—No veo ningún motivo para regresar —declaró—. ¿Y tú?

—Puede ser que no —ella creyó notar un esbozo de sonrisa en su boca—. Pero todavía trabajas para mí, ¿o no?

—Te envié mis cartas —le recordó en tono helado.

—¿Cartas? Si no hubiera reconocido tu letra no habría sabido quién hizo el trabajo.

—Sólo seguí tu ejemplo —señaló Holly con dulzura. Esta vez sí notó que sonreía. Luego se puso serio de nuevo.

—No te pido que regreses por mí —reveló él. Claro. Había sido una tonta en esperar eso. De seguro odiaba tener que estar ahí.

—¿Entonces a qué has venido? —preguntó Holly molesta.

—Es mi abuela —contestó en tono pesado, y ella se alarmó.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? ¿Está bien? —la preocupación y la culpa por no haber contestado sus llamadas hicieron que Holly olvidara su ira con Simón. Por un momento vio que él apretaba sus manos revelando ansiedad.

—No, no está bien —declaró—. Está cansada, enferma y empezando a percatarse de que no es inmortal —Holly se preguntó si Simón, también, empezaba a darse cuenta de eso—. El doctor la metió en cama y dio órdenes de que descanse. Pero ella se preocupa tanto por la maldita casa, cree que dejará de funcionar si no la cuida —la miró con una sonrisa poco alegre—. Sí le señalé que tú no eras el tipo de profesional que organiza un sistema que deja de funcionar, pero no ayudó en nada. Te tiene confianza, ya lo sabes —añadió.

Holly no sabía si conmoverse primero por la confianza de Emily o enfadarse por la falta de confianza de Simón.

—¿Por qué no cierran entonces la casa antes de tiempo? —le preguntó ella—. El público entenderá si le explican el motivo, la temporada acabará en poco más de un mes —no quería ni pensar en Emily confinada en su lecho e intranquila.

—¿Crees que no se me había ocurrido? —le preguntó él con sequedad. Claro que Pamela debió pensarlo y sugerírselo. Sería la excusa perfecta para no volver a abrir la mansión jamás—. No quiere aceptarlo. Parece ser que la única manera de mantenerla en cama y tranquila es que tú regreses y te hagas cargo de todo como antes. ¿Qué dices? —terminó en forma cortante.

Cuánto la despreciaba y tener que rogarle. Debió haber buscado con desesperación cualquier otra alternativa antes de que su genuino amor por la abuela lo hiciera buscarla. Holly comprendió al

mismo tiempo que no podría negarse. Lo haría tanto por Emily como por Simón, recordó, que no tenía que aceptar de inmediato. Trató de mostrar indiferencia al mirarlo a los ojos.

—¿Y tú qué opinas de eso? —tuvo que preguntarle.

—¿Qué crees? —él se encogió de hombros. Su voz era inescrutable, neutral, pero claro que ella conocía la respuesta. Debía ser idiota para decir un insulto. Él prosiguió antes de que ella pudiera responder—. Claro que te pagaría lo que quieras si decides regresar.

Eso la colmó. Sintió una oleada de ira y se puso de pie.

—Puedes tomar tu dinero y tirarlo a donde te plazca. Incluso puedes quedarte con mi sueldo, si es lo que te preocupa. Regresaré a Danfield Court porque quiero a Emily y no deseo que se enferme de preocupaciones. Aunque eso signifique que tenga que soportar a su nieto —terminó diciendo, mirándolo furiosa y a la vez emocionada y sorprendida por aquel estallido. Va a acabar conmigo, pensó horrorizada.

Pero lo único que hizo Simón fue soltarse a reír a carcajadas. No con aquella sonrisa de desprecio que le había visto últimamente, sino la risa sincera que tanto la deleitó cuando lo conoció. Confundida, apretó los puños al comprender que se estaba divirtiendo por su forma de reaccionar.

Cuando Simón habló tenía una expresión cordial y ella sintió que estaba menos tenso.

—Gracias —le dijo—, por Emily, al menos. ¿Puedes regresar hoy mismo conmigo?

—¿Hoy? —parecía intrigada—. ¿Qué es tan urgente? —sintió miedo por Emily.

—No precisamente —él sonrió y la tranquilizó—. Es que me advirtió con toda claridad que no me atreviera a regresar sin ti.

—¿Y qué habrías hecho si me hubiera negado? —preguntó ella fascinada.

—Te hubiera tenido que secuestrar —la miró de arriba abajo. Holly se ruborizó—. Te ves tan delgada que podrías caber en el portaequipaje de mi auto sin ningún problema —ella no estaba muy convencida de que bromeaba.

—De acuerdo —aceptó Holly, sabiendo que no tenía más alternativa—. Iré en mi coche está tarde.

—Te irás conmigo ahora —dijo él. Parecía una orden y ella levantó las cejas—. Podrás llevarte tu auto en otra ocasión, y usar

uno de los coches de la casa mientras estés ahí. Te ves demasiado fatigada para manejar largas distancias —añadió—, y no quiero tener dos inválidas que atender.

Holly aceptó sin discutir. No tenía muchas ganas de manejar, de todas maneras.

—Está bien —concedió ella—. Necesito una hora para hacer la maleta y dejar todo en orden en el apartamento. ¿No quieres regresar después del almuerzo?

—Te dejaré hacer la maleta, pero almorzaremos en el camino —se puso de pie y estiró los brazos como aliviado de un gran peso, miró el fino reloj en su muñeca—. Te veré en una hora —confirmó sin darle oportunidad de discutir.

«¿Por qué no dijo en dos horas?». Cuando menos, pensó Holly. Apenas tuvo tiempo para cambiarse de ropa y para hacer una pequeña maleta. Cuando él regresó y la llamó, le recordó que tenía prisa.

Ella se acomodó dentro del lujoso auto junto a él. Era el tipo de persona que necesitaba un vehículo grande para sentirse a gusto, tenía suerte de poder comprarlo.

—Me alegro que no me ofrecieras ir en tu coche —dijo él mirándola de reojo—. Tú auto no está hecho para personas de mi estatura.

Ella supuso que él tenía prisa y se preparó para ir a alta velocidad. Sin embargo, no rebasó los límites legales; después de unos cuarenta y cinco minutos el coche salió de la autopista hacia una pequeña carretera que ella desconocía.

—¿Adónde vamos? —preguntó Holly. El recuerdo estúpido de que la tendría que secuestrar la hizo reír.

—¿Tienes miedo, crees que pienso asesinarte y esconder tu cadáver en el desierto? —se burló él.

Holly fijó la mirada en el paisaje y trató de fingir indiferencia.

—Créeme —añadió él con un dejo de amargura bajo el buen humor—. He estado pensando.

No necesitaba hacer gran esfuerzo para adivinar sus pensamientos sobre el último encuentro en Danfield Court. Luego él se sacudió el mal humor y estacionó el auto frente a un edificio de piedra con un letrero afuera.

—Me temo, sin embargo, que este será un almuerzo sencillo.

Debió haber reservado con anticipación. No era un lugar que sirviera a cualquiera. Además, era obvio que ahí lo conocían. Lo saludaron por su nombre y lo condujeron a una mesa para dos.

Los primeros minutos se ocuparon en ordenar los platillos, Holly se encontraba muy inquieta por estar con Simón. Miró alrededor, la discreta opulencia del restaurante la hizo sentirse más incómoda, puesto que no iba bien vestida como el resto de la concurrencia.

—Pudimos parar en la estación de gasolina —murmuro Holly rompiendo el extraño silencio entre ellos—. Esto es demasiado elegante.

—¿No te gusta este lugar? —a Simón no lo intimidaba.

Ella contempló el platillo exquisitamente decorado que acababan de servirle.

—Cómo no. Es precioso —y luego preguntó—: ¿Qué tan enferma está Emily? ¿Está en el hospital?

—No —Simón movió la cabeza y frunció el ceño preocupado—. Para ser sincero, no sé qué tan seria sea su enfermedad, pero ya sabes que nunca se da por vencida. El médico no ha encontrado algún mal específico, pero a su edad, no debería excederse. Parece haber perdido toda su energía —añadió sin disimular su preocupación.

Holly no podía entenderlo. Emily siempre había parecido tener el entusiasmo y la energía de alguien con la mitad de su edad.

—¡Cuánto lo siento! —musitó—. Haré todo lo que pueda por ayudar.

—Es una lástima que no hayas actuado con mayor responsabilidad hace unas semanas —la observó con tristeza y amargura—. Si no hubiera sido por ti quizá no se habría enfermado.

La inesperada acusación la lastimó y provocó su ira.

—Si te hubieras molestado en averiguar la verdad de lo que sucedió, no habría tenido que irme —le dijo con frialdad—. La explicación más obvia no siempre es la correcta.

Simón pareció desilusionado, como si no esperara que ella insistiría en su inocencia.

—Casi siempre lo es —señaló él—. Además, ¿puedes probar que Dave estaba mintiendo? —por un instante ella notó cierta ansiedad, como si Simón quisiera que dijera que sí. Debió habérselo imaginado.

—No —respondió ella con tristeza. Pero estaba convencida que Dave no había mentido; pero acusar a Pamela sin la menor

evidencia sería imposible. Consideró que ni la enfermedad de Emily le hubiera permitido regresar a Danfield Court si le dijera que la mujer que escogió para esposa tramó el accidente. Simón parecía esperar más que una sola sílaba. Quizá nuevas protestas de inocencia. No las iba a conseguir. Él se encogió de hombros ante su continuado silencio.

—Entonces tendrás que perdonar que me apegue a mis conclusiones —Holly creía que no podría perdonarlo, pero no tenía sentido contradecirlo aún más. El resto del almuerzo estuvieron casi en silencio, y para lo que Holly gozó hubiera sido lo mismo estar en un establecimiento de comida rápida.

El mal humor de Simón no mejoró a medida que se acercaban a la mansión. «Debe sentir que está invitando a un enemigo a su hogar», pensó Holly cuando Simón estacionó el auto frente a la escalera. Él abrió la puerta mientras ella se desabrochaba el cinturón.

—Entra. Yo llevaré el auto a su lugar y te llevaré después la maleta.

Ni una palabra de bienvenida. ¿Qué había esperado? De todas maneras Holly sentía que regresaba a casa cuando entró al vestíbulo. Al menos el ama de llaves demostró estar contenta de verla, y la condujo a la habitación de Emily cuando Holly preguntó si podía recibir visitas.

En una cama que sirvió a generaciones, recostada en las almohadas Emily estaba pálida. Cuando Holly abrió la puerta parecía estar dormida, pero abrió los ojos en cuanto ella se acercó a la cama, una expresión de sorpresa y alegría iluminó el rostro de la anciana.

—Holly —exclamó extendiendo los brazos. Sus cuerpos se sentían frágiles, pero Emily la abrazó con inesperada fuerza. Por un momento la chica reclinó la cabeza en su hombro perfumado, percatándose de las lágrimas que amenazaban mojar sus mejillas. Luego se sentó para contemplar a aquella señora que había llegado a querer tanto.

—¿Qué ha estado haciendo? —le preguntó—. Simón me dijo que tiene a todo mundo dando vueltas, preocupadísimos.

—No les hará daño —respondió la mujer con una sonrisa traviesa. Holly creyó que ambas pensaron en Simón—. No sabes qué contenta estoy de verte aquí de nuevo. Se lo pedí a mi nieto, pero no estaba seguro de poder convencer a tu jefe en Londres.

Sí, tenía que creerle a Simón, ella había insistido demasiado. Era irónico, él sabía mejor que nadie que no necesitaba pedírselo a su jefe. Él era el único jefe al que tenía que persuadir, y Holly sospechaba que hasta a Emily le fue difícil.

—Bueno, me quedaré aquí hasta el final de la temporada —le aseguró a la señora—. De modo que ya no tiene ninguna excusa para no obedecer a su médico y descansar.

—Sí, pero me siento tan inútil aquí acostada —presionó con sus dedos enfermos de artritis las sábanas mostrando irritación y resentimiento por sus limitaciones.

Holly comprendió. No era agradable que le ordenaran a uno no hacer nada cuando se está acostumbrado a supervisar y organizarlo todo. Ella misma acababa de pasar por algo similar.

—No sé cuánto tiempo deba permanecer en cama —dijo lentamente mientras pensaba—, pero nos ayudaría mucho si se le ocurriera algo que podamos ofrecer durante la última semana de la temporada. Sería divertido organizar algún festejo, y eso ayudaría a que el público recordara la mansión para el año entrante ¿Qué opina?

—Estoy segura de que se me ocurrirá algo querida —le brillaron los ojos de color azul pálido—. Déjamelo a mí —hablaba con actitud positiva y Holly se puso de pie satisfecha.

—Con mucho gusto. A mí no me gusta organizar fiestas, y sé que usted lo puede hacer mucho mejor. No tenemos mucho tiempo —le recordó.

—No te preocupes —le pidió Emily. La joven tuvo la impresión de que ya estaba ocupada elaborando algunos planes.

Holly iba a dejar la habitación para revisar el trabajo pendiente cuando entró Simón. Se acercó al lecho y se inclinó para besar las pálidas mejillas de Emily.

—¿Qué dices, abuela? —le preguntó—. ¿Ya estás satisfecha?

—Sí, gracias. ¡Qué dicha volver a ver a Holly! ¿no crees? —preguntó con alegría.

—Sí, claro —Simón miró de reojo a Holly y ella pensó que debía haberlo dicho con mayor convencimiento.

—Gracias —murmuró la chica con igual entusiasmo. Cuando salió de la habitación Simón le advirtió:

—Quiero verte en la oficina en unos minutos.

El viejo salón de armas estaba como lo había dejado. ¿Trabajaría ahí Simón durante su ausencia? La idea la perturbó. Por suerte no tuvo mucho tiempo para pensarlo. Él entró unos minutos después.

—Creo que la abuela se ve mejor —admitió él. Luego titubeó y dijo—. Gracias por haber venido —¿cuánto le costaría tener que decirle eso? Pensó Holly.

—No tenía otra alternativa —señaló la joven—. Alguien habló de secuestro, y decidí que el asiento delantero de tu auto sería mucho más cómodo que el portaequipaje.

—Mi abuela siempre me recuerda que los capricornios son muy prácticos y dime ¿qué le dijiste que ya empezó a tramar algo? —ella explicó su idea de dar una fiesta de fin de temporada y el sonrió—. Mientras no tenga que disfrazarme de adivinador otra vez, creo que es una buena idea. Al menos todos tendremos una buena noche después.

Simón parecía alegre, la mención del adivinador le recordó a Holly el día del festival. Miró el escritorio y jugueteó con los lápices, sintiendo su penetrante mirada.

—Nunca tuvimos oportunidad de aquella charla que te mencioné —dijo él. Holly apretó el lápiz. Su tono era tan indiferente que negó con la cabeza y declaró:

—No, pero ya es demasiado tarde, ¿no te parece? —le recordó.

—Puede ser —ella creyó notar un tono desconocido en su voz, pero no pudo leer la expresión de su cara.

—No he cambiado nada del trabajo en tu ausencia, de modo que no tendrás dificultad en volver a hacerte cargo —dijo Simón, ya en tono formal.

—¿No se sorprenderá el resto del personal cuando vean que he regresado? —le preguntó. El ama de llaves parecía contenta de verla, pero no sabía cómo reaccionarían los demás.

—Nadie sabe por qué te fuiste. Yo les expliqué que por una situación crítica en tu compañía en Londres.

—Gracias —no tenía que hacerlo. Debió ser por orgullo propio, pero de todas maneras le agradecía que le hubiera evitado posibles humillaciones.

—No olvides que yo sí conozco el verdadero motivo de tu partida —añadió en tono más alto, como si de pronto sintiera ira—, y voy a vigilar todos tus pasos.

Holly casi rompió el lápiz que tenía en la mano. Si tuviera su propio auto allí; si no fuera por Emily…, reflexionó ella.

—Entonces es probable que te fastidies mucho —dijo la chica—. ¿Quieres que mande pedir otro sillón aquí dentro, o te contentarás con asomarte por arriba de mi hombro —le sorprendió que Simón se riera.

—Eres tan delgada que no requiere demasiado esfuerzo para asomarse. No, no necesito otro sillón. Sólo vendré de vez en cuando —eso no era nada nuevo, como tampoco era nueva su falta de confianza en ella. Recordó que él para empezar no quería que estuviera ahí.

Cuando Simón se fue, Holly se quedó frente al escritorio preguntándose si estaba contenta de haber regresado. Al principio la oportunidad de volver le pareció como un perdón divino, y se encontraba feliz de ver otra vez a Emily y residir en esa mansión que la había envuelto en su armonía y su historia. Pero no parecía convencida de poder manejar la actitud de Simón.

Holly salió a revisar que todo estuviera marchando bien en la mansión. Como él dijo, nada había cambiado.

Comprendió que en realidad no la necesitaban. Su trabajo terminó hacía semanas y Danfield Court funcionaba muy bien sin ella. Se sintió complacida; significaba que había realizado un buen trabajo. Era irónico que ahora que debía estar insistiendo para poder irse, no tuviera más remedio que quedarse.

Al menos Pamela no andaba por ahí. Emily mencionó algo de un viaje a París, y lo único que mortificó a Holly fue que no creía que estuviera en el extranjero hasta el final de la temporada. Dudaba que supiera que ella había regresado, y no ansiaba saber cuál sería su reacción. Parecía más sencillo no volver a estar solas las dos. ¿Estaría esperando Simón a que se cerrara la mansión para anunciar su compromiso matrimonial? Podía ser, ya que sabía que Pamela consideraba todo el proyecto como un vulgar comercio.

Holly salió a pasear al día siguiente por el terreno. Algunos niños jugaban en el laberinto. Varías parejas de enamorados paseaban en el jardín de rosas y comentaban las variedades de plantas que encontraban. Holly notó que una señora miró a su alrededor, disimulada antes de cortar una rosa. Esta vez decidió no censurarla; en cierta manera era un halago al jardín.

También la hortaliza de la cocina estaba floreciente. Los árboles frutales ya se encontraban cargados y prometían buena cosecha para el siguiente mes. Claro que ella ya no estaría en la mansión.

Cuando pasó por el prado, Holly levantó la vista hacia el

mirador. Había bastante gente ahí. Decidió no ir, al menos por el momento. Pero no podría evitar ir hacia el río donde también los visitantes se estaban divirtiendo. Las personas que esperaban pasear en el bote parecían alegres, y varias familias disfrutaban alimentando a los patos.

—¿Vigilándolo todo? —preguntó Simón detrás de ella. El recordatorio de que antes había fallado no se le escapó.

—Sí —aseveró Holly con toda la frialdad que pudo sin volverse a verlo. De pronto notó algo que la sorprendió.

—Sí —dijo Simón notando su sorpresa—. Dave todavía trabaja aquí.

Esta vez dio vuelta para verlo. ¿La estaba provocando? Había reto en sus ojos de color castaño.

—Ya veo —afirmó la joven y su falta de expresión pareció provocarlo.

—No existe motivo alguno para que no estuviera —declaró él—. Fue una tontería de su parte, pero no cometió esa falta sin haber pedido permiso primero. Él no merecía perder su trabajo.

La tensión era insoportable. Contempló a Dave. Estaba ayudando a unos niños y lo hacía bien. Holly recordó sus sospechas respecto a Pamela, y se dirigió a Simón logrando, sonreír con serenidad.

—No, claro que no —y se alejó de él.

Capítulo 8

Las provocaciones continuaron la siguiente semana. Si lo que quería Simón era desconcertarla y mantenerla dudando de cómo responder, lo logró. Varias veces Holly estuvo a punto de abandonar Danfield Court de no ser por Emily, quién, aunque ya no estaba confinada al lecho, seguía muy débil. Luego, sin dar explicaciones, Simón se ausentó dos días. El alivio fue inmenso.

Lo había podido manejar muy bien si sólo hubiera sido un patrón irritable o insatisfecho. Holly no era la causante directa de lo acontecido en el lago aquel desastroso domingo, pero se sentía responsable, de modo que aceptaba la persistente ira de Simón. El dolor que experimentaba se debía a que su trabajo estaba estrechamente ligado a su vida más personal.

Cada vez le era más difícil soportar los momentos de rechazo y desprecio. El día anterior Simón se alejó de forma fría de Holly cuando dijo algo que, por alguna razón, no podía entender. Ella observó su espalda al marcharse y se preguntó si era el mismo hombre que la abrazó y besó con tanta pasión. Simón la alejó de su vida, y sería más sencillo si Holly también encontrara la llave para encerrar definitivamente esos recuerdos. Pero no podía. Holly recordaba muy seguido; era como si una parte de su memoria se aferrara a ellos.

La situación era cada día más difícil para la joven, a diario veía a Simón con su abuela o ayudando a los niños en los juegos y comprendía que sólo con ella se comportaba con rudeza.

¿Cuánto tiempo puedes querer a una persona que te desprecia? Se preguntó a sí misma una tarde, mientras sostenía la barbilla en sus manos, y miraba apoyada en el marco de la ventana la oscuridad. Deseaba no haber ido nunca en Danfield Court, pero eso significaba no haber conocido a Simón. El sobresalto de su corazón al pensarlo respondió a su pregunta. Incluso en sus pensamientos evitaba la palabra «amor» ¿A quién creía que estaba engañando? Suspiró.

—¿A qué se debe tanto suspiro? —Emily interrumpió sus pensamientos.

Holly miró a la anciana. Al menos ella parecía estar recobrando algo de su vitalidad, aunque todavía se cansaba.

—Nada. Sólo pensaba —admitió la chica.

—Es raro en ti —comentó Emily con agudeza—. No sueles suspirar, estoy segura.

Holly se encogió de hombros. No tenía intención de comentar sus pensamientos, pero la señora tenía la capacidad de inspirar confianza.

—Debe de ser por Simón —declaró la anciana frunciendo el ceño mientras se sentaba en su sillón. Holly se sobresaltó. Confiaba en no haber hecho algo que la traicionara y miró con cautela a Emily.

—¿Qué quiere decir?

—Es obvio —Holly quería que no lo fuera.

—Le cuesta trabajo reconocer sus equivocaciones y admitir que gracias a ti la mansión tiene tanto éxito. Debes comprender que hombres como él no admiran a una mujer que hace las cosas tan bien —si tan sólo eso fuera verdad, habían logrado tolerarse bastante bien hasta el accidente.

—No te preocupes —la señora continuó con tranquilidad—. Estoy segura de que sus raros malhumores se le pasarán pronto.

¿Raros? Se preguntó Holly.

—Él es muy generoso, de modo que tendrá que admitir al final la verdad —si alguna vez la descubre, se dijo Holly—. En realidad —le confió Emily—, creo que algo le está molestando. Quizá sea porque renunció a su trabajo en Londres. Yo creí que no lo disfrutaba, pero puedo estar equivocada y los de Cáncer son buenos para ganar dinero —descansó satisfecha de que los astros tuvieran todo bajo control.

Holly envidiaba su fe. Estaba segura de que Simón no parecía arrepentido de haber dejado su trabajo en la ciudad; tenía su mansión, la salud de su abuela mejoraba, y claro, tenía a Pamela. Simón era un individuo que contaba sus bendiciones y sólo esperaba que ella se fuera de ahí para ser completamente feliz. No era una idea gratificante.

Holly no podía dejar que Emily percibiera lo que sentía por Simón, y no estaba muy confiada de que la agudez de la señora no lo hubiera notado, por lo que con seguridad desaprobaría el absurdo enamoramiento de Holly por su nieto. Era tan inadecuada como Pamela perfecta, y no debía olvidarlo. Ya llevaban, media hora hablando. Holly tuvo la precaución de cambiar de tema al escuchar que alguien entró en la habitación.

Simón estaba parado en la puerta, apoyado en el marco con las manos en los bolsillos, no era justo; no debería tener ese efecto en ella; nadie debía acelerarle el pulso así. Lo inaudito era que estaba más tranquilo que de costumbre y a pesar de que Holly esperaba que su expresión se endureciera al verla, no sucedió así.

—No quise interrumpir —dijo al entrar en el dormitorio. Se inclinó y besó a su abuela en la mejilla, y luego tomó asiento junto a ella. El contraste entre ellos era más protector que intimidante.

Holly estuvo callada escuchando la conversación entre Simón y su abuela, prefiriendo que la ignoraran, pero Emily no tardó en ponerse de pie.

—Creo que necesito un poco más de ese descanso que me recetó el doctor. No se vayan —insistió cuando Simón y Holly se pusieron de pie—. Estoy bien. Ustedes terminen su té.

Holly volvió a sentarse muy nerviosa, contenta de mirar su taza y evitar contemplar el rostro de Simón, aunque sabía que podría inventar una excusa y salir de allí. Pero ahora estaba atrapada.

—¿Por qué te gusta este trabajo? —preguntó él.

«¿Había declarado una tregua?» Ojalá, y Holly decidió no tratar de averiguar la razón.

—Me fascina lo que se involucra con la Historia y el contacto con la gente —ella sonrió recordando—. Creo que si hubiera podido terminar mis estudios universitarios de todos modos me dedicaría a algo como esto, el trabajo académico sería demasiado árido. Pero quizá sería maestra —añadió, considerándolo por primera vez.

—¿Te gustan los niños? —terreno peligroso. ¿No la consideraba responsable del accidente casi fatal que pudo costarles la vida a dos muchachos? Además, se percató de que su imaginación hizo que tomara sus palabras como algo personal y veía a un niño jugando en el prado, gritando de alegría, su hijo. El de ambos.

—Sí —admitió sin más ya que él esperaba una respuesta—. ¿Y a ti?

—Casi siempre. Aunque después de una sesión en el jardín empiezo a dudarlo. ¿De dónde sacas tanta energía? —preguntó Simón.

—No lo sé. En fin sólo faltan tres semanas más —señaló ella riendo.

—¡Qué rápido pasó el verano! —sus palabras la sorprendieron. Él terminó su bebida y ella se dio cuenta de que la estaba observando. ¿Iba a recordarle todo lo que hizo mal durante los

meses anteriores? Parecía que no. Él llenó de nuevo su taza, invitándole, pero ella negó con la cabeza—. ¿Qué piensas hacer cuando este trabajo termine?

¿Cuando termine? Simón le daba la espalda, y por un momento Holly pudo admirar la fuerza de sus hombros, su cadera y las poderosas y largas piernas. No creía que aquello acabaría; el hecho de pensarlo o el que alguien se lo recordara, hacían acelerar su pulso y se ponía nerviosa. Él dio la vuelta y la miró levantando las cejas, después, recordó la pregunta.

—No lo sé. No he hecho planes, pero creo que iré a mi casa en Yorkshire por una temporada. Después, dependerá de la compañía, no he tenido contacto con ellos desde hace mucho —y no le interesaba tanto a pesar de que antes era todo para ella.

—Estoy seguro que te pondrán pronto a trabajar —aseveró Simón.

¿La estaba despidiendo o sólo asegurando que daría buenas referencias y no mencionaría su negligencia?

Holly no comprendía su estado de ánimo. Era más amable que durante los últimos días, y no parecía existir alguna trampa escondida. Poco a poco ella empezó a tranquilizarse.

La velada era casi un eco de algunas veladas agradables que habían disfrutado juntos hacía meses. Entonces Holly no sabía lo que eran sus besos; la corriente de pasión permanecía plácida y contenta dentro de ella. Había soñado en lo que se sentiría si la abrazara, sólo soñado. Ahora parecía convencida de sus sentimientos mientras le prestaba toda la atención.

Estaba hablando de Emily y sus proyectos, pero Holly no lo escuchaba realmente. Estaba concentrada en los movimientos de sus manos, la fuerza de su perfil a la luz de la lámpara, la cálida rudeza de su voz. De pronto Simón la miró y ella se acomodó inquieta.

—¿Estás cansada? —le preguntó con una amabilidad que ella comprendió—. Has trabajado muy duro.

Eso no podía seguir. Tanta bondad no tenía sentido, y corría el peligro de delatarse. Tomó la excusa y bostezó.

—Un poco —admitió. Nunca se había sentido más despierta, su cuerpo reaccionaba sensible a cada uno de sus movimientos—. Creo que necesito acostarme temprano —quería irse de ahí, de eso estaba segura. Se puso de pie y Simón también, para acompañarla hasta la puerta.

—Qué duermas bien —le dijo. Holly lo miró con lágrimas en los

ojos.

—¡Buenas noches! —alcanzó a decir, pero no pudo dar un paso fuera de la habitación. Simón la miró por un momento. Levantó una mano y Holly creyó que la tocaría, pero volvió a bajarla. Pareció romper el hechizo. Ella se alejó.

—¡Buenas noches! —murmuró cuando caminaba por el vestíbulo, resistiendo la tentación de volverse a ver si la seguía observando. No oyó que cerrara la puerta.

Mintió al fingir cansancio, pero cuando se acostó descubrió que sentía un extraño agotamiento. Se acomodó con sensualidad en las suaves sábanas de algodón, y pensó en Simón, abajo. ¿Estaría todavía recostado en el sofá contemplando la chimenea, o inclinado hacia delante para escuchar las notas de la música? Casi podía verlo: las pequeñas arrugas en su frente al concentrarse y las manos grandes entrelazadas. Holly se movió inquieta en el lecho, permitiéndose el lujo de recordarlo la última media hora. La ausencia de conflicto, la aparente calidez de Simón, el hilo de comprensión entre ellos, era un episodio para recordar. No entendía cuál había sido el motivo para su nueva actitud, y casi no tenía esperanzas de que fuera permanente, pero la ayudó a percatarse de la tensión que sufrió desde que regresó a la mansión. Se estiró satisfecha y se quedó profundamente dormida.

Tal vez fue buena idea no poner demasiadas esperanzas en aquel par de horas, pensó Holly al saber que Pamela llegó de París al día siguiente.

En realidad la rubia había regresado el día anterior, luego lo supo, pero no perdió el tiempo visitando la mansión. Esa mañana Holly entró a la sala, no se encontraba nadie. Emily no acostumbraba levantarse antes del mediodía, y Simón había tenido que ir al pueblo. Era miércoles de modo que Danfield Court estaba cerrada al público. A Holly le hubiera gustado cerrarla también para Pamela. Pero tuvo que sonreír y ponerse de pie cuando Pamela entró a la pequeña sala donde Holly tomaba una taza de café.

—Buenos días —Pamela no tenía tiempo para buenos modales.

—Me dijeron que habías regresado. ¿Cómo te sientes de nuevo aquí? —le preguntó.

Holly se quedó pasmada ante un ataque tan directo y rápido. Luego recordó que Pamela desconocía la sutileza.

—Me lo pidieron —respondió la chica—. Simón —sintió satisfacción al decirlo.

—¡No te creo! ¡Simón jamás te pediría que regresaras después de lo que hiciste! —la rubia se ruborizó de ira.

Con una extraña sensación de libertad Holly comprendió que después del desprecio que había soportado por parte de Simón, no podía tolerar la ira de esa mujer. Incluso sintió un poco de compasión junto con su furia por la trampa que le puso. Ni siquiera quiso discutir.

—Pregúntale a Simón —su frialdad pareció desconcertar a la rubia pero pronto se recobró.

—No me interesa cómo lograste meterte aquí de nuevo —le gritó, sin convencer a Holly—, pero puedes empezar a hacer tu equipaje. ¡Aquí no puedes quedarte!

Holly no tenía nada que responder. A menos que repitiera lo que le acababa de decir, Pamela ni siquiera sabía que Simón estaba de acuerdo con ella, pero tenía que aguantar su presencia mientras la necesitara. Y pronto se lo aclararía a su prometida. Holly no tenía dudaba de que la despedirían tan pronto terminara la temporada, pero hasta entonces estaba en la extraña y a menudo desagradable posición de ser protegida por el enemigo. Pero eso no hacía más agradable la escena.

—No pienso quedarme —le dijo a Pamela con deliberada ambigüedad. Luego añadió—: Con tu permiso —y salió de la sala.

Holly pensó que había manejado la situación bastante bien, pero cuando cerró con llave la puerta de su oficina, le temblaban las manos.

Pamela no la siguió hasta ahí, y pronto escuchó el rechinido de unos neumáticos. Tendrían que arreglar de nuevo la grava y pensó si decirle al jardinero que buscara vidrios rotos. La idea ayudó a cambiarle el humor, y abrió la puerta. ¿Por qué permitía que esa mujer la obligara a esconderse en su oficina?

La reacción fue inevitable. El desagrado y la ira de Pamela hicieron que la tranquilidad de la noche anterior se percibiera distante e irreal. Ese era su compromiso, no un momento, agradable creado por la música y el cansancio. Simón también pareció eludirla ese día. Cuando no apareció a la hora de la cena, Holly supo que había salido con Pamela, y que ella le estaría contando con lujo de detalles la escena de esa mañana.

No estaba segura de tener razón cuando lo volvió a ver. Parecía

distante y preocupado, y aunque ya no existía la cordialidad de la otra noche, al menos su resentimiento no volvió. Se percibía alejado cuando hablaba con ella, y sintió que evitaba su compañía. Aunque a veces estaba convencida de que la observaba, siempre parecía estar ocupado en algo más cuando ella levantaba la vista.

¿Y por qué no habría de estarla observando? Después de todo se lo había advertido. Sin embargo, por algún motivo ella sentía que ya no dudaba todo el tiempo. Quizá nunca probaría su inocencia, ¿pero sería posible que él decidiera reservarse su juicio?

Por cualquier motivo, su nueva actitud le hizo la vida más agradable. Incluso Holly dejó de evitar encontrarse con Dave, cosa que hacía porque temía que le confesara lo que pensaba de ella. Fue un alivio descubrir que Dave no tenía ningún juicio sobre el accidente más que «la mala suerte de una tonta confusión», y se encontraba muy agradecido por no haber perdido el trabajo.

Holly estaba una tarde charlando con Dave mientras limpiaba el bote al final de la jornada cuando sintió que la observaban. Levantó la vista. Simón se acercaba. Parecía sorprendido de verlos platicar, pero sólo comentó:

—¿Comprobando la seguridad?

Recordar que Simón consideraba que todo lo que hacía era insuficiente, no la lastimó como antes. Pensó que él estaba resignado. Luego Holly se dirigió a la casa. Cuando miró hacia atrás creyó que Simón y Dave discutían. No pudo ver la expresión desde ahí, ni interpretar el gesto al proseguir la discusión con el muchacho. Era una tontería suponer que hablaban de ella.

Cuando Holly miró el calendario esa noche, comprendió con tristeza que se le estaba acabando el tiempo. Faltaba poco menos de tres semanas, y ya no tendría excusas para quedarse ahí. La mansión retornaría a la tranquilidad acostumbrada, aunque ahora que Simón residía ahí, al menos, tenía un amo, y pronto olvidaría todo lo que ella hizo, hasta la impresión que les dejó. Simón estaría encantado; Emily la extrañaría por un tiempo, quizá ella y Pamela lograrían llevarse bien. Incluso si Simón volvía a abrir la mansión el año siguiente ella no sería una de los visitantes. Pero la temporada de ese año no iba a terminar sin una celebración.

—Creo que debemos organizar un baile —decidió Emily—. Hay pocas mansiones en la actualidad con salones de baile, ¿por qué no habrían de utilizarlos quienes los tienen?

—¿Quiere decir que un baile para todo el público? ¿Vendiendo

boletos? —preguntó Holly preocupada por lo que pensaría Simón de la idea. Él escuchaba en silencio.

—Sí, sólo para los visitantes que han venido durante la temporada —decidió Emily—. No vendrían sólo a mirar, y en cierta forma, serían invitados más genuinos. ¿No creen? —la pregunta era dirigida a su nieto.

—¡No he abierto la boca! —exclamó Simón levantando las manos simulando estar vencido—. Creo que tienes razón, la mansión está construida para ese tipo de eventos, y ya ha pasado mucho tiempo. Aunque el verano ha tenido sus emociones —añadió mirando a Holly de reojo.

—Me alegro —Emily estaba satisfecha—. Será un baile de disfraces —añadió como acordándose de un detalle sin importancia.

—¿Qué? —exclamó Simón. Hasta Holly estaba sorprendida.

—De disfraces —repitió. Holly veía que Simón iba a rechazar la idea, pero Emily prosiguió antes de que él encontrara las palabras apropiadas—. Quiero que los trajes se inspiren en los retratos de la familia. Después de todo, abarcan muchos periodos, y estoy segura que todos podrán encontrar algo que les parezca apropiado. ¿Pensaste que me refería a disfraces de payasos, Simón?

—Claro que no, abuela. Ni lo pensé —dijo sin lograr convencer. Miró a Holly—. Me temo que tú tendrás que organizarlo. ¿Puedes hacerlo?

Holly pensó que él le pediría a Pamela que lo hiciera. Le brillaron los ojos de placer ante el reto.

—Claro que puedo. Lo haremos entre Emily y yo —asintió la chica muy entusiasmada.

No necesitaba que le recordaran que aunque Emily estaría involucrada, ella tendría que hacer todo el trabajo, pero apreció cuando él le dijo gracias. Parecía decirlo en serio.

Sucedió que Emily no le permitió que la excluyera, y Holly quedó agradecida por todas sus sugerencias. Planeó la publicidad, mandó hacer los boletos; contrató la comida y el personal, apuntó los detalles que lo harían parecer un evento familiar elevándolo por encima de cualquier baile público. Ambas estuvieron de acuerdo en que formaban un buen equipo. Pero no Pamela.

Después de enterarse de los planes, Pamela casi no habló con Holly, pero la chica presentía que se había disgustado con Simón ya

que abandonó de prisa la casa, después de estar a solas con él en la biblioteca, y no volvió a visitarlos desde entonces. Pero era demasiado esperar que no asistiera al baile.

Apareció dos días antes. Esta vez fue a buscar a Holly, cerrando detrás de sí la puerta de su oficina después de entrar.

—¿Así que crees que has ganado? —gritó la rubia.

—¿Ganado qué? —Holly movió la cabeza intrigada.

—¡Deja de fingir! Todo este papeleo —señaló con desprecio los documentos en el escritorio—, no me engaña. ¿Crees que Simón ya olvidó el accidente del lago?

Era obvio que no, si dependía de Pamela. Con tranquilidad Holly se preguntó que estaría tramando ahora la mujer. ¿No podía esperar dos días más? Aparentemente no.

—No —respondió Holly con cautela—, pero ya pasó.

—¡No lo permitiré! —advirtió Pamela, amenazándola—. Quiero que te vayas de aquí mañana. Me dijeron que irás a Londres por tu disfraz. ¡Si fuera tú no me atrevería a regresar!

Emily debió mencionarle eso. Nadie más lo sabía a pesar de que parecía reacia a disfrazarse.

Pamela la contemplaba con hostilidad, todo su cuerpo era una amenaza.

—¿Por qué no? —Holly estaba sorprendida de que no la impresionara. Esa escena parecía irreal.

—Porque te arrepentirás si regresas. Este baile será el mejor evento en muchos años —Holly supuso que ese debía ser un halago accidental—, y yo quiero anunciar entonces nuestro compromiso matrimonial. Sin que tú estés. Te las has arreglado para arruinar todo hasta ahora, no permitiré que destruyas esto también.

Holly no sabía de qué estaba hablando, pero sintió gran amargura al pensar que el baile que planearon durante tantas horas, ella y Emily iba a ser utilizado por Pamela. Prefería no estar ahí; no quería enfrentarse a ese momento de glorioso triunfo para la rubia, ni tener que felicitar después a Simón. Pero si lo que ésta quería era que no estuviese presente, había elegido la táctica equivocada. Holly no iba a someterse a sus vagas amenazas.

—¿Y si yo regreso? —le preguntó.

—Destruiré tu carrera para siempre. Yo me encargo de eso. Le revelaré a tu jefe la llamada telefónica que Dave te hizo y lo que sucedió después. Simón tuvo demasiada clemencia.

«¿Clemencia?» Holly apenas pudo controlar la risa, aunque de

inmediato sintió gran tristeza. La amenaza a su carrera era real. De todas maneras no quería ir al baile. ¿Por qué no aceptar huir? Pero la corrigió una voz interior. ¿Del chantaje? Jamás.

—Puedes intentarlo —declaró Holly con toda frialdad—. Aunque no estoy segura de lo que harías si Simón no te apoya, y además podrías persuadirme de revelarle quién fue en realidad la que contestó la llamada de Dave ese día —lo dijo con voz firme y calmada.

Notó una expresión de incertidumbre en el rostro de Pamela.

—Tonterías. Jamás te creería. Además, no tienes ninguna prueba.

No, pero Holly se sintió segura de la culpabilidad de Pamela. No quería creer que alguien podría ser tan malvada. Ahora tenía casi una confesión. Y sabía que a pesar de sus amenazas, no le haría nada. Incluso si se quedara ahí.

—Haz lo que quieras. No pienso irme hasta después del baile.

No escuchó lo que Pamela hubiera respondido porque en ese momento alguien llamó y empujó la puerta después. Entonces Holly se percató de que no había estado bien cerrada.

—Estás aquí, Pamela —dijo Simón—. Te estaba buscando. ¿Puedes venir conmigo un momento?

—Claro —la dulzura del tono fue para Simón, la mirada de triunfo para Holly—. ¿Ahorita mismo?

—Si no es inconveniente. Sólo tengo que decirle algo a Holly. ¿Nos vemos en la biblioteca? —mantuvo la puerta abierta mientras hablaba.

Pamela miró a Holly con una mezcla de sospecha y advertencia, pero Simón no lo notó.

—Mi abuela me comunicó que piensas ir a Londres mañana —expresó él.

—Sí. Iré a recoger mi disfraz —asintió Holly.

No pareció interesado. Frunció el ceño preocupado y le preguntó con impaciencia:

—¿Quieres que te lleve? —su tono de voz hubiera decidido la respuesta aun si no hubiera hecho ya planes.

—No, gracias. Iré en tren y regresaré en mi auto.

—¿Por qué no te quedas a dormir y regresas en la mañana del baile?

¿Estaba tratando de deshacerse de ella? Holly negó con la cabeza.

—¿No está todo organizado?

Lo estaba. No pasaría nada si no dormía ahí esa noche. Incluso Pamela creería que había cambiado de opinión, al menos evitaría otra confrontación.

—Puede ser una buena idea —decidió pensativa—. Gracias.

—No tienes nada que agradecerme —expresó él en tono cortante e inesperado. Holly esperó a que le dijera algo más, y sintió alivio cuando sólo dijo—: tengo que irme. Pamela me está esperando.

Esa es la historia de mi vida, pensó Holly mientras arreglaba mecánicamente los pápeles en su escritorio.

Capítulo 9

El tren llegó a la terminal en Londres. De ahí Holly fue directo a la tienda que pertenecía a un amigo suyo, donde rentó el disfraz.

A pesar de su inseguridad inicial vio con aprobación su imagen cuando se lo probó.

Simón la había llevado esa mañana a la estación. Insistió en hacerlo aunque no parecía agradarle la idea. En el trayecto estuvieron en silencio, silencio que él rompió sólo para preguntarle más por cordialidad que por interés:

—¿Cuál de los retratos piensas copiar?

—Ninguno —admitió ella.

Lo miró de reojo y comprobó la severidad de su boca. La cordialidad era sólo un barniz. En cualquier momento, pensó la chica angustiada, me va a recordar que no seré bienvenida en el baile. Se sintió feliz cuando vio la entrada de la estación a lo lejos.

—¿Ninguna de las bellezas de Drayton te había parecido adecuada? —era obvio que la consideraba presuntuosa.

Sólo había un Drayton que le gustaba: él, y no era ninguna belleza.

—Ya lo verás —fue lo único que estuvo dispuesta a revelarle.

Quizá no le pareció su actitud, pero Simón insistió en llevarla a la estación. A Holly su presencia silenciosa le era atormentante.

—Por favor, no te esperes más —le suplicó al final.

—¿Regresarás mañana? —él titubeó antes de preguntarle, como si no estuviera seguro.

—Claro que regresaré —ella no sabía que tenía otra alternativa.

¿O había sido una sugerencia? ¿Era posible que Pamela lo hubiera convencido de que sería mejor que ella no asistiera? Ya no pudo cambiar de parecer. Él se despidió y arrancó sin decir más. Ella estuvo a punto de preguntarle si había sucedido algo malo. Pero claro, Holly entendía muy bien cuánto resentía él su presencia. No pensó más, estaban anunciando la llegada del tren a Londres.

Unas horas después, mirando las sencillas faldas del vestido que eligió, Holly decidió que al menos hizo la elección correcta. Había pensado en todas las mujeres de la familia, en esos retratos que conocía tan bien. Algunas, la mayoría, fueron muy bellas, o tal vez

los pintores les hicieron un favor.

Le dieron el traje en una caja y Holly atravesó la ciudad hasta su casa. Pensó que sería un alivio pasar un día en su casa, alejada de toda la tensión de Danfield Court. No faltaba mucho para que de nuevo esa fuera su residencia permanente, y tendría que tratar de encender su entusiasmo.

Por desgracia, ni ahí se libraba de la presencia de Simón. Su breve visita, para pedirle que regresara, había dejado su huella. Estuvo menos de una hora, y podía verlo vívidamente, dominando su pequeña sala. Esperaba oír su voz diciéndole que volviera o acusándola de mentirosa e incompetente. Holly cerró los ojos en un momento de desesperación. Debía de estar loca para regresar a Danfield Court y soportar la noche de triunfo de Pamela, además de aguantar lo que Simón le diría antes de abandonar para siempre la mansión.

Sin embargo, al día siguiente, mientras manejaba hacia el Este, presionó el acelerador a toda velocidad, como si tuviera prisa. Cuando pasó la salida por donde Simón la llevó al restaurante, apretó el volante y bajó la velocidad por un segundo. Pero volvió a acelerar; llegó más rápido que nunca a la mansión. Ni siquiera se detuvo a almorzar.

En Danfield Court había un gran bullicio. Los encargados de la cena ocupaban la cocina, los floristas adornaban los salones principales y subían el candelabro que acababan de limpiar. Holly fue atrapada en un mar de actividades, y pronto se percató de que, a pesar de la aparente confusión, todo mundo sabía lo que tenía que hacer. Todavía encontró bastante quehacer, no hubo ningún problema.

Fue a su habitación y sacó el disfraz de su maleta. Las pocas arrugas desaparecerían si lo dejaba extendido hasta la noche. Luego fue a buscar a Emily para averiguar qué era lo que faltaba. En el camino hacia la mansión decidió que, a pesar de todo, haría lo posible para que el último evento que organizaba para Danfield Court fuera todo un éxito. No iba a salir de ahí avergonzada, a pesar de lo que algunas personas opinaban de su conducta.

El único problema, al parecer, fue convencer a Emily de que no se excediera. El espíritu de la señora parecía haber revivido casi milagrosamente los últimos días. Era obvio que estaba disfrutando, pero Holly se preocupó por su reciente enfermedad y decidió que no la dejaría fatigarse.

Simón tuvo la misma idea cuando se apareció mientras Holly trataba de convencer a su abuela.

—Mire, todo está bajo control, puede usted comprobarlo. No tiene sentido agotarse. ¿No quiere disfrutar del baile esta noche? ¿Por qué no descansa un par de horas y luego hace una última revisión antes que empiecen a llegar los invitados?

—Holly tiene razón, abuela.

—Está bien —respondió la señora Drayton, resignada—. Iré a descansar; aunque ya es tiempo de que tú y ese fastidioso médico se den cuenta de que no tengo nada —se alejó de mal humor.

Simón miró a Holly, sonriendo, y con un aire de conspiración. Iban a decir algo cuando notaron que Emily se alejó de la escalera como si fuera a arreglar uno de los floreros.

—¡Abuela! —le gritó él y suspiró con exasperación mientras caminaba hacia ella.

Holly lo observó, riendo, mientras la escoltaba por la escalera hablándole con impaciencia. En lo alto, Simón volvió a ver a Holly. Algo en su rostro le llamó la atención y dio un paso hacia él antes de ver que Emily se aferraba a su brazo de modo que tuvo que acompañarla hasta su habitación.

Para cuando él bajó, ella estaba ocupada con los cocineros; hizo una serie de llamadas telefónicas para confirmar que la orquesta llegara a tiempo. Algo en la actitud de Simón le hizo sospechar que había tomado una determinación y quería discutirlo con ella en privado. Y pronto.

A Holly le tomó muy poco tiempo decidir que no deseaba hablar con él. Con seguridad le quería dar malas noticias. Holly prefería esperar a la mañana siguiente, que ya prometía ser deprimente.

Normalmente no podía evitar a Simón si él estaba decidido a verla. Ese día fue diferente. Las circunstancias parecían mantenerlos separados. Cuando lo hallaba siempre estaba atareado y más de una vez levantó la vista para mirarla a los ojos. Después, Holly tomó la decisión de permanecer ocupada, rodeada de gente, y evitarlo.

Cuando ella subió a ver a Emily para preguntarle si necesitaba que la ayudara a vestirse, tenía la impresión de que Simón se encontraba de un humor sumamente irritable. Se alegraba de no haber hablado con él.

Emily, con su eficiencia característica, ordenó que la ayudaran, y ya la vestían, entre risas y exclamaciones de aprobación. Holly quedó admirada de la espléndida confección de seda y encaje. La

anciana parecía majestuosa en esa crinolina azul.

El vestido de Holly era muy sencillo, así lo quiso. Escogió un vestido de muchacha Puritana. No había ningún retrato entre los antepasados de los Drayton y los puristas insistirían que no existió. A Holly no le importó. Desde el momento en que conoció la historia, sintió un lazo estrecho con la muchacha. Además, Pamela quedaría encantada de ver un vestido tan sencillo como ese.

Al pensar en Pamela recordó con desagrado cuál sería el desenlace de la fiesta. Empañaba todo el placer de Holly por el baile, pero no iba a permitir que la venciera. ¡No le otorgaría a Pamela la felicidad de saber cuánto le dolía! Empezó a vestirse con cuidado.

La blusa con varillas parecía un chaleco apretado que terminaba abajo de la cintura, y que por fortuna se abrochaba por delante. Si necesitara un corsé, tendría que pedir ayuda. La línea de su vestido era sencilla y hacía énfasis en su estrecha cintura. La falda, de color gris oscuro como la blusa, tenía vuelo en los tres fondos que llevaba abajo. La tela caía con gracia.

Holly se miró en el espejo cuando terminó de vestirse. El cuello triangular marcaba sus hombros, y los anchos puños blancos hacían que sus manos parecieran más frágiles.

El traje llevaba también un pequeño gorro de encaje; Holly recogió su cabello hacia atrás, dentro del lino blanco almidonado. El efecto fue sorprendente. Sus ojos grises de largas pestañas parecían más grandes y brillantes; su rostro delicado quedó enmarcado y el color de sus labios contrastaba con el tono del vestido. Holly pensó que pasaría desapercibida entre los demás invitados de trajes vistosos y elaborados. Podían incluso confundirla con una ayudante, y le agradó. No mentía cuando le confesó a Simón que evitaba llamar la atención.

Holly miró su reloj antes de dejarlo en el vestidor. Era hora de bajar. Escuchó los acordes de los músicos. Ya abajo, oyó el bullicio detrás de las puertas, Emily salió serena del salón para saludarla. Estaba magnífica en su vestido amplio con crinolina.

—¡Esa sí es una buena idea! —exclamó Emily, sus ojos brillaban de placer al contemplar a Holly, ella se sintió halagada y confundida a la vez—. Te ves encantadora. ¡Y vas a destacar entre todos los demás! —expresó alegría ante la perspectiva.

—Confío en que esté usted equivocada —dijo Holly con sinceridad. Refugiarse en un rincón era más agradable para ella.

La chica se preguntó qué traje elegiría Simón. Podía ser desde un cortesano Tudor hasta un diplomático Victoriano. Varios retratos tenían parecido a él; los marcados rasgos morenos venían de generaciones atrás. También la imponente presencia.

Cinco minutos después dejó de especular: encaje en el cuello y puños; saco de color vino en terciopelo, sobre la camisa blanca; una banda gruesa de seda en la cintura; Simón era el perfecto caballero. Una larga espada colgaba a su lado cuando hizo una elegante reverencia frente a su abuela. Holly contuvo el aliento. La ilusión era perfecta. Cuando la saludó, su única defensa fue esconderse bajo una exagerada inclinación, con la esperanza de que Simón interpretara el gesto como una broma más que como una evasiva. La chica no imaginaba lo que estaría pensando y no quería. De haber sabido cuál sería su disfraz, ella hubiera elegido cualquier otro, menos ese.

—¿Mi misteriosa y legendaria salvadora? —Simón sonrió cuando ella se puso de pie—. Me gusta —dijo con aprobación mientras escrudiñaba cada detalle de su apariencia desde la gorra hasta las suaves sandalias casi ocultas bajo la falda. Su cordialidad la confundió tanto como su escrutinio. ¿Dónde estaba el hombre impaciente que evadió toda esa tarde?

Tanto Emily como Simón concentraron sus comentarios en la apariencia de Holly. Por más halagada que se sintiera, vio con alivio llegar a los primeros invitados.

Sorprendida, notó que Pamela no era uno de ellos. No la vio en todo el día, pero esperaba que fuera una de las primeras en llegar al baile. De hecho, Holly creyó que había pasado ahí la noche, y se alegró al descubrir que no fue así.

Dos horas después, el baile estaba en pleno apogeo y Pamela no llegaba. Cuando preguntó por ella, Emily no demostró interesarse por su ausencia, y sabía que no era conveniente preguntarle a Simón. Además, no le importaba. La fiesta transcurrió de maravilla. Holly bailó dos veces y se negó a las demás invitaciones, arreglándoselas para intercambiar sólo unas palabras amistosas con los invitados.

La joven gozaba de un breve momento de soledad y tomó la oportunidad para observar. El salón era un caleidoscopio: colores brillantes, rostros sonrientes, disfraces elaborados, ricos satines, terciopelos, tafetán, encajes elegantes, abanicos y sofisticadas joyas. Se escuchaban las faldas de seda y las crinolinas rozar. Algunos

llegaron con máscaras; otros con pelucas empolvadas. Junto a Holly un caballero alto se detuvo.

—Satisfecha —Holly asintió—. Debes estarlo —confirmó Simón, observando a los invitados—. Mi abuela se siente en su mundo, y todo resultó de maravilla. ¿Te has divertido? —preguntó con cierta brusquedad.

—Claro que sí —y era cierto, aunque no dejaba de pensar que pronto se iría de la mansión. La presencia de Simón y su aparente benevolencia, provocaron en la joven una mezcla de dolor y alegría.

—Me alegro —Holly creyó que la invitaría a bailar. Pero no. Una mujer alta con un vestido bordado de la época de Carlos II se le acercó sonriendo. Él se inclinó y la tomó de la mano.

Simón cumplió con su deber. Holly observó el baile. «¿Era su deber?», pensó Holly. El revelador escote y la sonrisa provocativa de aquella mujer eran suficientes para querer bailar con ella. Y no le sorprendía que él tuviese tanta demanda. No era muy guapo, pero esa noche se veía como todo un señor; en cierta manera el terciopelo y los encajes remarcaban su poderosa masculinidad, su altura y sus músculos. Su piel morena le daba un aire de pirata. Con razón su acompañante parecía fascinada.

De pronto, Holly decidió que era mejor ocuparse de otra cosa. La siguiente media hora lo vio de lejos una o dos veces, pero no volvió a acercarse a ella. El baile era un éxito, opinó. Sobre todo porque no había señales de Pamela.

Holly fue al vestíbulo para descansar por unos minutos del ruido y del calor del salón de baile, feliz de no llevar encima tantos metros de pesado terciopelo como algunas invitadas. Oyó unos pasos que la hicieron girar, Simón se acercaba con una expresión indescifrable. Holly se llevó la mano a la garganta en un gesto de protección, aunque la actitud de Simón no era amenazadora.

—¿Holly, puedes concederme unos minutos? —la joven miró alrededor. Nada necesitaba su atención, desafortunadamente; además no podía seguir escondiéndose, aunque lo quisiera en ese momento.

—Sí —respondió.

Simón señaló el camino hacia la biblioteca. Mientras caminaban, Holly vio sus cuerpos reflejados en el espejo veneciano: la doncella puritana y su caballero; Simón debió ver el espejo porque ella se percató de que sonreía, pero no dijo nada.

Simón abría la puerta de caoba oscura cuando escucharon voces

en la entrada principal. Simón titubeó, observó a Holly y después miró hacia la entrada. Holly notó cómo su expresión se endureció, luego terminó de abrir la puerta.

—Espérame aquí. Tengo que atender esto —y salió dejando sola a Holly.

Ella no entró en la biblioteca, se quedó de pie para ver lo que pasaba. No tuvo que esperar mucho. Pamela llegaba tarde, lucía magnífica, envuelta en seda color de zafiro, y tenía los brazos extendidos para abrazar a Simón.

Con discreción, Holly se alejó de la biblioteca y subió por la escalera sin hacer ruido. De todas maneras Simón, acompañado de aquella belleza, no estaría interesado en lo que ella hacía.

Holly entró en su habitación, cerró la puerta y se recostó, respirando con agitación como si hubiera corrido en una competencia. La música del salón apenas se escuchaba; la dejó casi en silencio con su melancolía. Nada era más cruel que lo que acababa de pasar. Cuando empezó la noche ella estaba preparada y hubiera soportado. Holly creyó que, por un milagro, Pamela no llegaría. Ante su presencia, Simón corrió para darle la bienvenida. No era justo. Su última noche, no pedía más. En unas cuantas horas, él pediría a los músicos que dejaran de tocar. Lo imaginaba en los brazos de Pamela anunciando su compromiso matrimonial para que todo el país los aplaudiera. Y Holly tendría que estar presente.

En ese momento lo único que deseaba era quedarse en el lecho y descargar toda su frustración, el dolor y la ira. Pero no, iría a lavarse el rostro y regresaría al baile para estar entre los invitados, sonriendo como si nada hubiera pasado.

Holly haría lo que siempre había hecho: confiar en su propia resistencia y en su actitud de confianza en sí misma para convencer a todo mundo de que no sufría. Salvar su orgullo podría parecer poca cosa, pero era importante cuando era lo único que le quedaba.

¿Era lo único? ¿Prisionera de su dolor, estaba en peligro de permitir que Simón cometiera una tontería de la que iba a arrepentirse? ¿Si en verdad lo amaba, no debía hacer algo al respecto? Recordó el día del festival. Decidió entonces que nada podía ser más destructivo que un matrimonio sin amor. Sabía que él odiaba la falsedad. ¿No era esa la razón de su amargura contra ella? El matrimonio con Pamela estaría basado en la mentira. No sólo por los engaños que la rubia inventó para desacreditarla, sino también por las falsedades que expresaría al hacer el voto de matrimonio.

Holly se preguntó si se habría dado cuenta de lo difícil que sería la situación para Simón. Lo mejor era no casarse, comprendió con absoluta y súbita certeza, que casarse con Pamela. Si Holly amaba a Simón, debía hacer hasta lo imposible para tratar de impedirlo.

Fue sencillo. Sin lucha interior, ni titubeos. «Lo amaba». A pesar de que Simón la despreciaba. Al término de esa noche él la consideraría aún más despreciable. Pero no le importó. Ya no. Se haría a un lado por otra mujer, si él la amaba, pero era mejor que Simón permaneciera leal a la sombra de Laura que casarse con Pamela por un erróneo sentido de la obligación familiar.

Se incorporó, revisó su gorra y su vestido, creyendo que le quedaba mejor que nunca. No había evidencia en su rostro de la lucha interior, sólo la palidez alrededor de sus labios. Abrió la puerta y alisó las faldas de su vestido.

En la fiesta continuaba la armonía. Los invitados bailaban, no muchos; algunos se servían la cena. Holly no encontró a Simón ni a Pamela. Entró a la siguiente habitación y tampoco los vio. Debían estar juntos. De ser así, era demasiado tarde; había límites que no estaba dispuesta a traspasar.

—¡Holly, qué bueno que te encuentro! Te he buscado —no era Simón, sino Emily.

—Tuve que subir un minuto —se disculpó Holly—. ¿Cómo está? ¿Se está divirtiendo? —la señora sonreía con entusiasmo, pero Holly notó el cansancio en su rostro.

—Me he divertido muchísimo, pero creo que ya es hora de irme a descansar —se rió—. Me duelen los pies.

—¿Ha bailado mucho? —bromeó Holly.

—Digamos que bailé más esta noche que en muchos años. Mira, ahí hay una silla. ¿Quieres sentarte un rato? —Emily se sentó—. Así estoy mejor —la anciana suspiró y tomó la mano de Holly—. Sé que no es el momento adecuado, querida, pero quiero agradecerte por todo lo que has hecho —Holly quiso hablar, pero la señora no lo permitió—. Sabes cuánto deseaba que Simón recuperara su cariño por Danfield Court. Y lo ha logrado, más de lo que yo esperaba —sonrió con cierta tristeza—. Incluso dio un paseo en bote el otro día.

—¡Eso no tiene nada que ver conmigo! —protestó Holly conmovida por las palabras de Emily. Los latidos de su corazón se aceleraron cuando mencionó el bote. ¿Era posible que se equivocara de lo mucho que Laura lo obsesionaba? Jamás.

—Estás equivocada, tienes mucho que ver —declaró Emily ante

su protesta—. Sólo tú, con la fuerza de tu personalidad, pudiste lograr tanto éxito en esta temporada. Y tenía que ser un éxito, para que Simón se percatara de lo mucho que valía para él su casa. No debió ser difícil —admitió—. Disfrutó este verano más de lo que soñó.

—Me alegra saber que usted opina que fue un éxito —dijo Holly —. Siento mucho tener que irme de la mansión.

—Sí —murmuró la señora Drayton, mirándola fijamente—. Simón mencionó que te irías de prisa, otra vez. ¿No podrías quedarte unos días más?

Holly negó con la cabeza. No quería lastimar a Emily, pero si hablaba con Simón, no permanecería en la casa ni un día más.

—No, debo regresar. Me están esperando en Londres para otro proyecto y tengo que ir a visitar a mi familia.

Si a Emily no la convenció el proyecto en Londres, pareció comprender el llamado de la familia. Bostezó sin querer.

—Válgame Dios. ¡Y pensar que bailaba hasta el amanecer! Mis pobres piernas tienen tantas quejas —admitió con tristeza.

—¿Por qué no sube a dormir? —le sugirió Holly—. Yo la disculparé. Falta mucho para que se vayan los invitados —comprendió que Emily se opondría a retirarse antes que se fueran los invitados—. Ordenes del médico —le recordó—. Tiene que descansar cuando se siente agotada, y si no está fatigada después de bailar toda la noche, tiene más resistencia que yo.

—Lo dudo, querida. No haces mucho escándalo, pero de alguna manera todo lo haces muy bien —bostezó de nuevo—. Capricornio, ya sabes —añadió antes de decidirse—. Creo que iré a dormir. ¿De qué serviría que me vieran dormida en un rincón?

—De nada —Holly extendió su mano para ayudar a la señora Drayton a ponerse de pie y la acompañó a la escalera—. Buenas noches, Emily.

—Buenas noches, Holly —la abrazó—. ¿No te olvidarás de nosotros, verdad?

—No los olvidaré jamás. ¿Cómo podría?

¿Cómo? Holly sintió las lágrimas en sus mejillas al ver subir a la pequeña e indomable figura.

Regresó sonriente al salón de baile mientras pensaba en Emily con afecto. Era imposible no llegar a querer a esa mujer. Excepto, recordó, que fuese como Pamela. Quizá la señora comprendió las pretensiones de la rubia desde hacía mucho tiempo, e igual que su

nieto no tenía paciencia con la deshonestidad.

Sus pensamientos le recordaron el motivo por el cual bajó de nuevo. Empezó a dudar. Iba a parecer una rival vengativa y mañosa. Simón pensaría que lo que le dijera sería por celos o venganza, si acaso le daba la oportunidad de decir algo. Y ya no estaba tan convencida de sus propios motivos como para estar segura de que él no estaría equivocado.

Después de todo, aún era una empleada. Su obligación era revisar que todo funcionara como lo había planeado antes de decidirse a realizar su misión personal. Si se decidía.

En el vestidor, las mujeres reacomodaban sus elaborados vestidos y trataban de restaurar sus peinados. La charla era interesante. Contenía los últimos chismes así como alusiones a los vestidos y al baile. Holly revisó las toallas y otros detalles mientras escuchaba las conversaciones, por eso dedujo que todo había resultado exitoso.

—¡Qué noche tan maravillosa! —exclamó una señora—. Debían organizaría cada año.

—Muy buena idea —respondió su amiga—. Aunque yo pienso vestirme con algo más moderno la próxima vez —y se movió con incomodidad—. La compañía que me lo rentó insistió en que me pusiera todo el disfraz completo y el corsé me está «matando».

—Te comprendo —expresó la amiga—. Pero merece la pena.

La mujer admiró su vestido en el espejo, complacida.

—Creo que tienes razón. Merece la pena sufrir. También a Peter le encantó —la risa que acompañaba a las palabras sugería una conspirado amistosa. Satisfecha, Holly salió de ahí.

En el salón de baile las piezas musicales eran relajantes. A pesar de que la noche estaba llena de vida, el ambiente había cambiado. Algunos grupos de personas hacían ruido, las carcajadas traicionaban el exceso d champagne. Después del saludo inicial, el intercambio de charlas y la discusión sobre el baile, las conversaciones eran privadas y personales. Las parejas se unían más, bailaban en su propio mundo de silencio, algunas paseaban en la terraza o en los prados, otras terminaban de cenar.

No había señales de Pamela ni de Simón. Entonces, Holly sintió que la observaban y levantó la mirada. Simón entró por el otro extremo del salón y la miraba fijamente. De inmediato desaparecieron todas las ideas de lo que «debía» hacer y todos los argumentos racionales para buscarlo. Se sintió tentada a huir y

esconderse, pero comprendió que él se acercaba a ella. Se quedó parada mirándolo venir.

Algunos invitados trataron de detenerlo. Comentarios, bromas y manos extendidas invitaron a Simón, él los rechazó con una palabra o con una sonrisa sin interrumpir sus pasos. El disfraz lo hacía más atractivo y peligroso que nunca. Holly entendió por qué la doncella Puritana quedó tan cautivada. Después, dominó sus miedos e ignoró todas las advertencias convencionales de su crianza.

—Es un éxito completo —dijo casi en broma—. No tienes por qué estar preocupada.

Si mostraba señales de preocupación, no tenían nada que ver con el baile. ¿Cómo iba a decirle lo de Pamela? ¿Cómo se discute un asunto como ese? Tenía que estar loca, pensó la joven. Él parecía divertido por su silencio. Para romperlo, Holly se apresuró a decir:

—Emily ya subió a acostarse. Estaba fatigada, pero no quería admitirlo —¿era ella la que hablaba con tal premura y nerviosismo?

—Ya lo sé —Simón sonrió—. Acabo de ir a verla. No creo que le afecte, al contrario, recuperará su viejo entusiasmo. Me mandó aquí a divertirme —sonrió con ese gesto cautivador que le aceleraba el pulso a Holly—. Ya es tiempo de que tú también te des un descanso. ¿O estás exhausta de rechazar a los hombres que te han invitado a bailar?

—Difícilmente —replicó ella—. Los Puritanos no bailan —¿lo retaba? No estaba segura. Simón no titubeó.

—No te lo creo. Estoy seguro que mi antepasado logró convencer, mínimo, a una joven Puritana de los placeres de un entretenimiento tan inocente —se inclinó—. ¿Me concedes este baile?

Capítulo 10

No podía negarse. Tomó la mano que Simón extendió, y dejó que la llevara a la pista de baile. Debería sentir alguna incongruencia en bailar un vals vestida a la moda del siglo XVIII, pero no lo sintió y eso que ella era pura sensibilidad. Bailaban al unísono, a pesar de la diferencia de altura. Por un momento Holly aceptó que el embrujo la embriagara. Pero no debía permitírselo.

—Simón —expresó, sintiendo su cercanía, los músculos abajo del terciopelo y la mano en su cintura. Él la contempló con mirada inquisitoria y una sonrisa en los labios—. Tengo que hablar contigo —insistió ella.

—Y yo también —respondió Simón apretándola contra su cuerpo—. Pero ahora no. Después.

—Es que se trata de algo muy importante —recalcó ella, con menor fuerza de voluntad por el abrazo.

—También esto —declaró él con impaciencia—. Los negocios pueden esperar.

—Pero… —y luego se dio por vencida. No pudo luchar contra él, ni contra sí misma, también disfrutaba del placer de ese momento. ¿No era justo atesorar esos momentos de placer para equilibrar el dolor que le prometía el futuro? Le hablaría cuando terminara el baile y todo lo demás. Holly se abandonó, en sus brazos, a la música. Bailaron en silencio, y Holly rogó que no acabara nunca.

Pero tenía que terminar. La música se detuvo demasiado pronto y los invitados aplaudieron. Simón la sostuvo un momento más y se alejó. Con la distancia Holly sintió el primer escalofrío de la realidad. ¿Y ahora qué? ¿Iría a cumplir sus obligaciones con otras personas, o tendría lugar la plática que no estaba segura de querer sostener? La música sonó de nuevo, ella notó que Simón titubeaba, pero se acercó y la tomó en sus brazos.

—Simón —su instintiva protesta murió antes de pronunciarla. Y con ella el final de su sentido común. Mientras él quisiera, Holly se mantendría como la joven puritana con dulzura en los ojos y pasión en el corazón para el apuesto caballero que bailaba con ella.

Holly no supo en qué momento salieron hasta la terraza. Todavía tocaba la orquesta, se oía lejana, estaban solos bajo el

límpido cielo azul y oscuro de otoño. Algunas risas anunciaron la presencia de otras parejas.

Simón lo lamentó entre dientes y Holly se apartó al sentir que volvía a la realidad, recordó no sólo dónde se encontraba, sino también cuándo y con quién. Simón le sugirió, molesto por la intromisión, que salieran a pasear.

La sugerencia era una orden y Holly sospechó la llegada de la hora inevitable, y lo siguió.

No hablaron y, a pesar de caminar juntos, parecían muy alejados. Esos momentos íntimos durante el baile parecían pertenecer a una época ya olvidada. Luego, al fin, llegaron al área pavimentada frente al laberinto. Simón señaló la banda de madera, y Holly se sentó. La única luz era la de la luna y las estrellas. Junto a Holly, Simón era sólo una silueta, una sombra de rostro pálido e impreciso.

—Pareces un fantasma —admitió él.

—Puede ser que lo sea —murmuró Holly—. Quizás ambos somos fantasmas.

—Tal vez —asintió Simón y afirmó en otro tono de voz—. En ese caso debería obedecer a mis instintos y hacer lo que mi antepasado haría en estas circunstancias. Y —añadió pensativo, desamarrando el listón de la gorra de Holly—, lo que he querido hacer toda la noche.

La gorra cayó al suelo: un punto blanco en la oscuridad. Ella pudo; o debió resistir. Pero no lo pensó. Cuando Simón deslizó sus manos entre sus cabellos e inclinó la cabeza hacia él, Holly cedió acercándose para acariciar los amplios hombros de él.

El primer contacto de los labios de Simón fue sutil, atrayéndola, sin presionar, para abrazarla, después con fuerza poniendo la mano en su cintura. Holly sintió una oleada de sentimientos: añoranza, pasión, desesperación y, abrió sus labios.

De inmediato el beso fue más profundo, Simón exigió la respuesta que Holly no titubeó en otorgar. ¿Era fantasía o realidad? Respondió como lo había soñado desde hacía meses.

Al fin él levantó la cabeza y aflojó sus brazos, pero sólo para contemplar la palidez de su rostro.

—Mi antepasado supo lo que hizo —murmuró en un tono ronco por la risa y el deseo, luego la acercó de nuevo, pero ese respiro fue suficiente para que Holly retornara a la realidad. Ella recordó quién era y lo detuvo poniendo las manos en sus hombros.

—No, Simón —observó su rostro, pero no pudo interpretar su expresión—. Tenemos que hablar —por un instante él la estrechó más y ella pensó que ignoraría sus protestas. ¿No era eso lo que ella quería? Simón la soltó haciendo que se estremeciera.

—Sí, tienes razón —aceptó él.

Holly bajó la vista. Él apretaba sus manos. Luego Holly se puso de pie, no podía hablarle estando tan cerca. No en ese momento.

—¿De qué querías hablar? —preguntó él, mostrando ligero interés. ¿Tendría Simón el pulso normal después de aquellos momentos de intensa pasión? Ella no.

Era difícil empezar. Nunca sería fácil. Holly estaba más segura que antes de los sentimientos que la motivaban a decirle lo que quería. Sin mirarlo y observando hacia el laberinto que le parecía más sencillo que su propia confusión, titubeó.

—¿Holly? —la voz de él reclamaba una respuesta.

Ella se volvió a mirarlo con renuencia. Dio un paso atrás al descubrir qué cerca se encontraba de ella.

—Se trata de Pamela —en la oscuridad notó que Simón se ponía tenso.

—¿Qué le pasa? —preguntó de inmediato. Holly sintió que la magia había desaparecido.

—Quiero decirte algo —empezó ella a la defensiva—. ¿Me escucharás antes de opinar? —no podía esperar más que eso, y contuvo el aliento al verlo dudar.

—Está bien —aceptó Simón después de una larga pausa—. ¿Qué quieres decirme?

Lenta y torpemente, porque creía que haría acusaciones sólo para salvar su inocencia, Holly relató la supuesta conducta de Pamela. Cuando se detenía, Simón la obligaba a continuar.

Cuanto más hablaba menos creíble parecía el relato. Agradecía que estuviera oscuro porque no veía la expresión del rostro de Simón y así podría ocultarse cuando terminara su explicación. Al final, quedaron en silencio. Cuando Holly creyó que Simón se iría disgustado, le preguntó:

—¿Por qué me estás contando todo esto?

Ella no pudo ver su rostro, no notó nada en su voz. Tragó saliva. ¿Por qué no se iba y mejor la dejaba? ¿No debía ser difícil para él comprender sus motivos? Sin embargo él insistió:

—¿Por qué, Holly?

—Porque vas a casarte con ella —declaró al fin—. Ya sé que es

la mujer ideal en muchos aspectos, pero quería que conocieras la versión de los hechos —ahora Simón podía defender a su novia causándole una herida a Holly.

—¿Por qué te importaría con quién me voy a casar? —preguntó Simón, en apariencia sólo por curiosidad.

Después de tanto suspenso, fue inevitable su ira, a pesar de las recientes muestras de ternura, le importaba tan poco lo que le dijo que mostraba apenas un interés académico. No lo conmovió. Era obvio que no era asunto suyo. En ese caso tendría lo que merecía. Holly actuó lo mejor que pudo. Dio media vuelta y se alejó de prisa.

—Espera Holly —Simón la alcanzó y la detuvo poniendo la mano en su hombro—. ¿Te olvidaste que yo te dije que tenía que hablar contigo? —Holly lo miró sin querer. Lo olvidó. Creyó que quería hablar de su compromiso, y ella no tenía intenciones de escucharlo, pero en ese momento no tenía otra opción.

—¿Y? —murmuró ella. Él la soltó. En la oscuridad Holly notó que Simón agitaba la cabeza, y escuchó su risa.

—Si no hubieras insistido en hablar primero, yo te lo habría contado antes —le advirtió—. Yo ya sabía lo de Pamela —declaró con sencillez.

—¿Qué? ¿Cómo pudiste? —no tenía sentido.

—Iba a entrar en tu oficina hace dos días para hablar contigo pero Pamela estaba ahí —le explicó—. La puerta no estaba bien cerrada y ambas discutían, bueno, al menos ella. Escuché que te amenazó, y decidí oír antes de interrumpirlas —admitió él—. Después en la biblioteca ella me confesó toda la verdad.

—¡Tú lo sabías! —exclamó Holly. Toda la confusión y el debate interno desde entonces, la incertidumbre de que había perdido a Simón y la probabilidad de perder su trabajo, todo fue inútil—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿No te importó? —dejó el alivio para después y descargó su ira—. ¡Y no me dejabas decirlo esta noche! —recordó.

—Tienes razón —replicó él, sonriendo—. Lo siento —parecía falso—. Me intrigaba saber lo que tú ibas a decirme.

—Maravilloso. Pues ya lo sabes. Y tú me has dado otra pequeña sorpresa. Voy a regresar a la casa. Puede que los invitados me necesiten.

—No te vayas, Holly. Yo te necesito —lo expresó en voz baja, y la detuvo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Holly. No podía confiar en sí misma cuando estaba tan cerca, pero no pudo alejarse. Él la tomó

de la mano.

—Ven a sentarte —le pidió Simón—. Trataré de explicarte.

Holly trató de resistirse, pero lo dejó llevarla hasta la banca. ¿Se estaría burlando de ella?

Él no le soltó la mano cuando se sentaron. Le acarició la palma con su dedo pulgar como si quisiera leer las líneas. Holly se estremeció e intentó soltarse. ¿Sabía Simón lo que estaba haciendo?

—Te lo quería decir cuando regresaste de Londres —admitió él —. Casi te lo dije antes de que te fueras, pero no tuvimos tiempo. Es difícil confesar que está uno equivocado al juzgar a otra persona, y suplicarle perdón, sobre todo cuando ella sólo piensa en abordar el tren —añadió burlándose de sí mismo.

—¿Pero cuando regresé…? —preguntó Holly. Él le soltó la mano y extendió las suyas en un gesto de fracaso.

—No podía acercarme a ti, cada vez que tenía la oportunidad huías y te involucrabas con alguna otra persona. Ya para la noche, parecía a punto de cometer un asesinato —terminó diciendo al recordar su frustración.

¿Incluyéndola a ella? Recordó con ironía como se felicitó al lograr eludirlo.

—Luego —continuó Simón, tomándole las manos—, te vi en ese vestido y comprendí lo que debió sentir mi antepasado.

Por un momento Holly sintió que no podía respirar. Recordó con qué facilidad la condenó y eso lo descubrió por accidente. ¿Sin esa evidencia le hubiera creído esa noche? Dejó sus manos entre las de Simón y su voz reveló sus pensamientos.

—Me alegro que por fin me creas —comentó en voz baja—. Odio la idea de irme desprestigiada —añadió riendo con falsedad.

—No me gustaba la idea de que te fueras, para nada —confesó él y luego, antes de cualquier comentario de Holly, le preguntó—: ¿Me vas a decir por fin por qué te importa tanto que yo me vaya a casar con Pamela?

Aguijoneada, Holly lo miró a su vez. En esa ocasión sí retiró sus manos y se puso de pie para poder al menos alejarse.

—Es obvio, ¿no? —exclamó—. Yo sabía que ella estaba mintiendo.

—¿Y por qué tendrías que preocuparte? —Simón no se movió y su rostro quedó sombreado, parecía tranquilo e interesado—. Me sorprende que no pienses que nos merecemos uno al otro —añadió.

—Tienes razón, se merecen —Holly encontró la energía para

responder—. Sin embargo no le simpatiza a Emily.

—Es la primera vez que oigo a alguien proteger a la futura suegra —comentó él—. No creo que ella lo necesite —y se rió.

—Más que tú, sí —señaló Holly.

—Puede que tengas razón —aceptó él—. Holly —dijo con sinceridad—, de veras lo siento mucho. Te juzgué mal, y no tengo una excusa verdadera.

—No importa —Holly se percató de que le disgustaba esa repentina humildad, a pesar de que le debía una disculpa—. Ya pasó.

—¿De veras? —Simón se puso de pie y se acercó a ella—. ¿Y qué opinas de lo que acaba de suceder? —le preguntó con voz ronca.

—La luz de las estrellas y los vestidos elegantes pueden crear falsas ilusiones —ella trató de parecer realista, práctica. Después de todo así era ella, ¿o no?

—A pesar de que tu respuesta fue tan dulce —Simón dio un paso hacia delante—. Las estrellas no estaban ahí cuando te besé la primera vez —levantó la barbilla de Holly y tuvo que mirarlo—. Me imaginé tu reacción entonces. Incluso cuando lo que me merecía era una bofetada.

—¿Crees que ahora te la mereces? —preguntó Holly, no podía alejarse; sus piernas no la apoyaban, pero no iba a permitir que él jugara así con sus sentimientos. Él inclinó la cara para besarla de nuevo. Con rapidez la mano derecha de Holly se impulsó hacia arriba.

Simón interceptó el golpe tomó su muñeca sin esfuerzo alguno. Holly trató de luchar, después se quedó quieta.

—Demasiado tarde —expresó él con rudeza—. Perdiste tu oportunidad.

Entonces el beso fue tormentoso. Fue como si descargara todas las frustraciones de ese día, en un instante, luego su boca mostró ternura. Cuando al fin levantó la cabeza, Holly comprendió que hubiera caído si él no tuviera el brazo en su cintura.

—Lo siento —no parecía sincero—. Creo que tenemos que hablar —agregó en un tono que no admitía negativas.

Cuando regresaron a la banca, Simón la sostenía en sus brazos, la sentó en su regazo. Curiosamente ya no tenía intenciones de luchar, y él no se había dado cuenta.

Simón acarició sus cabellos, luego deslizó las manos por su cuerpo. Holly contuvo el aliento al sentir la violenta reacción que

causaban sus caricias.

—No tienes idea de lo sensual que te ves así, ¿verdad? —preguntó Simón.

—¿Yo?—respondió Holly asombrada.

—Sí, tú. Ya lo discutiremos más tarde —la promesa hizo que su cuerpo se relajara aún más. Las manos exploradoras debían sentirse intrigadas y sorprendidas por las varillas, pero Holly no encontró barreras en su camisa de algodón. Colocó una mano en su nuca mientras deshacía el nudo del cuello en su camisa. Él levantó la mano sobre la de ella.

—No puedo concentrarme si haces eso —le advirtió. Holly se quedó quieta… por el momento y lo escuchó.

—Para empezar, no importa qué te dijo Pamela. No tengo intenciones de casarme con ella —insistió con sequedad.

—¿No? —¿se había preocupado por nada? Él debía reír bastante cuando Holly trató de protegerlo—. ¿Desde cuándo?

—No lo sé. Sospecho que fue cuando conocí a una jovencita a la que no le importó tener que cambiar sola el neumático de su auto, y que no dudó en enfrentarse a mí, a pesar de que deseaba que le diera el trabajo. Sí tuve la intención de casarme con Pamela —confesó con mayor seriedad.

—Ya lo sé —murmuró Holly—. ¿Ella no fue una amenaza para ti?

—No como tú. Después de Laura, no quería volver a involucrarme con fuertes emociones. No creí que volvería a sentirlas. También te aseguro que no deseaba tomar la responsabilidad de encargarme de la salud financiera de Danfield Court.

—Y podías hacerlo desde lejos —comprendió Holly.

—Pude hasta que mi abuela intervino —confesó y Holly percibió su sorpresa—. ¿Crees que no entendí qué era lo que ella tramaba? ¿Por qué crees que me opuse tanto?

Holly movió la cabeza y rió. Se percató de que ni Emily podía manipular a Simón sin que él se diera cuenta.

—No creas que es fácil salirte con la tuya cuando ella parece estar conspirando con los astros —dijo riéndose—. Hasta llegué a leer su famoso libro.

—Yo también —admitió Holly—. No me ayudó.

—Yo no sé. Me dio ciertas esperanzas cuando la opinión del libro coincidía con la mía respecto a ti. Además contradecía todas

las pruebas que daba Pamela —Simón la sacudió con cariño—. ¿Por qué demonios no te defendiste?

—Creía que no te iba a convencer —señaló Holly con renuencia —. A Pamela, le hubieras creído más que a mí, pensaba que se iban a casar.

—¿A pesar de lo que sucedió durante el festival? —exclamó él con exasperación—. ¿Pensabas que acostumbro besar a las mujeres que me fastidian? —se burló.

—No lo sé. Conozco poco de…

—Comprendo. Lo supe cuando te besé por primera vez. Pensé que te había asustado para siempre. No te imaginas cómo me maldije aquel día. Es que cuando irrumpiste en la tienda, tan indefensa, comprendí que todo iba a cambiar. Tenía el problema de Pamela, todavía —le explicó—. Dimos por hecho que nos casaríamos algún día, y yo no estaba seguro de sus sentimientos. Ya sé que el matrimonio era «conveniente» tanto para ella como para mí; una vez lo discutimos, como si fuera un asunto de negocios… —Simón movió la cabeza y habló en un tono de arrepentimiento—. Pamela empezó a mostrarse posesiva y tenía celos de ti de modo que creí…

—¿Se había enamorado de ti? —no era tan difícil de entender.

—Algo así. Pero después de la discusión que tuvimos hace dos días —añadió Simón con evidente alivio—, estoy convencido que lo único que le duele perder son la casa y el dinero. Su presencia esta noche fue un último intento de recuperar su posición… a pesar de que le advertí, claramente, que no sería bienvenida.

Holly dudaba. Quizás Pamela no estaba muy enamorada de Simón, pero sospechó que lo perseguía por algo más que su dinero. Sería sorprendente de otra manera. Holly sintió compasión por Pamela. Ya la habían humillado bastante, y ella sabía, por experiencia propia y reciente, cuánto dolía eso.

—Y ahora —expresó Simón con voz más alegre—, ya que sabes que no voy a casarme con ella, vas a confesarme tus sentimientos.

—Me siento aliviada —replicó ella, fingiendo que no había entendido.

—No quiero evasivas —Simón rió con fuerza—. Recuerda que puedo despedirte.

—Ya no. Mi contrato terminó con el baile —le señaló la chica.

—Que continúa y seguirá hasta que el jefe decida. Y no pienso terminarlo antes que aclaremos lo que hay entre nosotros.

—¿Cómo qué? —ya le había revelado la situación con Pamela y también que ella, Holly, le gustaba. ¿Pero qué quería decir todo eso?

—Como el hecho de que te quiero… —expresó Simón con seriedad—. Y quiero casarme contigo.

—¡Pero no puedes! —protestó ella. Era imposible, aunque en su interior la dicha empezó a florecer. No podía creerle. Todavía no—. No puedes —repitió.

—¿Por qué no? —preguntó como si no fuera a aceptar ningún argumento.

—No pertenezco a tu clase social —trató de explicarle sin querer realmente convencerlo—. Soy sólo…

—Sólo tú —la interrumpió él con firmeza—. Tienes más personalidad que ninguna otra mujer; eres adorable, aunque no lo sepas; y puedes realizar cualquier trabajo dentro de tu profesión, con la mayor eficiencia; por más presión que se te imponga.

Asombrada por lo que le decía, incrédula, trató de protestar.

—¿Cualquier presión? —repitió—. Tú me derrotaste.

—Al contrario. ¿Todavía no te das cuenta? —Simón se acercó a Holly, y le besó el rostro—. Lo único que todavía no sé —declaró—, es lo que sientes por mí. Siempre pareces estar tan controlada —terminó diciendo con evidente irritación.

¿Controlada? ¡Ya no le quedaba control después de las últimas semanas! Y comprendió que ya no lo necesitaba. Holly se acercó a Simón para besarlo en la boca y luego en todo el rostro hasta que él la detuvo y le dio un largo beso.

—¿Qué dices? —preguntó él, más tranquilo, pues ya tenía su ardiente respuesta.

Holly se apoyó en el pecho de Simón. Sabía que la amaba, y le era tan difícil. Cuando habló se dio cuenta de que no era tan difícil después de todo.

—¡Qué te amo! Que sí me quiero casar contigo —expresó Holly al fin, con sencillez y no pudo decir más.

—¿Por qué le creíste a Pamela al principio? —le preguntó Holly, después de un rato, cuando empezó a divagar. Ya no le dolía, pero quería olvidar aquella escena con él en su oficina.

—Debí estar loco —admitió Simón—. Y creo que lo estaba. El accidente pudo ser fatal, alguien pudo ahogarse, y eso se enredó en mi cabeza con la idea de que me había enamorado de ti y no sabía si sentías algo por mí.

—Y recordabas a Laura —murmuró ella.

—Así es. Cuando Dave me lo explicó, estallé. Regresé a la oficina, asustado y furioso, aunque confiaba en que tu probarías que todo era una mentira. Y cuando no pudiste… —dudó.

—Y cuando no pude confirmaste que yo tuve toda la culpa. Con razón tenías tanta amargura —dijo Holly con tristeza.

—Puede ser. Mi abuela jamás adivinará lo agradecido que estoy por darme el pretexto para hacerte regresar. Entonces ya no sabía ni qué creer; pero supe que tu lugar era aquí conmigo.

«¿Así que Emily sólo tuvo que mencionárselo? Las amenazas fueron invento de Simón». La chica sonrió en la oscuridad.

—Quiero decirte Holly —anunció Simón con seriedad—, que lo de Laura terminó hace mucho tiempo. El problema lo comprendí en el lago cuando demostrar tu inocencia era lo más importante. No habrá ningún fantasma en nuestro matrimonio —le prometió, tranquilizando un temor que empezaba a crecer.

—Gracias —murmuró Holly agradecida por su comprensión—. Sabes —expresó ella sonriendo—. Estuve a punto de no regresar.

—Me lo temía —admitió Simón—. Me preparé para ir a Londres a traerte.

—Estaba casi segura de que esta noche anunciarían ustedes su compromiso —le reveló Holly. Podían escuchar todavía la música. Ella calculó que sería ya la medianoche. Simón se puso de pie y la tomó en sus brazos, para luego bajarla y tomarla de la cintura.

—Y voy a hacerlo —decidió—. Ven conmigo.

Caminaron por el césped, abrazados, de regreso a la mansión. Tenía sus ventajas no ser tan alta. Holly se sintió protegida en sus brazos, podía recargarse plenamente en su pecho. Estaba tan segura de él como Simón de ella. Sólo se detenían para besarse, Holly no creía que era una realidad. Simón reía.

—Mañana nos iremos, estaremos todo el día juntos, solos —sugirió Simón—. Todo el día. Tendremos los pies bien puestos en la tierra. No tienes idea —le explicó, temblando ligeramente de pasión—, lo frustrantes que son esas varillas y también esos chalecos y faldones —Holly rió con fuerza.

—Creo que es una magnífica idea —confesó Holly consciente de su pasión.

—Vamos —señaló en tono decidido—. Quiero que anunciemos nuestro matrimonio a todo mundo y que vayamos a darle la buena noticia también a mi abuela.

—¿Estás seguro de que ella lo aprobará? —preguntó Holly con repentina incertidumbre. Una sonrisa de Simón la hizo eliminar todas sus dudas.

—Seguro que dará su aprobación. Me ha repetido, desde marzo, que nuestros signos son muy compatibles. No vayas a creer que todo esto es una coincidencia —bromeó.

Holly y Simón callaron. Ella, con una amplia sonrisa, se dejó conducir al interior de la mansión, hacia lo que obviamente era su destino.

Fin